



Yukio  
Mishima

Después del  
banquete

se

Novela en la que amor y ambición se entremezclan, Después del banquete se trama en torno a la relación de Kazu, mujer que a base de esfuerzo ha conseguido ser la propietaria de uno de los principales restaurantes de Tokio, y uno de sus más distinguidos clientes. Súbitamente, el amor nace, pero ¿hasta qué punto puede aguantar su llama frente a la diferencia de caracteres y la sed de poder?



Yukio Mishima

# Después del banquete

ePub r1.0

German25 12.01.16

Título original: *Utage No Ato*

Yukio Mishima, 1960

Traducción: Guillermo Solana

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte

Editor digital: German25

ePub base r1.2



## El Setsugoan

El Setsugoan -el Albergue tras la Nieve- se alzaba en las alturas de una parte escarpada del distrito de Koishikawa, en Tokio. Por fortuna, no había sufrido daño alguno durante la guerra; nada se había perdido en el espléndido jardín, un notable ejemplo del estilo Kōbori Enshū, que ocupaba más de nueve mil trescientos metros cuadrados, ni en las edificaciones: una puerta central trasladada hasta allí desde un famoso templo de Kyoto, un pabellón de entrada y para visitantes, íntegramente trasladado de un antiguo templo de Nara, y un comedor de más reciente construcción.

En plena conmoción causada por la introducción después de la guerra del impuesto sobre el capital, el Setsugoan había pasado de las manos de su antiguo propietario, un industrial que también

traficaba en té, a las de una mujer bella y vivaz. Bajo su dirección, el Setsugoan se convirtió rápidamente en un restaurante distinguido.

La propietaria del Setsugoan se llamaba Kazu Fukuzawa. Una vena de rústica sencillez en la figura rolliza y atrayente de Kazu, siempre rebosante de energía y de entusiasmo, impulsaba a quienes comparecían ante ella con motivos complejos a sentirse avergonzados de su complejidad. Quienes se advertían alicaídos, al ver a Kazu, o bien se animaban considerablemente, o se sentían por completo subyugados. Alguna extraña bendición de los cielos había unido en un cuerpo la resolución de un hombre con el entusiasmo audaz de una mujer. Esta combinación alzaba a Kazu hasta alturas a las que ningún hombre podía llegar.

Kazu irradiaba su talante abierto y cordial y su disposición absolutamente tenaz había asumido una forma tan sencilla como bella. Incluso en su niñez había preferido amar a ser amada. Su aire de

inocente simpleza ocultaba una considerable determinación para imponerse, y las acciones solapadas de los seres insignificantes que la rodeaban sólo servían para alentar a su carácter, infinitamente espontáneo y directo.

Durante muchos años Kazu había disfrutado de la compañía de algunos amigos con los que jamás tuvo relaciones románticas. Genki Nagayama, un político que actuaba entre los bastidores del Partido Conservador, era un amigo relativamente reciente, pero quería a Kazu, veinte años más joven que él, como hubiera podido querer a una hermana menor. «No se encuentran muchas mujeres como ésta», solía decir. «Uno de estos días hará algo sensacional. Para Kazu no significaría demasiado ponerse al Japón por montera. Cualquier hombre con su capacidad sería un auténtico hijo del destino; pero lo más que se puede decir de Kazu, puesto que de una mujer se trata, es que está llena de dotes naturales. Cuando llegue el día en que un hombre consiga

enamorarla de verdad, realmente explotará».

Los comentarios de Nagayama no molestaron a Kazu cuando se los revelaron, pero poco días más tarde, sentada junto a él, le dijo:

—Nunca conseguirás enamorarme, Genki. No respondo de mí cuando se me acerca un hombre muy seguro de sí. Eres muy hábil cuando se trata de juzgar a la gente, pero no destacas por tu persuasión.

—Nunca traté de persuadirte. ¡Si algún día se me ocurriera cortejarte, ése sería mi final!

Parecía malicioso el tono de la voz del viejo político.

El mantenimiento del jardín del Setsugoan era todo lo que su popularidad exigía. El corazón del jardín, sobre todo en las fiestas a la luz de la luna, era un estanque que se hallaba precisamente al sur de lo que había sido pabellón de los visitantes en un templo de Nara. El jardín estaba rodeado de árboles

de una edad y tamaño hoy rara vez encontrados en Tokio, y cada pino, cada castaño, cada almez y cada roble, se alzaban majestuosamente hacia un cielo azul no alterado por la fachada de cualquier construcción moderna e incongruente. Desde hacía años, dos milanos solían hacer su nido en la copa de uno de los árboles, un pino extraordinariamente alto. En cada determinada época del año visitaban este jardín distintas variedades de aves, pero no podían compararse en número y barahúnda con las de la temporada migratoria, que descendían del cielo para picotear los frutos de los bambúes sagrados o los insectos del amplio césped.

Cada mañana Kazu daba un paseo por el jardín. Nunca dejaba de proporcionar instrucciones de un género u otro al jardinero. En ocasiones, sus sugerencias resultaban apropiadas, pero a menudo erraba. En cualquier caso, aquellas instrucciones se habían convertido en parte de la rutina diaria de Kazu y de su buen humor. En consecuencia, el

jardinero principal, aunque experto en su oficio, jamás se atrevía a contradecirla.

Aquel paseo constituía para Kazu la cima de su complacencia en su soltería y la ocasión de ensoñaciones sin freno. Pasaba casi todo el día charlando con sus clientes o cantando para ellos; jamás estaba sola. Pero la distracción de sus clientes, por mucho que se hubiera trocado en parte familiar de su vida, nunca dejaba de fatigarle. El paseo matinal de Kazu era en realidad prueba de la serenidad de un corazón que probablemente jamás tornaría a enamorarse.

El amor ya no perturbaba su vida íntima... Esta certidumbre arrobó a Kazu, aunque estuviese contemplando cómo penetraba majestuosamente la luz del sol a través de la neblina que envolvía los árboles hasta hacer brillar mágicamente el verde musgo del sendero que se extendía ante ella. Había transcurrido mucho tiempo desde que Kazu y el amor se separaron. Su último amorío era ya un lejano

recuerdo y se hallaba hondamente convencida de que estaba a salvo de cualquier sentimiento peligroso.

Aquel paseo matutino era el poema de la seguridad de Kazu. Ya había cumplido los cincuenta, pero viendo a esta mujer cuidadosamente arreglada, cuya tez y cuyos ojos brillantes conservaban todo su encanto mientras vagaba por el amplio jardín, nadie hubiera podido sustraerse a la impresión que creaba ni rehuir románticas conjeturas. Pero, como la propia Kazu comprendía mejor que nadie, sus historias románticas eran algo del pasado y su poema estaba muerto. Naturalmente, Kazu percibía la fuerza latente en su seno, mas al mismo tiempo era muy consciente de que esa fuerza había sido doblegada y refrenada y que jamás se libraría de sus grilletes.

Este enorme jardín, la casa, los depósitos en el banco, los títulos negociables, los clientes poderosos y generosos del mundo de las finanzas constituían garantías adecuadas para la vejez de

Kazu. Habiendo logrado esta seguridad, ya no le importaba que existiesen personas a quienes no agradara o que murmurasen a sus espaldas. Sus raíces habían cobrado fuerza en la sociedad que ella eligió, y podía imaginar que el resto de su vida transcurriría cómodamente, respetada por todos, consagrada a refinados empeños, gastando liberalmente en viajes y en atenciones sociales y, llegado el caso, instruyendo a un sucesor adecuado.

A veces, cuando llenaban su mente tales pensamientos, hacía una pausa en su paseo. Se sentaba entonces en el banco del jardín y dejaba que su mirada vagase allá lejos, a lo largo del sendero cubierto de musgo, para observar penetrantemente los rayos del sol matinal que se vertían sobre el camino e iluminaban los delicados movimientos de los pájaros. Aquí no podía alcanzarla el eco del estrépito de los tranvías o del estruendo de las bocinas. El mundo se había trocado en una imagen inmóvil. ¿Cómo era posible que emociones que

antaño fulguraron tan intensamente se hubieran extinguido sin dejar rastro? Las razones se le escapaban a Kazu. Se sentía perpleja cuando trataba de comprender a dónde podrían haber ido las sensaciones que sin duda alguna atravesaron en un tiempo su cuerpo. Le resultaba falsa la creencia convencional según la cual las gentes llegan a la madurez cuando acumulan experiencias de todo género. Pensaba que era más probable que los seres humanos no fuesen más que oscuras acequias por donde fluían los más variados objetos o el empedrado de una encrucijada en donde quedaban las huellas de los diversos vehículos que por allí pasaron. Acequias arruinadas y empedrados desgastados. Pero una vez fueron encrucijada en un día de fiesta.

Habían transcurrido años desde que Kazu supo lo que significaba la oscuridad. Todo le parecía poseer ahora claros contornos y una luminosa transparencia, como su visión de este jardín en esta

mañana soleada; en el mundo no subsistía un solo punto de ambigüedad. Sentía ahora como si ante sus ojos fuesen diáfanas las mentes de los demás. Ya no existían tantas cosas de las que pudiera sorprenderse. Cuando oía que un hombre había traicionado a su amigo por dinero, le parecía verosímil; cuando se enteraba de que otro hombre había fracasado en los negocios por culpa de su apasionamiento por una mujer, también esto se le antojaba verosímil. Pero de cualquier modo estaba segura de algo: aquellos desastres jamás la abrumarían.

Cuando algunos solicitaban el consejo de Kazu en sus amores, sus sugerencias eran siempre certeras y oportunas. Para ella la psicología humana se hallaba dividida en veinte o treinta compartimentos claramente delimitados, y por difícil que el problema fuese, podía proporcionar una respuesta a cualquier interrogante, combinando simplemente los distintos elementos implicados. No existía en la vida

humana nada que fuera más complejo. El consejo de Kazu se hallaba basado en cierto número de preceptos y en el hecho de estar en disposición de brindar una orientación precisa en su calidad de campeón retirado. En consecuencia (y muy naturalmente), desdeñaba la idea de «progreso». ¿Podía ser cualquiera, por moderno que se creyera, una excepción a las reglas de la pasión que habían existido desde la remota antigüedad?

—Los jóvenes de ahora -observaba Kazu a menudo- hacen exactamente lo que siempre hicieron los jóvenes. Sólo la indumentaria difiere. Los jóvenes creen estúpidamente que lo que es nuevo para ellos debe serlo también para cualquier otro. Por mucho que abominen de los convencionalismos, están simplemente repitiendo lo que otros hicieron antes. La única diferencia es que la sociedad ya no se asombra tanto como antes de sus extravagancias y que para llamar la atención los jóvenes han de incurrir en exageraciones cada vez mayores.

No había nada de nuevo ni de sorprendente en esta declaración, pero en labios de Kazu poseía autoridad.

Kazu, todavía sentada en el banco, extrajo un cigarrillo de la manga y fumó serenamente. El humo se retorció en la luz de la mañana y permaneció en el aire quieto, claro y pesado como seda. Este momento poseía un sabor que con seguridad jamás conocería una mujer con familia; aportaba el gusto de la seguridad de poder proporcionarse una cómoda vida. Kazu disfrutaba de una salud tan espléndida que, por mucho que hubiese bebido la noche anterior, era incapaz de recordar una sola vez en que hubiera dejado de disfrutar de este cigarrillo matinal.

Kazu no podía verlo todo desde donde estaba sentada, pero en su mente se hallaba firmemente grabada la totalidad del paisaje del jardín; conocía hasta el último detalle tan bien como conocía la palma de su mano. El alto acebo verde oscuro que

constituía el centro del jardín, sus manojos de hojitas lustrosas y crespas, las enredaderas silvestres en torno de los árboles en la eminencia posterior..., la vista desde el recibidor del edificio principal, una amplia extensión de césped, la discreta fábrica de una linterna en la fachada, la isleta del estanque con su antigua pagoda y una espesa mata de bambúes: nada crecía en el jardín por accidente, ni el más diminuto matorral, ni la flor menos conspicua. Mientras fumaba su cigarrillo, Kazu sintió como si la exquisita perfección del jardín hubiera envuelto por completo todos sus recuerdos. Kazu observaba a la gente y a la sociedad como ahora observaba este jardín. Y eso no era todo. Lo poseía.

## El Club Kagen

De un cierto miembro del Gobierno, Kazu recibió aviso de que al Club Kagen le agradaría celebrar su reunión anual en su establecimiento. El Club Kagen era una especie de asociación integrada por exembajadores, aproximadamente de la misma edad, y que se reunía cada siete de noviembre. Hasta entonces no habían tenido suerte con los lugares en donde se habían congregado, y el miembro del Gobierno, apiadado de ellos, se lo advirtió a Kazu.

—Forman un grupo de elegantes caballeros, ya jubilados -añadió. Todos, menos uno, que nunca se retiró por completo. Estoy seguro de que ha oído hablar de él; el viejo Noguchi, el famoso Noguchi que perteneció a tantos Gobiernos de antes de la guerra. No sé qué le pasó, pero hace un par de años consiguió un escaño en la Dieta por el grupo radical,

pero fue derrotado en las siguientes elecciones.

Kazu se enteró de los planes del club en una fiesta al aire libre que había organizado el ministro. Estaba entonces demasiado atareada para seguir escuchando. Aquel día el jardín se hallaba invadido por una muchedumbre de hombres y mujeres extranjeros. Era como si una bandada de aves grandes y de colores vivos -y no el enjambre habitual de pajarillos gorjeantes- hubiese descendido sobre el Setsugoan.

Cuando se aproximó el siete de noviembre, Kazu empezó a hacer planes. Con tales clientes lo más importante era manifestarles su respeto. Las bromas sencillas y el trato familiar que probablemente agradarían a unos individuos en la cima de su poder podían herir el orgullo de unos hombres que antaño fueron famosos pero que ya vivían retirados. Su misión de anfitriona con aquellos ancianos personajes debería limitarse enteramente a escucharles. Más tarde les halagaría con palabras

amables y les daría la ilusión de que en aquella compañía había florecido de nuevo su antigua gloria.

Aquella noche, el menú de Setsugoan fue el siguiente:

### SOPA

*Miso blanco con champiñones y cuajada de semillas de sésamo*

### PESCADO CRUDO

*Rodajitas finas de calamar en salsa aliñadas con perejil y limón*

### GUISADO

*Raño en caldo de almejas rojas, pimientos dulces y limón*

### ENTREMESES

*Zorzales asados en salsa china, bogavante, vieiras, nabos en adobo, cogollos de regaliz*

### ENTRADA

*Pato y cogollos de bambú cocidos con pasta de arrurruz*

## PESCADO ASADO

*Dos carpas pequeñas con lubina asadas en sal  
con limón*

## VERDURAS

*Pudin de castañas con cogollos de helechos y  
ciruelas en adobo*

Para esta ocasión Kazu vistió un kimono violeta y gris, de pequeños dibujos, con un obi teñido en púrpura oscuro de una sola banda de crisantemos formando rombos. El broche de cornalina del obi lucía una gran perla negra. Había optado por aquellas galas, pensando que sujetarían su amplio cuerpo al tiempo que le proporcionaban una mayor dignidad.

El día de la reunión era cálido y despejado. Poco después de que anoheciera, el exministro de Asuntos Exteriores, Yuken Noguchi, y el antiguo embajador en Alemania, Hisatomo Tamaki, llegaron juntos al Setsugoan. Junto a la robusta constitución de Tamaki, Noguchi parecía delgado y poco

atrayera, pero bajo su pelo plateado, sus ojos eran límpidos y vivos; cuando relampaguearon, Kazu comprendió por qué aquel inconfundible idealista era el único de los reunidos, todos exembajadores, que no se había retirado.

La fiesta era animada y sociable, pero los temas de conversación se ceñían al pasado. El más charlatán, con mucho, parecía Tamaki.

La cena tuvo lugar en la sala principal del pabellón de visitantes. Tamaki, cuando comía, se apoyaba en una columna entre la ventana acampanada de negra laca y las puertas correderas espléndidamente decoradas. Las pinturas de las puertas representaban en brillantes colores un par de pavos reales entre blancas peonías. En contraste, el fondo era un paisaje monocromo, una curiosa mezcla de estilos al gusto de la aristocracia provinciana.

Tamaki llevaba en un chaleco de su traje de hechura londinense un antiguo reloj de cadena de

oro, regalado por el káiser Guillermo II a su padre, quien también había sido embajador en Alemania. Aquel reloj había conferido a Tamaki prestigio incluso en la Alemania de Hitler.

Tamaki era un hombre apuesto y un gran conversador, un diplomático de inclinaciones aristocráticas que antaño se jactaba de su conocimiento de las ásperas realidades de la vida. Sus intereses actuales, empero, superaban por completo la escena contemporánea. Su mente se hallaba enteramente ocupada en los recuerdos del brillo de las arañas de recepciones de tiempos lejanos, en las que se habían congregado quinientos o mil invitados.

—Pues aquí tengo una rara historia que me provoca estremecimientos en la espina dorsal cada vez que la recuerdo. Ésta es verdaderamente interesante.

La autocomplacencia de aquella introducción de

Tamaki habría enfriado incluso el entusiasmo del oyente mejor dispuesto.

—Durante todo el tiempo que llevaba de embajador, jamás había ido en el metro de Berlín; así que un día el consejero de la embajada -se llamaba Matsuyama- me llevó a que lo conociera. Subimos en la cola de un tren de dos vagones; no, probablemente eran tres. Iba bastante lleno cuando entramos. Levanto la vista y ¿a quién veo ante mí? ¡Pues a Goering!

En este punto, Tamaki hizo una pausa para observar la reacción de sus oyentes, pero, aparentemente, todo el mundo había oído la historia una docena de veces y no provocó réplica alguna. Kazu irrumpió en la brecha armoniosamente.

—Pero entonces ya era un hombre muy famoso. ¿No es cierto? ¿Quiere usted decir que iba en el metro?

—Desde luego, se trataba de él, de Goering, que

ya por entonces era amo del cotarro. Vestía ropas raídas de obrero y ceñía con su brazo la cintura de una muchacha que no habría cumplido veinte años, una verdadera belleza. Parecía muy seguro de sí mismo. Me froté los ojos preguntándome si no me habría equivocado, pero cuanto más le miraba, más seguro estaba de que se trataba de Goering. Al fin y al cabo, yo podía saberlo. Le veía en recepciones casi todos los días. Me tambaleé, lo confieso, pero él ni siquiera pestañeó. La chica. Supongo que la chica sería una prostituta, pero, por desgracia, ése es un asunto en el que no soy muy ducho.

—Pues nadie lo diría -repuso Kazu, a modo de cumplido.

—Era una chica verdaderamente atractiva, pero había algo sospechosamente zafio en su maquillaje, en la pintura de sus labios sobre todo. Goering, desenfadado como no pueden imaginar en su disfraz de obrero, jugueteaba con el lóbulo de una oreja de la muchacha y pasaba una mano por su espalda.

»Miré a Matsuyama, que seguía a mi lado. Sus ojos parecían salirse de las órbitas. Goering y la chica se bajaron dos estaciones más allá. Matsuyama y yo continuamos en el tren, completamente aturdidos. Durante el resto del día no pude quitarme de la cabeza la imagen de Goering en el metro. A la noche siguiente Goering celebró una recepción. Matsuyama y yo nos colocamos cerca de él y le examinamos atentamente. No había duda al respecto. Parecía exactamente el mismo hombre que habíamos visto el día anterior.

»Fui incapaz de dominar por más tiempo mi curiosidad. Me olvidé de mi posición como embajador y antes de que me diera cuenta estaba diciéndole: “Ayer fuimos en el metro. Queríamos observar cómo viven las gentes corrientes. Realmente pienso que la experiencia mereció la pena. ¿Ha hecho lo mismo Su Excelencia?”.

»Al oírme, Goering sonrió, pero su respuesta fue

solemne: “Siempre estamos con el pueblo y somos parte del pueblo. Por eso jamás consideré necesario viajar en el metro”.

Tamaki dio la respuesta de Goering en un conciso alemán, añadiendo inmediatamente la traducción al japonés.

Pese a su solemne apariencia, nada había de diplomático en aquellos antiguos embajadores; no se esforzaban lo más mínimo en pretender que escuchaban lo que cualquiera dijera. El exembajador en España, apenas capaz de aguardar a que Tamaki concluyera su relato, empezó a hablar de su vida de cuando era ministro en la República Dominicana, en la bella capital de Santo Domingo. El paseo junto al mar bajo las palmeras, los maravillosos atardeceres del Caribe, las pieles oscuras de las muchachas mulatas que brillaban en el ocaso... El anciano se mostraba completamente arrobado por su concienzuda descripción de aquellas imágenes, pero el elocuente embajador Tamaki recobró el uso de la

palabra y desvió la conversación para hablar de la ocasión en que conoció a Marlene Dietrich cuando aún era joven. Porque para Tamaki los relatos sobre bellas desconocidas carecían de interés; un nombre mundialmente famoso, una reputación resplandeciente constituían un ornato necesario en cada historia.

Kazu se sentía incómoda con todas aquellas diferentes palabras extranjeras que salpicaban la conversación y le molestaba especialmente que las frases clave de los chistes verdes fuesen invariablemente expresadas en la lengua original. Al mismo tiempo, los hombres del mundo de la diplomacia rara vez visitaban su restaurante y le intrigaba la atmósfera especial que les envolvía. Indudablemente, todos eran «elegantes caballeros, ya jubilados», e incluso si ahora vivían pobres, en el pasado sus dedos habían conocido el tacto del auténtico lujo. Por desgracia, el recuerdo de aquellos días había manchado para siempre sus

dedos con un polvo dorado.

Sólo Yuken Noguchi parecía distinto y destacaba entre los demás. Su rostro viril poseía una sincera aspereza que nunca perdería y, a diferencia de los otros, su indumentaria se hallaba profundamente desprovista de afectación o de dandismo. Unas cejas espesas y sorprendentemente largas sobresalían sobre sus ojos penetrantes y límpidos. Considerados aisladamente, sus rasgos resultaban impresionantes, pero chocaban entre sí, y su esbelta constitución acentuaba la desarmonía.

Noguchi no se olvidaba de sonreír en los momentos apropiados, pero rara vez participaba en la conversación, indicio de que se hallaba constantemente en guardia. Kazu no dejó de advertir tales rasgos distintivos, pero lo que llamó especialmente su atención en este primer encuentro fue el tenue tiznón que se aferraba como una sombra a la parte posterior del cuello de Noguchi.

«¡Cualquiera lo diría, un exministro del Gobierno con una camisa como ésa! ¿Pero es que no tiene nadie que le cuide?». Aquel pensamiento aguijoneó a Kazu, y, disimuladamente, observó las gargantas de los demás asistentes. Los cuellos que implacablemente oprimían las reseca pieles de esos elegantes y ancianos caballeros mostraban una blancura resplandeciente.

Noguchi fue el único que no habló del pasado. También él había sido embajador en varios pequeños países antes de regresar al Ministerio de Asuntos Exteriores, pero la fastuosa vida de los diplomáticos se hallaba al margen de sus intereses actuales. Su oposición a hablar del pasado parecía un signo de que él era el único que aún seguía con vida.

El embajador Tamaki empezó de nuevo, esta vez con el relato de una remota cena, una deslumbrante recepción en un palacio en donde se habían congregado bajo las brillantes arañas la realeza y la

nobleza de toda Europa. Allí resplandecían también las condecoraciones y las joyas de toda Europa, y las mejillas de las ancianas aristócratas, arrugadas y moteadas como blancas rosas marchitas, palidecían bajo los reflejos de las innumerables gemas.

Después siguieron historias sobre cantantes de ópera de los viejos tiempos. Un embajador proclamó la supremacía del Aria de la Locura de la Galli-Curci en *Lucia*; otro afirmó que para entonces la Galli-Curci había pasado su mejor momento y declaró que la Lucia de Dal Monte que él había escuchado era muy superior.

Noguchi, que apenas había dicho una palabra, habló por fin:

—¿Por qué no dejamos toda esta charla acerca de los viejos tiempos? Al fin y al cabo, aún somos jóvenes.

Noguchi sonreía mientras hablaba, pero la embravecida fuerza de su tono hizo enmudecer a los

demás.

Kazu se sintió cautivada por aquella única observación. En tales casos es función de la anfitriona aliviar el silencio, formulando alguna que otra observación banal, pero el comentario de Noguchi dio en el blanco con tanta exactitud y expresó tan perfectamente lo que a ella misma le hubiera gustado decir que olvidó sus obligaciones. Y pensó: «Este caballero es capaz de decir bellamente las cosas que en realidad son difíciles de decir».

El comentario de Noguchi fue todo lo que resultaba necesario para que la chispa se extinguiera instantáneamente en la fiesta; nada quedó, más que las negras y húmedas cenizas humeantes, después de que el agua hubiera sido vertida sobre el fuego. Un anciano caballero tosió. Su fatigoso jadeo tras la tos atravesó el silencio de los demás. Por un instante, como era evidente en sus rostros, todos pensaron en el futuro, en la muerte.

Justo entonces barrió el jardín una oleada de la brillante luz de la luna. Kazu llamó la atención de sus clientes sobre lo tarde que había salido. El licor había causado ya un considerable efecto y los ancianos caballeros, sin importarles el relente nocturno, propusieron dar una vuelta en torno del jardín con objeto de contemplar aquellos de sus encantos que no eran visibles de día. Kazu ordenó a las criadas que dispusieran linternas de papel. El anciano que había estado tosiendo y que no quería quedarse solo se envolvió en una bufanda y siguió con los demás hacia afuera.

El pabellón de los visitantes poseía gráciles columnas y la barandilla del pórtico, proyectándose en el jardín, tenía la delicada estructura que se halla en los templos antiguos. La luna, que acababa de asomar por el este, sobre el tejado, enmarcaba el edificio con pesadas sombras y las criadas sostenían en alto las linternas de papel para iluminar los peldaños por los que se descendía al jardín.

Todo fue bien mientras caminaron por el césped, pero cuando Tamaki propuso que avanzaran por el sendero del otro lado del estanque, Kazu lamentó haber hecho que sus clientes repararan en la luna de noviembre. Los cinco hombres que se hallaban en el césped parecían terriblemente frágiles e inseguros.

—Es peligroso. Fíjense en dónde pisan, por favor -les apremió.

Pero cuanto más les prevenía Kazu, más tenazmente insistieron en seguir por el sendero bajo los árboles aquellos ancianos a quienes no les agradaba ser tratados como tales. A través de las ramas sobre sus cabezas, la luz de la luna parecía más encantadora que nunca, y cualquiera que hubiese llegado al estanque en donde se reflejaba la luna no hubiese podido resistir la tentación de avanzar por el otro lado.

Las criadas, instintivamente conscientes de los deseos de Kazu, bulleron en torno, iluminando con

sus linternas las rocas peligrosas, los tocones y los espacios resbaladizos por culpa del musgo, señalándoselos cuidadosamente a los clientes.

—¡Qué fría se ha puesto la noche! -observó Kazu, alzando sus mangas hasta el pecho-. ¡Y hacía tanto calor hoy!

Noguchi caminaba a su lado, y, bajo su bigote, ella pudo distinguir el vaho de su respiración, blanco a la luz de la luna. Optó por no añadir nada a los comentarios de ella.

Kazu se adelantó a todos los demás para guiarles, pero, sin darse cuenta, avivó el paso en exceso para quienes iban detrás y las linternas que les acompañaban oscilaron frenéticamente bajo los árboles. Las linternas y la luna se reflejaban plácidamente en el estanque. Aquella visión impresionó a Kazu más que a los ancianos caballeros e indujo en ella una excitación pueril. Desde el otro lado del estanque, gritó:

—¡Es encantador! ¡Observen el estanque, miren!

Una sonrisa revoloteó en los labios de Noguchi.

—¡Qué voz tan fuerte, grita usted como una muchacha!

El accidente sobrevino después de que hubieron dado la vuelta al jardín y regresado al pabellón de visitantes. Kazu había cuidado de que en el comedor ardiera alegremente una estufa de gas, y los ancianos caballeros, destemplados por el aire de la noche, se reunieron en torno del fuego, acomodándose como mejor les pareció. Se sirvieron frutas, seguidas de pasteles japoneses y té espolvoreado. Tamaki había enmudecido, privando de gran parte de su vivacidad a la conversación. Había llegado el momento de prepararse para partir y Tamaki se dirigió a los lavabos. Cuando los demás estuvieron por fin dispuestos para irse, repararon en que Tamaki aún no había regresado. Decidieron aguardar un poco más. El silencio en la sala se tornó opresivo. Los

cuatro viejos se comportaban como si su único tema de conversación fuese aquél al que nadie quería aludir.

La charla se transformó en un debate acerca de la salud de cada anciano. Uno se quejó del asma; otro, de una afección gástrica; el tercero, de hipotensión. Noguchi, cuyo rostro había adoptado una expresión de gravedad, no hizo intento alguno por participar en la conversación.

—Iré a echar un vistazo -dijo, quedamente, mientras se levantaba.

Kazu, al parecer impulsada por su decisión de levantarse e investigar, le indicó el camino, andando con rapidez por el pasillo de reluciente piso. El embajador Tamaki se había desplomado en el urinario.

## La opinión de la señora Tamaki

Como propietaria del Setsugoan, Kazu no se había enfrentado jamás con una situación semejante. Chilló en demanda de ayuda. Acudieron las criadas y les ordenó que hicieran venir a todos los varones del servicio. Para entonces los demás miembros del Club Kagen se apiñaban en el pasillo.

Kazu pudo oír muy cerca de ella la serena voz de Noguchi, que hablaba a los demás:

—Probablemente se trata de un derrame cerebral. No me agrada importunar al restaurante, pero creo que lo mejor será no moverle demasiado. Llamaremos a un médico. Déjenmelo todo a mí. Todos ustedes tienen familia. Yo soy el único al que nada le ata.

Era extraño que entre tanta conmoción las

palabras de Noguchi: «Yo soy el único al que nada le ata», se hubieran grabado con tanta fuerza en la mente de Kazu. Sí, desde luego, aquéllas habían sido las palabras de Noguchi y su significado, como las vibraciones de un hilo de plata, envió un destello de luz al corazón de Kazu.

Con profunda sinceridad, Kazu se consagró a cuidar del hombre enfermo, pero todo lo que podía recordar claramente en su agitación era la observación de Noguchi. La señora Tamaki llegó precipitadamente no mucho después, pero incluso mientras se disculpaba y deploraba su negligencia, y en manera alguna era insincera aquella manifestación de sus sentimientos, las palabras de Noguchi seguían resonando con viveza en su cerebro.

A su lado, Noguchi tranquilizó a Kazu:

—Exagera usted su responsabilidad. Ésta era la primera vez que venía Tamaki y nada sabía usted

acerca del estado de su salud. Y al fin y al cabo fue el propio Tamaki quien propuso que saliéramos afuera para dar una vuelta por el jardín.

El enfermo seguía emitiendo sonoros ronquidos.

La señora Tamaki era una mujer atractiva y de mediana edad que no representaba. Iba elegantemente vestida y parecía serena ante el grave estado de su marido. Fruncía ligeramente el ceño cada vez que captaba el rasgueo de los samisens del comedor principal, en donde todavía se desarrollaba una fiesta. La señora Tamaki parecía extraordinariamente dueña de sí misma, y cuando el médico aconsejó que su marido se quedase al menos un día en el Setsugoan, rechazó con firmeza la recomendación, dando excelentes razones.

—Siempre ha sido lema de mi marido no causar molestias a los demás. Si permitiera que el Setsugoan sufriese nuevos trastornos, me horrorizaría pensar cómo se pondría una vez que se

hubiese recobrado. Después de todo, el restaurante tiene muchos clientes y no es como si mi esposo hubiese sido un asiduo del establecimiento. No puedo permitir más molestias a la propietaria. Mi marido debe ser trasladado a un hospital tan pronto como sea posible.

Con su elegante dicción, la señora Tamaki enumeró los mismos argumentos una y otra vez, sin dejar de dar repetidas gracias a Kazu. Ésta se opuso a la decisión de la señora Tamaki.

—No hacen falta tantos cumplidos -insistió-. Por favor, deje aquí a su esposo hasta que el médico diga que se le puede llevar. No importa cuándo sea.

Esta conmovedora escena de una anticuada cortesía, desarrollada junto a la almohada del paciente, que proseguía roncando, se hallaba acompañada por interminables expresiones de deferencia mutua. Ni siquiera por un instante perdió la señora Tamaki su compostura, ni por su parte

Kazu cedió en sus solícitas y subyugantes atenciones. Al final el corpulento doctor se sentía profundamente agotado.

El paciente había sido trasladado a un pequeño edificio anejo, poco utilizado. La habitación era bastante grande, pero con el enfermo, Noguchi, la señora Tamaki, el médico, la enfermera y Kazu ofrecía un aspecto congestionado. Noguchi hizo una señal con los ojos a Kazu, abandonó la habitación y ella le siguió al pasillo. Noguchi avanzó rápidamente por él. Caminaba delante de ella con tanta seguridad que Kazu, observándole por detrás, sintió como si aquella fuese la casa de Noguchi y ella tan sólo una visitante casual.

Noguchi prosiguió adelante, sin propósito definido de ir a parte alguna. Cruzó un pasadizo arqueado como un puente encorvado, continuó por el siguiente pasillo y luego dobló a la izquierda. Salieron a un jardín interior rebosante de crisantemos blancos. No había flores en el jardín

principal, pero éste las tenía durante todo el año.

Las dos pequeñas habitaciones contiguas que daban al jardín constituían el apartamento de Kazu. Ahora se hallaban a oscuras. Un jardín pequeño y sin pretensiones era lo que Kazu deseaba para sí misma cuando se alejaba del trabajo. Las plantas y las flores no estaban dispuestas siguiendo un orden rígido, ni tampoco había allí las habituales peñas de jardín y los pilones de piedra colocados de la manera prescrita. Kazu quería un jardín como el que uno ve ante un chalet en un lugar veraniego, con filas de conchas para delimitar el espacio en donde crecen las verdolagas. Los crisantemos blancos habían podido crecer desordenadamente, algunos altos, otros cortos y dispersos. Al comienzo del otoño, el jardín había sido un universo lleno de maraña.

Deliberadamente, Kazu se abstuvo de invitar a Noguchi a que pasara a sus habitaciones. Reacia a brindarle una cordialidad especial, ni siquiera le

dijo que allí era en donde vivía. Ofreció a Noguchi una silla de terraza que había junto a las puertas de cristal que dominaban el jardín.

Noguchi habló tan pronto como tomó asiento.

—También usted ha sido tenaz. La amabilidad deja de serlo cuando es tan insistente.

—Pero si un cliente, aunque sea nuevo, se pone enfermo estando aquí, no puedo abandonarle.

—Sí, eso es lo que usted quiere que creamos. Pero ya no es ninguna niña. Con seguridad, comprende que la resistencia de la señora Tamaki no se debe a mera cortesía. Sabe por qué se comporta así. ¿No es cierto?

—Pues claro que sí. -Kazu se sonrió y las arrugas se congregaron un tanto en torno de sus ojos.

—Si lo comprende, eso demuestra que usted es tan testaruda como ella.

Kazu no respondió.

—La señora Tamaki es la clase de mujer que necesita tiempo para disponerse adecuadamente, incluso cuando se entera de que su marido ha caído gravemente enfermo.

—Resulta muy natural. No en vano es la esposa de un embajador.

—Ése no es necesariamente un motivo.

Noguchi interrumpió la conversación y permaneció en un silencio que a Kazu le pareció extremadamente agradable.

Desde el lejano comedor principal les llegaban tenues sonidos de música y de voces. Kazu se sintió al fin liberada de su desconcierto y preocupación tras el incidente. También Noguchi se echó cómodamente hacia atrás en su silla. Extrajo un cigarrillo. Kazu se levantó para encenderlo.

—Muchas gracias -repuso Noguchi.

Su tono carecía de emoción, pero Kazu era

consciente de un acento que emanaba de algo distinto a las relaciones habituales entre clientes y propietaria.

Kazu se sintió físicamente incapaz de reprimir su bienestar tan pronto como lo experimentó.

—Y de repente me siento extrañamente alegre. Me avergüenza pensar en el pobre señor Tamaki. Quizás esté empezando a hacerme efecto el saké.

—Supongo que será eso -respondió Noguchi, con indiferencia-. Ahora mismo estaba pensando en la vanidad de las mujeres. Espero que pueda ser franco con usted. La señora Tamaki anhela que su marido muera, no en un restaurante, sino en la cama de un hospital idóneo, aunque eso signifique acelerar su final. Por lo que a mí mismo se refiere, siento realmente perder a un viejo amigo. A mí me gustaría pedirle a usted que le permitiera quedarse hasta que se hallara fuera de peligro... Pero precisamente porque soy su amigo no puedo oponerme a la

vanidad de su mujer y violentarla con mi amistad.

—Eso demuestra que usted no experimenta por él un auténtico sentimiento. -Kazu se advirtió capaz de decir cualquier cosa a Noguchi. Si yo fuera, procedería como me dictasen mis sentimientos, sea lo que fuese lo que otros pensarán. Así he sido siempre. Siempre hice lo que quería hacer cuando intervenían mis sentimientos.

—Supongo que también esta noche ha dejado que le guiaran sus sentimientos.

El tono de Noguchi era bastante serio. Kazu se extasió ante la idea de que Noguchi pudiera estar celoso de sus relaciones con Tamaki, pero era demasiado honesta para abstenerse de añadir inmediatamente la explicación, por completo innecesaria:

—Oh, no, me quedé sorprendida y me sentí responsable, pero no existe razón alguna para que yo experimentara cualquier sentimiento especial por el

señor Tamaki.

—Entonces, simplemente, se está mostrando obstinada. En ese caso, Tamaki debería ser trasladado tan pronto como sea posible.

Mientras se levantaba de la silla, Noguchi había hablado con tanta frialdad y decisión que no le dejó base en la que apoyarse. Su ilusión se hizo añicos. La réplica de Kazu, directa y desprovista de cualquier emoción, fue un espléndido ejemplo de su fuerte temperamento.

—Sí. Me encargaré de eso. Exactamente como desea la señora Tamaki.

Los dos retornaron por el pasillo sin cruzar palabra. Noguchi no rompió el silencio hasta que recorrieron la mitad del camino de vuelta.

—En cualquier caso, esta noche, una vez que le llevemos al hospital, creo que volveré a mi casa. Ya le visitaré mañana hacia mediodía. No me queda

nada más que hacer.

Al parecer, ya se habían marchado los clientes del comedor principal. Se habían extinguido los sonidos del jolgorio. La noche, vacía y cavernosa ahora que las cenas habían concluido, se había apoderado del Setsugoan. Kazu condujo a Noguchi por el comedor, era el camino más corto. Las criadas que limpiaban la sala se inclinaron ante ellos. Kazu y Noguchi pasaron ante dos anchos biombos dorados de seis paneles que habían servido de fondo para las atracciones de la noche. Tras el banquete, el oro de los biombos se había sosegado. Aún retenían un tenue tinte de viveza, pero producían una atmósfera curiosamente lúgubre.

—No aparecí en esta fiesta. ¿Dijeron algo al marcharse? -preguntó Kazu a una de las criadas.

La criada de mediana edad y rostro inteligente miró dubitativa a Kazu. Jamás les hacía pregunta alguna acerca del establecimiento en presencia de

clientes, y Noguchi era obviamente un cliente.

—No -respondió la criada-. Todos parecían de muy buen humor cuando terminó la fiesta.

Noguchi y Kazu hicieron deslizarse quedamente la puerta de la habitación en donde yacía Tamaki. La señora Tamaki, que atendía al enfermo, les observó desabridamente. Sus cejas se recortaban en una línea extremadamente fina y la aguja que sujetaba su negro sombrero se deslizó un tanto fuera de su lugar y brilló a la luz que llegaba del vestíbulo.

## Compañeros de ocio

El embajador Tamaki fue trasladado poco después al hospital de la Universidad. Cuando Kazu acudió a visitarle, hacia el mediodía siguiente, fue informada de que aún seguía en coma. Remitió a la habitación de Tamaki el cesto con fruta que había traído y luego se retiró a una silla del corredor, situada a cierta distancia, en donde aguardó a que llegara Noguchi. Kazu sabía por su impaciencia - pensó que jamás llegaría Noguchi- que tenía que haberse encariñado con él.

Y ahora que pensaba en ello, Kazu advirtió que, pese a su temperamento testarudo, jamás había amado a un hombre más joven que ella. Un joven posee tal excedente de dotes espirituales y físicas que es probable que se muestre perfectamente seguro de sí mismo, y es indecible el engrimiento que

puede proporcionarle la sensación de su propia importancia. Además, Kazu experimentaba una repugnancia física por la juventud. Una mujer es más agudamente consciente que un hombre de la horrible falta de armonía entre las cualidades espirituales y las físicas de un joven, y Kazu jamás había conocido a un joven que supiera asumir bien su juventud. Por añadidura, le repelía la ternura de la piel juvenil.

Kazu se afanaba en vano e interminablemente rumiando tales cuestiones mientras aguardaba en aquel pasillo lúgubre y escasamente iluminado del hospital. Al final del corredor, la habitación de Tamaki se distinguía fácilmente gracia a las cestas de flores que asomaban en la puerta. Kazu fue de repente consciente de los ladridos de muchos perros y miró por la ventana. Bajo el frío cielo cubierto pudo ver un gran espacio cerrado por tela metálica. Allí se guardaban los perros extraviados que se empleaban en experimentos de laboratorio. Allí se amontonaban en número muy considerable, y sin

ninguna apariencia de orden, perreras de tosca construcción. Algunas semejaban gallineros; otras eran las perreras habituales para canes de guarda. No había dos de ellas que se alzaran según el mismo ángulo: algunas se inclinaban precariamente, otras se habían volcado hacia un costado, sin duda por obra de los perros allí encadenados. Los perros no eran menos discordes: algunos estaban sarnosos y parecían famélicos, pero otros tenían apariencia de sanos y bien alimentados. Todos aullaban simultáneamente de un modo lastimoso, como si imploraran simpatía.

Al parecer, los empleados del hospital estaban ya endurecidos ante los aullidos de los perros y ninguno de los que pasaban al lado se detenía junto a la tela metálica. Más allá del recinto, un antiguo edificio de tres pisos, un laboratorio, mostraba una fila de ventanas pequeñas y sombrías. Los vidrios que reflejaban el cielo nuboso parecían ojos indolentes que hubiesen perdido todo sentido de la

curiosidad.

Un cálido torrente de lástima hinchó el corazón de Kazu mientras oía los patéticos aullidos de los perros.

La intensidad de su agitación llegó incluso a sorprenderle. «¡Esos pobres perros! ¡Esos pobres perros!».

Brotaron sus lágrimas. Trató desesperadamente de pensar si no existiría algún medio de salvarles. Esto contribuyó a aliviar el tedio de la espera.

Noguchi llegó y halló a una Kazu llorosa. Tras una mirada a su cara, preguntó:

—¿Ha muerto?

Kazu le tranquilizó rápidamente, pero en su turbación no tuvo oportunidad de explicarle sus lágrimas.

Noguchi formuló una pregunta infantil y carente de sentido:

—¿Está usted esperando a alguien?

—No -replicó claramente Kazu.

Por fin una sonrisa asomó a sus redondeadas mejillas.

—Muy bien -dijo Noguchi-. No tardaré mucho tiempo en la visita. No tengo nada que hacer e imagino que usted está libre durante el día. Un par de personas ociosas, eso es lo que somos. Iremos al centro y comeremos juntos.

Las nubes se separaron cuando descendían por la suave pendiente empedrada tras el hospital de la Universidad. Una luz solar pálida y acuosa cayó sobre el paisaje.

Kazu tenía un coche esperando, pero lo despidió cuando Noguchi sugirió que fuesen andando.

La voz de Noguchi cuando propuso el paseo, señalando expresamente que devolviera el coche, poseía un acento de convicción moral. A Kazu le dio

la impresión de que estaba siendo criticada su prodigalidad. Más tarde tendría Kazu numerosas ocasiones de corregir esta impresión inicial, pero la apariencia y el modo de manifestarse de Noguchi eran tan extraordinariamente dignos que su antojo o su capricho más insignificante parecían una especie de juicio moral.

Empezaron a cruzar la calle camino del parque de Ikenohata. La calzada bullía de coches que iban y venían. Kazu estaba segura de que podía llegar con facilidad a la otra acera, pero Noguchi, sorprendentemente precavido, no mostró indicios de aventurarse a pasar. Cuando Kazu empezó a hacerlo, fue retenida con un: «¡No, todavía!», y se vio obligada a dejar que se fuera una buena oportunidad. El hueco en el tráfico, por el que con seguridad pudieron haber cruzado, desapareció en el acto bajo una corriente de vehículos que se acercaban y cuyos parabrisas reflejaban el sol invernal. Kazu, finalmente, perdió la paciencia.

—Ahora, ahora es el momento -gritó.

Y al punto oprimió en la suya la mano de Noguchi y se lanzaron a correr.

Kazu continuó aferrando la mano de Noguchi después de haber llegado a la otra acera. Aquella mano era extraordinariamente delicada y delgada, como un espécimen botánico, pero como Kazu parecía reacia a abandonarla, Noguchi, poco a poco, casi furtivamente, la retiró. Kazu no se había dado cuenta de que aún retenía la mano, pero el cauteloso modo de soltarse de Noguchi hizo que fuese consciente de su indiscreción. La mano de él había escapado como un niño díscolo que retuerce su cuerpo para librarse de los brazos de un adulto.

Inadvertidamente, Kazu observó el rostro de Noguchi. Los vivos ojos bajo las cejas severas parecían impasibles, como si nada hubiese sucedido.

Se dirigieron al estanque del parque y empezaron a rodearlo, avanzando en el sentido de

las agujas del reloj por el sendero en torno del agua. La tenue pero frígida brisa que soplaba sobre el estanque cabrilleaba la superficie. El azul y las nubes del cielo invernal se mezclaban en las aguas temblorosas y las centelleantes ondas azules se extendían por el agua hasta la orilla opuesta. Había cinco o seis embarcaciones en el estanque.

El ribazo estaba alfombrado de sutiles hojas de sauce, algunas amarillas, pero otras moteadas de un verde claro; las hojas caídas parecían mucho más frescas que la polvorienta maleza en torno, sobre la que abundaban los pedazos de papel.

Un grupo de estudiantes de Instituto, de blanca indumentaria deportiva, se acercó desde dirección opuesta. Parecían haber corrido ya una o dos veces en torno del estanque y sus cejas juveniles y delicadas, que se contraían con su fatigada respiración, evocaban la estatua de Asura en el templo de Kofukuji. Los chicos se cruzaron con ellos, sin mirar hacia un lado o hacia el otro,

dejando tras de sí el sonido de sus zapatillas deportivas, que golpeaban ligeramente el suelo. Un muchacho llevaba una toalla rosa en torno del cuello. Aún pudo distinguirse en la distancia, mucho tiempo después de que él hubiera pasado, tras una fila de árboles desnudos.

Noguchi parecía incapaz de resistirse a llamar la atención de Kazu sobre el hecho de que casi medio siglo le separaba de aquellos muchachos.

—Son maravillosos, los chicos son, desde luego, maravillosos. Un amigo mío es dirigente de boy-scouts. Yo solía pensar que era un modo bastante tonto de pasar el tiempo, pero ahora veo por qué quería acometer ese tipo de trabajo.

—Sí -replicó Kazu-, es espléndida la sencillez de los chicos.

Pero tal inocencia se le antojó a Kazu tan remota e inaccesible que no suscitó su envidia. Consideró, por lo demás, que la observación de Noguchi había

sido excesivamente vulgar y carente de inspiración.

A distancia observaron correr en torno del estanque a los chicos, que se reflejaban en el agua. Más allá del estanque se extendían los melancólicos racimos de edificios de Ueno Hirokoji. Dos globos publicitarios de color tomate se alzaron en el cielo enturbiado por el hollín.

De repente Kazu advirtió cuán raídas estaban las bocamangas del abrigo de Noguchi. Cada descubrimiento que hacía acerca de él parecía sobrevenir como una crítica de sí misma. Sintió que en cualquier caso éste era un descubrimiento sobre el que ella nada podía hacer, que vedaba desde el principio cualquier intromisión por su parte.

Noguchi, sorprendentemente sensible a su mirada, preguntó:

—¿Es esto lo que usted mira? Me hice este abrigo en Londres en mil novecientos veintiocho. Mientras que el corazón sea joven, cuanto más vieja

sea la ropa, tanto mejor. ¿No está de acuerdo?

Noguchi y Kazu cruzaron la isla de Benten, entonces rodeada de marchitas hojas de loto, y pasaron por la entrada del templete de Gojo Tenjin para iniciar la ascensión a la colina de Ueno. El pálido azul del cielo invernal parecía una pintura sobre cristal tras la imagen en sombra y delicada de los árboles desnudos.

Aún seguían observando el cielo cuando llegaron a la anticuada portada del restaurante Seiyoken. Había pocos clientes a la hora de la comida del mediodía. Noguchi pidió el cubierto de la casa y Kazu hizo otro tanto. Directamente, ante la ventana de su mesa, podían ver el campanario de un antiguo templo. Kazu, encantada de que la sala tuviese una calefacción tan agradable, dijo, con un alivio indisimulado.

—¡Hacía verdadero frío en el paseo!

Pero la mente de Kazu había coloreado aquel

paseo gélido con tintes que nunca había conocido en su atareada rutina de atender a los clientes. El paseo le había proporcionado una ligera sorpresa. Rara vez se molestaba Kazu en analizar sus acciones en cualquier momento dado, prefiriendo atesorar y tratar de comprender más tarde sus pensamientos. Era, por ejemplo, capaz de estallar súbitamente en sollozos mientras hablaba con alguien. Las lágrimas fluirían aunque en aquel momento ella no comprendiese qué era lo que las suscitaba, porque sus propias emociones le pasaban desapercibidas.

Incluso después de que Kazu comentara el frío que había pasado, Noguchi no se disculpó por haberla obligado a pasear. Por eso Kazu se sintió empujada a explicar minuciosamente cómo había disfrutado del paseo a pesar del frío. Por fin, después de haberse extendido Kazu largo espacio en el asunto, Noguchi la interrumpió aprovechando la llegada del primer plato:

—Me alegro -observó lacónicamente.

El rostro de Noguchi permaneció impassible mientras decía aquello, pero de una cierta manera, parecía feliz. Éste fue el primer encuentro de Kazu con semejante hombre. Kazu siempre hablaba más que sus clientes, algunos de los cuales eran extremadamente concisos, pero Noguchi parecía manipular a Kazu con sus silencios. No podía entender ella cómo este hombre viejo, tan sencillo en todos sus gustos, era capaz de poseer semejante fuerza.

Se produjo una pausa en la conversación y Kazu observó en torno de ella el ave del paraíso disecada y encerrada en una urna de cristal, el tejido de sobria coloración de las cortinas, la placa inscrita con caracteres chinos: «Una Sala rebotante de espléndidos clientes», un grabado del antiguo buque de guerra Ise, construido en los astilleros Kawasaki. La imagen, obtenida según la técnica del grabado en cobre de comienzos del siglo XIX, mostraba al acorazado Ise surcando las finas líneas de las olas,

visible bajo la línea de flotación su rojo casco como unas enaguas. Este restaurante de estilo occidental del fin de siglo, el exministro del Gobierno almorzando con su anticuado traje inglés...; en realidad, todo en torno de ella encajaba tan bien que Kazu, quien apreciaba la vitalidad de todo lo que en cada momento se hallara en la cima de su popularidad, se sintió en cierto modo irritada.

Noguchi comenzó a hablar:

—La diplomacia consiste tan sólo en saber valorar a las personas. Creo que ése es un arte que he adquirido en el curso de mi dilatada vida. Mi difunta esposa era una mujer espléndida, y lo supe desde la primera vez que puse los ojos en ella. Una mirada me bastó para decidirme. Pero no soy un adivino. No pude predecir cuánto viviría. Mi mujer enfermó y murió justo después de que concluyera la guerra. No tuvimos hijos, así es que ahora estoy completamente solo... ¡Oh, cuando en el plato queda tan sólo un poco de sopa, hay que inclinarlo siempre

en el sentido opuesto e introducir allí la cuchara! Así tiene que hacerse.

Kazu se quedó completamente desconcertada, pero obedeció sumisa las indicaciones de Noguchi. Ningún hombre había corregido jamás sus gestos cuando se trataba de comer platos occidentales.

—No será hasta febrero -prosiguió Noguchi, sin prestar atención a la expresión en el rostro de Kazu-, pero unos amigos me han invitado a ir a la ceremonia del Omizutori en Nara, y creo que acudiré. En todos estos años no he visto ni una sola vez el Omizutori. ¿Y usted?

—Tampoco he ido. Me invitaron varias veces, pero por una cosa o por otra...

—¿Qué le parece? Estoy seguro de que tiene mucho trabajo; pero ¿por qué no viene conmigo?

—Sí -respondió Kazu, instantáneamente.

Aún quedaban tres o cuatro meses para aquella

cita, pero apenas brotó el «sí» de la boca, su imaginación se desató y echaron a volar disparatadas fantasías. Ardía su cara como reacción ante el calor de la sala tras el frío del paseo, pero ahora se encendió con un rubor que no pudo disimular.

—Parece tener fuego dentro -dijo Noguchi, manejando su cuchillo del pescado delicadamente cincelado.

Parecía plenamente satisfecho cuando con total seguridad podía formular sus observaciones sobre los demás.

—¿Un fuego? -A Kazu le encantaban los términos de la descripción. ¿Un fuego? -repitió-. Me pregunto qué es lo que significa. La gente siempre se burla de mí, diciéndome que soy como una bola de fuego, aunque yo no me considere así.

—No lo dije para burlarme de usted.

Las palabras de Noguchi tenían un acento agrio. Kazu enmudeció.

Se reanudó la conversación interrumpida. Esta vez, el tema de Noguchi era las orquídeas. Kazu, carente por completo de conocimientos al respecto, no tuvo otro recurso que el de escuchar en silencio mientras aquel hombre proveyo exhibía una información inane, como si ella fuera una adolescente. Kazu podía imaginarse a Noguchi docenas de años atrás, jactándose orgullosamente de su erudición ante alguna muchacha que le gustara.

—¿Ve usted esas orquídeas de allí? ¿Sabe cuál es su nombre?

Kazu volvió la cabeza y observó a sus espaldas una maceta sobre una repisa. No le interesó en manera alguna y recuperó su postura tras haber mirado apenas.

—No lo sé -replicó.

Su respuesta fue demasiado rápida.

—Son *dendrobiums* -afirmó, con un leve tono de displicencia.

En consecuencia, Kazu se sintió obligada a volver otra vez la cabeza y a examinar las flores con más atención. Eran orquídeas de invernadero -de una variedad no muy llamativa- en un pequeño tiesto de color esmeralda dispuesto en la repisa. Un racimo de modestas florecillas, embadurnadas de carmesí y alzadas sobre un tallo pelado. El conjunto evocaba una cola de caballo. Las intrincadas formas que cobraban, la apariencia de retorcidas orquídeas de papel, resultaban aún más artificiales en ausencia de la más ligera brisa que las agitase. Cuanto más fijamente observaba Kazu los centros de oscuro carmesí de las flores, más insolentes y ofensivas le parecían, totalmente impropias de esta serena tarde de invierno.

## Interpretación del amor por parte de Kazu

Después de dejar a Noguchi aquella tarde y volver al Setsugoan, Kazu temía que el alborozo de la comida irrumpiera íntegro en sus horas de trabajo como profesional. Por encima de todo le complacía que alguien hubiera revelado por ella un interés especial. Esta felicidad le hizo comprender por vez primera cuán sola había vivido.

No se sintió especialmente agitada mientras estuvo con Noguchi, pero tan pronto como se despidió de él, un torbellino de diversas emociones cobró forma en su seno. De modo principal, se dejó arrastrar por ensoñaciones en las que ella proporcionaba a Noguchi camisas limpias y recientemente lavadas y trajes nuevos. Pero la participación de Kazu en este asunto dependía de los

sentimientos de Noguchi hacia su persona. A menos de que pudiera estar segura al respecto, no era posible ninguna ayuda por su parte. A Kazu le sorprendió que de nuevo hubiese surgido la incertidumbre en su vida, que tuviera que enfrentarse con el trance de ignorar lo que otro pudiera estar pensando. Y esta coyuntura no sólo le era extraña, sino que le resultaba inquietante.

Kazu trató de pensar por qué Noguchi se vestía con aquellas prendas tan raídas, aunque fuesen de buena calidad, y ello, a su vez, desató en su mente angustiosas conjeturas sobre sus ingresos. Era indudable que vivía de una pensión y sus ingresos difícilmente podían ser apropiados. Para un hombre que había formado parte del Gobierno, éstas eran desde luego unas circunstancias tristes y humillantes. Aquella noche, incluso mientras atendía a sus clientes, Kazu no dejó de reflexionar sobre el asunto. Se preguntaba si no habría algún medio de que pudiera llegar a saber con certeza cuánto

cobraba de pensión.

La suerte le fue propicia. Cuando se presentó en el reservado en donde cenaban algunos funcionarios, éstos hablaban de lo que harían cuando se jubilaran. Así pudo Kazu preguntar casualmente:

—Si el Gobierno empezara a interesarse por los restaurantes, estoy segura de que lo primero que haría sería jubilar a las viejas como yo. Tiene que ser mucho más agradable vivir de una pensión sin nada que hacer en vez de seguir en un negocio tan duro como éste. ¿Cuánto imaginan ustedes que me darían de pensión?

—Bueno, una mujer como usted equivaldría en rango a un ministro del Gobierno. Unos treinta mil al mes, supongo.

—Caramba, ¿tanto? -La pregunta de Kazu tenía un acento tan claramente falso que sus oyentes se echaron a reír.

Aquella noche, sola en su pequeño dormitorio, Kazu permaneció despierta, rebosante su cabeza de fantasías de todo género. En comparación con el resto del Setsugoan, las habitaciones particulares de Kazu resultaban sobremanera humildes y desnudas. Junto a la almohada estaba el teléfono sobre una mesita baja, y en torno, desordenados montones de revistas manoseadas. Aquella habitación no contenía un solo objeto que remotamente pudiera parecer una obra de arte; incluso el tokonoma era un revoltijo de montones de cajoncitos. Cuando Kazu se tendía entre la ropa de cama, que ocupaba toda la estancia, se sentía al fin dueña de sí misma.

Sabía ahora que Noguchi percibía treinta mil yenes al mes. Si era en realidad eso lo que cobraba, el hecho de haberla invitado a comer aquel día constituía una verdadera extravagancia. El pensamiento redobló su gratitud por su amabilidad. Disponiendo al fin de materiales concretos con los que trabajar, su imagen alzó verdaderamente el

vuelo. Reflexionó sobre la antigua posición de Noguchi, su pobreza presente y su resuelta actitud frente a la adversidad. Para Kazu, cuyo trabajo la obligaba a relacionarse de modo cotidiano con hombres en la cima de sus fortunas, esos atributos eran pasto de sueños románticos.

A la mañana siguiente, los ojos de Kazu captaron en una esquina del periódico una noticia que la empujó a prescindir de su paseo habitual por el jardín. Daba cuenta de la muerte de Tamaki, que había expirado en el hospital antes de las diez de la noche. El periódico anunciaba que dos días más tarde se celebraría el funeral en el templo de Tsukiji Honganji. Kazu, deseosa de hacer una visita de pésame, llegó incluso a sacar ropa de luto, pero desistió de vestirla tras recordar la actitud de la señora Tamaki la noche del accidente de su marido. Los dos días siguientes transcurrieron para ella en paciente espera, proceso que encendió un fuego en el corazón de aquella mujer apasionada.

Noguchi hubiera debido informar inmediatamente a Kazu de la muerte de Tamaki, sin tomar en consideración que el periódico hubiese publicado la noticia. Su llamada telefónica habría sido indicio de su afecto o al menos de su amistad. Pero nada le llegó de Noguchi. Cada vez que el teléfono sonaba, Kazu, súbitamente tímida como una chiquilla, lo observaba acobardada por el terror. Temía cada vez que la llamada telefónica fuese de Noguchi para informarla de la muerte de su íntimo amigo y que al responderle ella fuese incapaz de ocultar el júbilo de su voz.

Jamás había aguardado Kazu con tanta impaciencia unos funerales. Pensó ir al salón de belleza el día anterior, pero finalmente decidió demorar su visita hasta la mañana de la ceremonia. Aquel día su paseo matutino antes de los funerales provocó el asombro de los jardineros. No les saludó, ni siquiera les regañó, y se limitó a dar una rápida vuelta alrededor del jardín con los ojos

clavados en el suelo. Jamás había sucedido aquello, y cuando la propietaria del Setsugoan inició una segunda vuelta en torno del jardín, parecía, desde luego, demente. El viejo jardinero, que trabajaba en el Setsugoan desde los tiempos del propietario anterior, afirmó que le recordaba una bruja cabalgando en una escoba.

No llegó llamada alguna de Noguchi, ni siquiera la noche anterior a los funerales. Kazu experimentaba algo semejante a una sensación de derrota. Pero el sabor del fracaso suscitó en ella los más intensos sentimientos. Ni siquiera se le ocurrió pensar que las disposiciones de los funerales de su amigo no le concederían tiempo para ponerse en contacto con ella. No tomó en consideración ninguna posibilidad tranquilizadora. Ardía con un solo pensamiento: había sido abandonada.

Aquella noche, llevada por una sed de desquite - aunque no pudiese estar segura de si era respecto de Noguchi o de la señora Tamaki- Kazu hizo un

paquete de cien mil yenes como aportación personal a los gastos de los funerales. Y pensó: Es más del triple de lo que él y sus amigos reciben de pensión. Le parecía que el único medio de desfogar sus sentimientos era hacer una donación tan considerable, aunque no la exigían ni la obligación social ni pasados favores.

Los funerales tuvieron lugar en un día templado y soleado, típico del comienzo del invierno. Incluso el viento era suave. Kazu prescindió de su acostumbrado paseo, dedicó un tiempo desacostumbradamente largo a vestirse y después se trasladó en coche a un salón de belleza del Ginza.

A través de las ventanillas por las que penetraba el sol invernal, Kazu observó a los jóvenes que caminaban por la calle. Enderezó la pechera de su kimono de ceremonia y dirigió una mirada certera y penetrante a los jóvenes. Se le antojaban verdaderamente transparentes; sus sentimientos, ambiciones, trucos, lágrimas y risas eran

absolutamente evidentes.

En una esquina, cuatro estudiantes universitarios -dos chicos y dos chicas- corrieron unos hacia otros, alzando sus manos en ademanes de saludo, exagerados y en manera alguna japoneses. Uno de los muchachos, que vestía el uniforme y la gorra reglamentarios en los estudiantes, puso una mano en el hombro de una chica y la retuvo allí. La chica vestía un chaquetón de un tejido velludo y rosado. En apariencia inconsciente de la mano del muchacho sobre su hombro, volvió distraída hacia la calle sus ojos entrecerrados por un sol que parecía el de la primavera.

La luz del semáforo se tornó verde y el coche de Kazu se lanzó hacia adelante. En aquel instante contempló una escena sorprendente: la chica del chaquetón rosa despojó con presteza de su gorra al estudiante y la arrojó a la calzada. Kazu miró instintivamente por la ventanilla posterior del coche para averiguar qué había sido de la gorra, justo a

tiempo de ver cómo era aplastada por uno de los vehículos que avanzaban. Percibió también, como en un relámpago, al estudiante en el otro lado de la calle, golpeando rabioso sus pies contra el suelo.

El chófer había seguido todo el incidente con el rabillo del ojo.

—Estas chicas de ahora..., sencillamente uno no puede saber lo que harán en el minuto siguiente; sencillamente, no puede. ¿Qué le impulsó a hacer semejante cosa? ¡Imagínese!

Tras él, Kazu hubiera podido asegurar que una torva sonrisa se había dibujado en el rostro del chófer.

La dama de luto replicó:

—Fue tan sólo una estúpida travesura.

Pero, curiosamente, su corazón latía con fuerza, cautivado por el impetuoso gesto de la muchacha al lanzar la gorra del chico bajo las ruedas de un

coche. El acto carecía de toda justificación. Pero indujo en Kazu una impresión extrañamente intensa y todo se grabó de súbito en ella, hasta el pelo despeinado del chico cuando perdió su gorra.

El episodio persistió en la mente de Kazu mientras era cuidadosamente peinada en el salón de belleza, tarea para la que se había otorgado bastante tiempo.

Por lo común, se mostraba cordial y habladora mientras se hallaba en la peluquería; pero descubrió que aquel día tenía poco que decir. Su cara reflejaba en el espejo un contorno redondeado y resultaba atrayente, pero los habituales términos halagüeños de la peluquera eran insinceros: decididamente, aquélla no era una cara joven.

Los funerales en el templo de Tsukiji Honganji fueron bastante complejos. La cola de los asistentes se deslizaba tras las coronas. Kazu se unió a la cola tras entregar al recepcionista su paquete de cien mil

venes. Reparó en dos o tres clientes del Setsugoan y les saludó deferentemente con una inclinación de cabeza. El incienso se alzaba entre los rayos de aquel sol de comienzos del invierno con una refrescante fragancia. La mayoría de los asistentes eran ancianos; el que precedía a Kazu emitía un ruido mecánico provocado por el incesante castañeteo de su dentadura postiza.

Cuando la cola avanzó, advirtió Kazu que pronto llegaría el momento en que vería a Noguchi, y el pensamiento la desasosegó tanto que se sintió incapaz de concentrar su mente en nada. Poco después distinguió a la desolada señora Tamaki. Sus ojos más parecían reflejar repugnancia que tristeza, y su mirada, cuando alzaba la cabeza entre profundas y corteses inclinaciones, semejaba volver siempre al mismo punto fijo del espacio, como si, sujeta por un hilo, no pudiera reparar en nada más.

Kazu divisó por fin a Noguchi. Vestía un traje adecuado a la ceremonia y en torno del brazo lucía

una banda de negro crespón. Su barbilla se alzaba un tanto y su rostro mantenía un gesto absolutamente impasible.

Después de que todos los asistentes hubieron ofrecido incienso, Kazu se acercó a Noguchi y le miró fijamente a los ojos. Él ni siquiera pestañeó; observó a Kazu sin traza de emoción y, respetuosamente, inclinó su cabeza.

No puede decirse que aquellos momentos de la ofrenda del incienso constituyeran enteramente una decepción. Por un proceso de razonamiento, en verdad absurdo, en el instante en que clavó su mirada en los inexpresivos ojos de Noguchi, Kazu se convenció de que estaba enamorada de él.

Inmediatamente después de volver al Setsugoan, Kazu se sentó ante un pincel y un anticuado papel japonés y escribió la siguiente carta:

*Querido señor Noguchi:*

*Sólo le vi hoy un instante, pero me complació*

*advertir su buen aspecto. Nunca olvidaré la comida a la que tan amablemente me invitó usted el otro día, ni el paseo previo alrededor del estanque. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de semejante gentileza. Quizás se pregunte usted si ésta es simplemente la alegría que experimenta alguien que normalmente dispensa atenciones a los demás cuando, en contraste, las recibe; pero me gustaría mucho que supiese cuán feliz me sentí con sus amabilidades.*

*Sin embargo, tengo algo que reprocharle. Leí en el periódico la noticia de la muerte del señor Tamaki y sentí conocerla, pero al mismo tiempo no conseguí comprender por qué no me había telefonado usted al menos una vez. Si me permite la sinceridad, le diré que difícilmente comprendería la impaciencia con que he aguardado hasta hoy oír su voz. Si se hubiera dignado manifestarme tan siquiera una palabra, hacerme saber lo que había pasado, habría servido también para mostrar que había estado pensando en mí. No puedo decirle cuánto me ha decepcionado su silencio.*

*No es mi intención aburrirle con tediosas quejas, y espero que me hará el honor de considerar esta carta tan sólo como una efusión de impaciencia de un corazón excesivamente unido a usted. Apenas me*

*siento capaz de aguardar hasta verle de nuevo. Ésta es mi razón de vivir.*

*Kazu*

Al día siguiente hubo de asistir, en razón de sus obligaciones sociales, a un recital de danzas interpretadas por algunos alumnos y rompió a llorar ante la frase inicial de Yasuna: «Amor, oh amor, no me abandones en el aire, amor».

Al otro día, un poco antes del mediodía, recibió una llamada telefónica de Noguchi. Le habló con tono por completo indiferente y no hizo la menor alusión al reproche de Kazu en su carta. Su voz en el teléfono era la solemnidad misma y carecía totalmente de humor, pero la conversación, aunque interrumpida por algunas pausas, se prolongó durante largo tiempo. Prometieron volver a verse. Por fin Kazu, incapaz ya de contenerse, le preguntó con una nota de esperanza:

—¿Por qué no me hizo saber lo que había

sucedido?

Noguchi calló al otro extremo de la línea y luego replicó confusamente, con una risa ahogada y turbada:

—Bueno, en realidad no existió razón alguna. No quería molestar, eso fue todo.

Kazu apenas podía dar crédito a lo que oía. «No quería molestar»; ésas eran claramente las palabras de un viejo.

## Antes de la partida

Después de aquella llamada telefónica, se vieron con mayor frecuencia. Kazu visitó incluso la casa de Noguchi. Vivía en un viejo edificio del sector de Shiina. Kazu se sintió aliviada cuando descubrió que la criada que le cuidaba era de mediana edad y fea. Casi en el acto, empezó a interesarse por los más variados aspectos de la vida privada de Noguchi. Se preocupó de que se le enviara del Setsugoan una cena completa para la Nochevieja.

Las estanterías del despacho de Noguchi rebosaban de libros en lenguas europeas. Kazu, incapaz de leer siquiera los títulos, se quedó espantada. Noguchi, muy consciente del efecto que los libros ejercían sobre ella, había dispuesto que cuando Kazu le visitara se reuniesen en su despacho. Mientras observaba las estanterías que cubrían las

paredes, Kazu le preguntó ingenuamente:

—¿Los ha leído todos?

—Sí, casi todos.

—Estoy segura de que algunos serán muy verdes.

—No, no hay ninguno así.

Aquella declaración sorprendió verdaderamente a Kazu. Un mundo constituido por el intelecto e integrado tan sólo por elementos intelectuales se hallaba por completo al margen de su comprensión. Su sentido común le decía que todo tenía que tener su reverso. Pero lo que de modo continuo le sorprendía en Noguchi era que se trataba de un hombre sin doblez: parecía no tener más rostro que el que le mostraba. Desde luego, y como cuestión de principios, Kazu no creía en la existencia de semejantes personas. Pero, pese a su incredulidad, comenzaba a tomar forma gradualmente en torno a Noguchi una especie de imagen ideal,

angustiosamente incompleta. Su altisonante conducta había adquirido un aire misterioso e inquietante hasta extremos indescriptibles.

Al familiarizarse más con Noguchi, Kazu descubrió que el mundo casi había olvidado su existencia. Se maravillaba de que Noguchi en manera alguna pareciera afectado por ese desdén. No le interesaban en absoluto las opiniones políticas radicales que ahora mantenía Noguchi, pero advertía que algún día debería resolverse esa ausencia de armonía entre la novedad de sus ideas y el olvido del mundo. ¿Cómo era posible emparejar esta muerte en vida con ideas vigorosas y nuevas? Incluso tras la segunda derrota de Noguchi en las elecciones para la Dieta, su nombre siguió figurando como consejero del Partido Radical, pero el partido jamás le enviaba un coche cuando había de asistir a una reunión, y él se veía obligado a viajar colgado de un asidero de cuero en el tranvía. Al saberlo Kazu, sintió una justa indignación.

Cada vez que Kazu visitaba la casa de Noguchi encontraba algo nuevo que le afligía del mismo modo que al principio le acongojaron las manchas en la camisa de Noguchi o sus raídas bocamangas. Ahora reparaba en la fachada tristemente asimétrica o en los desconchados de la pintura sobre las polvorientas maderas de aquella casa de estilo occidental, o en el moho que brotaba por detrás de la puerta o en el timbre estropeado de la entrada. Kazu aún no era libre de efectuar las reparaciones que hubiera deseado, y Noguchi no se mostraba inclinado a permitir de Kazu más que un determinado grado de favores. Su actitud era reservada, pero estimulaba a Kazu a buscar una mayor intimidad.

En enero, y por sugerencia de Kazu, fueron al teatro kabuki. Kazu lloró sin tasa en los momentos tristes, sin ahorrarse uno, pero Noguchi permaneció impassible durante toda la representación.

—¿Qué le induce a llorar cuando ve una obra tan

estúpida? -preguntó, con genuina curiosidad, mientras se hallaban en el vestíbulo durante el entreacto.

—No existe una razón particular. Las lágrimas llegan simplemente de un modo natural.

—Como es lógico, usted me interesa. Trate de explicarme con más exactitud lo que quiere decirme -bromeó Noguchi con Kazu, como si fuese una niña.

Noguchi no tenía la menor intención de divertirse a costa de ella, pero a Kazu le parecía en ciertas ocasiones que verdaderamente se burlaba y se sentía tímida.

Aquel día Noguchi perdió en el teatro su encendedor «Dunhill». Su consternación al descubrir la desaparición del encendedor fue por completo sorprendente: toda la dignidad y la calma de un momento antes se esfumaron. Advirtió la pérdida del encendedor hacia la mitad de la segunda obra de la noche y se alzó a medias de su asiento para examinar

cada uno de sus bolsillos. La expresión de su rostro cuando murmuró: «Aquí no, aquí tampoco», no guardaba semejanza alguna con la del Noguchi habitual.

—¿Qué sucede? -preguntó Kazu, pero él no se dignó responder.

Finalmente, Noguchi se inclinó e introdujo su cabeza bajo el asiento. Un pensamiento cruzó su mente mientras aún seguía buscando, y se dijo a sí mismo en voz bastante alta:

—El vestíbulo. Eso es. Estoy seguro de que lo dejé caer en el vestíbulo.

Los espectadores en torno se volvieron hacia él ceñudos y entre gruñidos de desaprobación. Kazu se levantó para salir y Noguchi fue tras ella. Una vez en el vestíbulo, Kazu le preguntó:

—¿Podría decirme, por favor, qué es lo que ha perdido?

Esta vez era ella quien se mostraba serena.

—Mi encendedor «Dunhill». En todo Japón no podría hallar uno de los antiguos si tratara de reemplazarlo.

—Estuvimos charlando por allí, ¿no es cierto?

—Sí, allí fue.

Noguchi, verdaderamente, jadeaba y Kazu sintió lástima por él. Se dirigieron al lugar en donde habían estado, pero nada había sobre la roja alfombra. La recepcionista, una mujer de mediana edad a la que aparentemente sobraba el tiempo durante las representaciones, acudió hacia ellos y les preguntó:

—¿Es esto lo que buscaban?

El objeto que tenía en la mano era inconfundiblemente el encendedor de Noguchi.

Kazu recordaría mucho tiempo después la manifiesta alegría que se dibujó en el rostro de

Noguchi cuando vio el encendedor, y a menudo le diría después, en broma, que le gustaría que mostrara tal expresión no sólo por los encendedores, sino también por los seres humanos. Pero tales incidentes no desanimaban en lo más mínimo a Kazu. Sus ojos se hallaban libres de prejuicios y sólo veía el apego simple y pueril de Noguchi a lo que poseía.

Hubo otros incidentes similares. En la reunión del Club Kagen, Noguchi había dicho: «¿Por qué no dejamos toda esta charla acerca de los viejos tiempos? Al fin y al cabo, aún somos jóvenes». Y en realidad expresaba su actitud hacia las evocaciones de glorias pasadas; pero en cuanto se refería a objetos ligados con el pasado, su apego resultaba extremado. Cuando Kazu empezó a conocer mejor a Noguchi, advirtió que con frecuencia extraía un viejo peine de bolsillo y ponía en orden sus plateados cabellos. Cuando le preguntó por el peine, resultó que era el que había empleado durante treinta años. En su juventud, el pelo de Noguchi crecía tan

espeso y rebelde que cualquier peine corriente pronto se le rompía.

Hizo que le fabricaran especialmente para él aquel peine resistente y de madera dura.

El apego tenaz de Noguchi a sus antiguas posesiones no podía ser simplemente atribuido a mezquindad o a pobreza. A modo de protesta contra la elegancia superficial creada por la incesante búsqueda de la novedad bajo una economía consumista de estilo americano, Noguchi mantenía tenazmente la elegancia a la inglesa de apego a las viejas costumbres. El espíritu confucionista de frugalidad se avenía con estas inclinaciones aristocráticas. A Kazu le costaba entender este sello de dandismo en Noguchi que exageraba su despreocupación por la moda.

Durante el paseo matinal, del que jamás prescindía incluso en lo más crudo del invierno, Kazu, pisando las brillantes agujas de hielo, se

preguntaba qué era lo que más le agradaba, qué le gustaba más en Noguchi: su aristocrática carrera como exministro del Gobierno o su presente fe en ideas radicales. Su carrera poseía un brillo resplandeciente que con facilidad atraía al común de los hombres; sus ideas, aunque ella no las comprendiera, le hacían consciente de algo vivo en él y orientado hacia el futuro. Kazu había llegado a concebir estos dos aspectos de Noguchi como rasgos físicos complementarios, y, enfrentada con el apremio de manifestar su preferencia, era como si le preguntaran si prefería su prominente nariz o sus no menos prominentes orejas.

Su amor progresaba con extremada deliberación. La primera vez que se besaron fue cuando Kazu acudió a su casa en Año Nuevo. Kazu vestía un kimono de seda verde celedón estampado, con dibujos de blancas hojas de bambú, gaviones plateados y pinos enanos de color verde oscuro. Su faja lucía el bordado de un gran bogavante en

carmesí y oro sobre un fondo gris plateado. Antes de entrar, dejó en el coche su abrigo de visón.

A pesar de ser el día de Año Nuevo, la puerta estaba cerrada y la casa tenía la apariencia de hallarse desierta. Pero Kazu sabía que el timbre, averiado, había sido arreglado. En el curso de las diversas visitas efectuadas, Kazu se había dado cuenta de que la criada, que sólo se presentaba tras haber hecho que esperase largo tiempo, la miraba con una expresión un tanto desdeñosa. Una vez que Kazu se hallaba presente, Noguchi había pedido a la criada que le trajera de las estanterías un libro escrito en alemán, dándole el título en el idioma original. La criada lo repitió impecablemente y, recorriendo con la mirada el estante, extrajo en el acto el libro. Desde aquel instante, Kazu odió a la mujer.

En esta callada barriada, lejos del tráfago de las vías principales, los únicos sonidos que Kazu podía percibir mientras aguardaba a la puerta eran los

penetrantes, secos y lejanos ecos de los niños que jugaban al volante, juego típico de Año Nuevo. Siempre se sentía humillada ante el chófer cada vez que salía del coche, oprimía el timbre y tenía que aguardar allí una eternidad. El único signo del Año Nuevo en la casa era la simbólica rama de pino en la puerta, diagonalmente iluminada ahora por la clara luz invernal.

Kazu contempló la desierta calle que se extendía ante la puerta. La luz del sol resaltaba en intenso relieve la compleja desigualdad del pavimento con sus tramos quebrados. Sobre la calzada caían sombras de árboles y postes telegráficos. La tierra deshelada, negra y en cierto modo atrayente, que asomaba en un lugar, brillaba allí en donde la ancha cubierta de un vehículo había dejado su huella.

Kazu aguzó el oído para captar el rebote del volante. Al parecer, los niños jugaban en un jardín próximo, pero no podía verlos. Tampoco oía voces alegres. Los sonidos desaparecieron. «Ah -pensó

Kazu-, ha caído el volante». Un poco más tarde, los repetidos sonidos le dijeron que el volante rebotaba de nuevo. Luego faltó el sonido... Durante aquellas irritantes y repetidas pausas, Kazu imaginó el volante de vivos colores sobre el negro barro deshelado. De súbito, aquellos sonidos intermitentes que procedían de un jardín invisible tras un muro sugirieron a Kazu un juego siniestro que se desarrollaba recatadamente en donde nadie pudiera verlo.

Percibió sonidos de getas que se aproximaban a la puerta. Kazu se enderezó, tensa ante la idea de tener que hallar a la desagradable criada de Noguchi. Se abrió la puerta. El propio Noguchi salió a su encuentro y Kazu se ruborizó ante aquella sorpresa.

Noguchi vestía ropa japonesa de etiqueta.

—He dado el día libre a la criada -explicó-. Estoy solo hoy.

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Oh, está usted impresionante con traje japonés!

Pero cuando Kazu franqueó la puerta, la impecable indumentaria de Noguchi suscitó en ella un súbito estallido de celos. ¿Quién le había ayudado a vestirse? El pensamiento la alteró tanto que, mientras cruzaban el vestíbulo para penetrar en el cuarto de estar, se sintió completamente malhumorada.

Noguchi solía ignorar cualquier asomo de mal humor en Kazu. Alzó con sus propias manos una vasija del tradicional saké con especias y se lo ofreció a Kazu. Resentida por tener que empezar el Año Nuevo con sentimientos de disgusto, Kazu, como de costumbre, dio rienda suelta a sus emociones.

Noguchi replicó:

—No sea tonta. La criada me ayudó a vestirme. No cuida de mis trajes occidentales tan bien como

podría, pero en lo que se refiere a los kimonos, está en juego su amor propio.

—Si en algo le importo, por favor, despida a esa criada. Puedo encontrar muchas que sean mucho más hacendosas. Si no la despide... -Kazu calló y rompió a llorar-. Hasta cuando estoy en casa me siento tan preocupada que me cuesta dormir por las noches.

Noguchi le opuso su silencio. Contaba los jaspeados frutos de una planta de su jardín. Escuchó durante un rato las quejas de Kazu; luego, como si acabara de recordarlo, tomó de nuevo la vasija de saké con especias. Kazu, cuyas manos ocultaban un pañuelo empapado con sus lágrimas, tomó la ancha copa que le tendía, pero sólo para arrojarla contra el tatami. Lloró, oprimiendo con la cabeza la almidonada seda del hakama de Noguchi junto a su rodilla. Cuidó, sin embargo, al mismo tiempo de tender contra el hakama la parte seca del pañuelo para no dañar la seda.

La mano de Noguchi acarició quedamente la parte posterior de su obi. En aquel momento Kazu supo con seguridad que los ojos de Noguchi se habían clavado en la tersa piel de su espalda, espléndida, blanca y flexible, a través del cuello de su kimono echado hacia atrás. En los suaves y distraídos movimientos de la mano de Noguchi, Kazu reconoció algo semejante a una melodía familiar. Después se besaron por vez primera.

## La ceremonia del Omizutori en Nara

Hacía ya tiempo que Noguchi había prometido a Kazu ir a Nara para ver la ceremonia del Omizutori, pero al mismo tiempo había de ser el invitado de un empresario de prensa. Como es natural, todos los arreglos del viaje fueron realizados por el periódico. Además de Noguchi, entre los invitados figuraban un periodista octogenario, un industrial y un anciano cronista bursátil. Cuando conoció los detalles, Kazu no pudo comprender por qué le había pedido Noguchi que le acompañara en lo que parecía ser una excursión semioficial.

Era muy improbable que Noguchi, quien siempre distinguía entre la vida pública y la privada, hiciera extensiva la invitación a Kazu sin decírselo a los demás invitados. Pero si tenía que viajar a costa de él, hubiera sido mejor que los dos fuesen solos a

cualquier otra parte. No existía razón alguna para participar en un viaje en el que llamarían tanto la atención. Por lo que sabía Kazu de otras personas que habían asistido a la ceremonia del Omizutori, aunque Noguchi y ella fuesen a Nara al margen de la excursión del periódico, se encontrarían, desde luego, con los demás por la noche en el templo de Nigatsu.

Por añadidura, a Kazu le molestaba el efecto que aquel viaje tendría en la economía de Noguchi. También le desagradaba la perspectiva de sentirse insignificante ante sus distinguidos amigos. Kazu no titubeaba al relacionarse con los hombres más influyentes del país en su calidad de propietaria de un restaurante, pero le irritaba verse obligada en su vida privada a hablar con tales personas.

Kazu sólo podía hacer diversas conjeturas. Le molestaba que Noguchi no le hubiese dado explicación alguna. Finalmente, se sintió deprimida por todo aquel asunto y fue a ver a Noguchi con un

sobre que contenía doscientos mil yenes. Pretendía ofrecérselos para gastos del viaje.

Kazu estaba acostumbrada a ver cómo famosos políticos aceptaban tranquilamente regalos en metálico. En otros tiempos ella misma había recibido regalos de cien mil, doscientos mil e incluso un millón de yenes en nombre de Genki Nagayama, que necesitaba el dinero para atender a sus gastos personales. Pero con Noguchi era diferente. El dinero fue el motivo de su primera disputa. Descubrió que Noguchi concebía el inmediato viaje en términos verdaderamente simples.

—Todo lo que yo necesito pagar es tu billete del tren y la habitación del hotel. Fui invitado desde el principio y se ocupaban de mis gastos. Cuando les dije a los demás que vendría conmigo la propietaria del Setsugoan, todos se mostraron encantados. Los del periódico se brindaron a invitarte también, pero yo insistí en pagar tu parte. ¿No lo entiendes?

—Pero tal como yo lo veo, se trata de nuestro primer viaje juntos, y me agradecería ir a un lugar tranquilo en donde podamos estar solos.

—¿Sí? Creí que te gustaría que te presentase a mis amigos.

Su larga discusión se calmó con aquellas últimas palabras. Kazu se advirtió emocionada. Los sentimientos puros y sin tacha de aquel hombre despertaron en ella un júbilo casi pomposo.

—Muy bien -dijo-. Muy bien. Haremos como tú quieres. ¿Pero qué te parecería si después del viaje yo invitara a todos al Setsugoan para agradecerles el haberme permitido ir?

—Ésa es una buena idea -aprobo Noguchi, sin visible entusiasmo.

El grupo se congregó en la estación de Tokio en la mañana del doce para tomar el expreso que partía a las nueve. A Kazu le sorprendió advertir qué joven

le parecía Noguchi. Quizás era esto natural si se consideraba que tres de los cinco hombres pasaban de los setenta.

Kazu se había preocupado mucho de su indumentaria para el viaje que señalaría, por así decirlo, el primer anuncio público de sus relaciones con Noguchi. Había pensado en teñir algún elemento del nombre Yuken Noguchi en el diseño de su kimono. El único carácter del nombre de él que se prestaba a la representación pictórica era *No* o «prado».

Kazu inició sus preparativos mucho antes de la partida. Tras considerables reflexiones, decidió que incluso si nadie asociaba el significado del dibujo al nombre de Noguchi, bastaría con que ella sola lo comprendiera. Encargó un kimono teñido con un dibujo de blancas casuarinas y dientes de león sobre un negro crepé rizado, las plantas sombreadas en dorado para sugerir un «prado» en primavera. Lucía una faja de seda listada en verde claro, fácil de

doblar y adecuada por eso para un viaje, y cuyo broche adoptaba la forma de una nube. Su capa, de un sencillo gris, con estrechas listas verticales, tenía un forro púrpura de uva. Su mejor acierto era aquel forro.

El octogenario de pelo blanco, una distinguida figura que merecía su reputación de sabueso entre los periodistas japoneses, era tratado por los demás con la mayor deferencia. Tenía el título de doctor en Derecho y, por añadidura, había publicado numerosas traducciones de la literatura inglesa. Un cínico al estilo inglés, este viejo solterón defendía cualquier género de reforma social a excepción de las leyes contra la prostitución. Era una de las escasas personas que llamaban a Noguchi por un diminutivo. El industrial retirado era por pasatiempo poeta de excéntricos haikus, y al cronista bursátil podía considerársele como fuente inacabable de chismes maliciosos.

Los ancianos caballeros se mostraron todos

simpáticos; ni ignoraron a Kazu, ni hicieron intentos obvios por resultar simpáticos. El viaje hasta Nara transcurrió de un modo agradable. El cronista bursátil caracterizó sucesivamente a diferentes figuras del mundo de la política y de las finanzas como estúpidos, brutos, truhanes, oportunistas, incompetentes, lunáticos, lobos con piel de oveja, sabelotodos, miserables sin igual en la Historia, arterioscleróticos, mastuerzos y epilépticos. Luego, la conversación derivó a los haikus.

—Yo sólo puedo considerar a los haikus como los vería un occidental -dijo el anciano periodista.

Tras una pausa momentánea para lograr su efecto, prosiguió, recurriendo a su enciclopédica memoria:

—En *Charlas sobre el haiku*, de Torahiko Terada, figura la historia de un joven físico alemán que vino de vacaciones al Japón y se enamoró de todo lo japonés. Un día anunció con orgullo a sus

amigos japoneses: «He compuesto un haiku», y se lo enseñó. Esto es lo que escribió:

*En Kamakura,*

*Por doquier yo contemplé*

*Muchas cigüeñas.*

En realidad, su haiku tenía las cinco, siete y cinco sílabas de rigor, pero no era precisamente poético. Mis haikus no difieren gran cosa de éste. He aquí el que compuse mientras escuchaba ahora a nuestro amigo:

*Los políticos,*

*Como los financieros,*

*Qué estúpidos son.*

Todos rieron, aunque si el mismo chiste hubiera surgido de la boca de un joven, nadie habría esbozado una sonrisa.

Cuando la conversación derivó hacia los haikus,

Kazu empezó a sentirse incómoda por el dibujo del forro de su capa. Conservó puesta la prenda, aunque en el vagón fuese cálida la temperatura, por temor a que pudieran ver el forro. Antes de que transcurriera mucho tiempo, los viajeros abandonaron el tema de los haikus.

En su conversación, aquellos hombres otorgaban un excesivo énfasis a la precisión y minuciosidad de su memoria. Su charla recordaba a veces a Kazu, que escuchaba sin decir una palabra, la de unos jóvenes que trataran de superarse unos a otros, jactándose de su conocimiento de las mujeres. Estos ancianos se esforzaban por proporcionar verosimilitud a sus observaciones, insistiendo en una precisión por completo innecesaria y refiriéndose a detalles carentes de significado. Por ejemplo, allí en donde un hombre más joven se habría quedado satisfecho con un «vamos a ver, eso sucedió en 1936 o en 1937», estos ancianos caballeros perseguían implacablemente la fecha.

«Vamos a ver, sucedió en 1937, el siete de junio. Sí, estoy seguro de que fue el siete. Un sábado, me parece. Recuerdo que aquel día salí temprano del trabajo».

Cuanto más vivaz se tornaba la conversación, más obligados se sentían a pugnar con su declive natural, y, al menos superficialmente, estos esfuerzos se asemejaban al vigor. Pero en este aspecto también era Noguchi una excepción. Kazu no comprendía qué podría interesarle posiblemente en aquellos hombres hasta el punto de disfrutar de su compañía; sólo él mantenía su juventud gracias a su dignidad. Como de costumbre, su contribución a la conversación resultaba mínima, y si se aburría con el asunto, contaría cuidadosamente los gajos de una naranja que había pelado y compartiría en silencio la fruta con Kazu, entregándole precisamente la mitad de los gajos. Pero aunque Noguchi hubiese sido preciso en el mismo número de gajos, su tamaño variaba y la parte de Kazu era realmente menos de la mitad de la

naranja. Kazu, reprimiendo una sonrisa, contempló los arrugados pedazos de la cáscara, del color de la luna llena más próxima al equinoccio de septiembre, todavía adheridos a la carnosa fruta.

Tan pronto como el tren llegó a Osaka a las seis y media de la tarde, el grupo subió a un coche que había sido enviado para recogerles y se trasladó directamente al hotel Nara. No tuvieron tiempo de descansar antes de la hora de la cena. El tiempo en Nara era inhabitualmente templado para aquella época del año. Kazu estaba prevenida desde hacía mucho tiempo contra el frío que se pasaba en la ceremonia del Omizutori y se mostró por eso no menos encantada que los ancianos por la temperatura de aquella noche.

Los ritos del templo de Nigatsu comienzan cada año el primero de marzo, pero no alcanzan su punto culminante hasta la noche del día 12, cuando arden las antorchas encestadas; después sobrevendrían la inmersión en el agua sagrada y los secretos rituales

tártaros realizados al comienzo de la mañana del 13. Las ceremonias de la noche del 12 atraían a densas multitudes.

Tras la cena, el grupo se apresuró a dirigirse a Nigatsu. Se sorprendieron al advertir cuánta gente se había congregado ya bajo el templo. Los allí reunidos más parecían espectadores de un acontecimiento extraordinario que participantes de una ceremonia religiosa.

Era inminente el momento en que se encenderían las grandes antorchas de pino y el grupo, guiado por un bonzo, se abrió camino en la oscuridad y entre el inquieto gentío bajo la plataforma de Nigatsu. Noguchi, que había tomado la mano de Kazu, marchaba en cabeza, sin reparar en las irregularidades del suelo bajo sus pies. En nada se asemejaba al Noguchi que había titubeado para cruzar la calzada en Venó; temía a los coches, pero, al parecer, no a los seres humanos.

Su porte, mientras pugnaba por avanzar entre gentes de aspecto rústico, revelaba su arraigado sentido de la autoridad.

Los distinguidos invitados fueron directamente conducidos hasta la verja de bambú alzada para impedir que el gentío irrumpiera en el templo. Ante ellos, justo al otro lado de la valla, un tramo de escalones de piedra se alzaba hasta la terraza en donde se desarrollaría la ceremonia. El provento periodista, exhausto por la caminata, se aferró a los bambúes para recobrar el aliento. El empresario de prensa, constantemente preocupado por su anciano amigo, le proporcionó una pequeña silla plegable.

La subida había ajado el zori de Kazu. El grupo se hallaba ahora en un terreno en pendiente, apenas cubierto por la hierba seca, un mar de barro deshelado, y Kazu, para asegurarse mejor, se aferró a la valla. Volvió la cabeza y sonrió a Noguchi, pero el rostro de él se hallaba envuelto en la oscuridad. Allá arriba, por encima de su cabeza, resaltaba la

balaustrada de la plataforma y las hinchadas curvas de los tejados saledizos. La parte inferior de los aleros surgía misteriosamente luminosa. Entre los cedros que se alzaban en torno del edificio, brillaban racimos de estrellas.

Comenzaban entonces los «Séptuples mensajes». El abad, que mantenía en alto una tea ardiente, ascendió y bajó tres veces por los escalones de piedra. Era una gallarda figura de ceñidos ropajes. Su voz estentórea proclamó cada uno de los «mensajes»: la ofrenda del incienso, los rituales, la presencia en la adoración y todo lo demás. La voz se combinaba con el goteo de las antorchas encendidas para completar el aura de solemnidad. A aquellos espectadores que nada sabían de las antiguas tradiciones del budismo esotérico o shinto dual, la presencia, de un modo u otro significativa, del abad, su frenético talante y sus resueltos movimientos parecían como presagios de una gran calamidad a punto de sobrevenir. Luego, cuando desapareció el

abad y ya no iluminó su tea los pétreos escalones, aquella profunda desolación auguró que algo sucedería con seguridad en cualquier momento sobre el vacío de la escalera. Kazu no era especialmente devota y rara vez se sentía emocionada por algo que no pudiera ver con sus propios ojos, pero, aferrada allí a la valla de bambú, levantó los ojos hasta las estrellas, que se alzaban frías y tenuamente blancas en la oscuridad; sus ojos las siguieron hasta el templo y la terraza de allá arriba; entonces sintió como si su corazón también remontara la escalera de piedra y participara en un acontecimiento trascendental de un modo invisible.

A Kazu, pese a su espíritu animoso y a su optimismo, le preocupaba de vez en cuando lo que le sucedería después de la muerte. De modo invariable, ligaba directamente tales pensamientos con sus pecados. Entonces, mientras sentía contra su espalda y un costado la presión del calor del abrigo de Noguchi, revivieron todos sus antiguos amores, que

jamás había recordado en presencia de Noguchi. En su juventud, hombres hubo que se mataron por Kazu. Algunos habían perdido su riqueza y su posición y otros habían descendido a las más hondas profundidades de la sociedad, todo por culpa de ella. Por extraño que fuese, el amor de Kazu jamás había ennoblecido a un hombre o le había conducido al éxito. Aunque sin que ella se lo propusiera, los hombres, por lo general, se venían abajo una vez que la conocían.

Los ojos de Kazu aún seguían clavados en la escalera de piedra que se alzaba en la oscuridad, mientras que sus pensamientos se volvían hacia la muerte. Pedazo a pedazo, el pasado se deshacía bajo sus pies y no le quedaba nada en qué afirmarse. De seguir así, probablemente no habría nadie que llorara su muerte. Al pensar en la muerte, se convenció de que debía hallar a alguien de quien pudiera depender, tener una familia, llevar una vida normal. Pero el único medio de lograrlo era seguir

adelante con las formalidades del amor. No podía dejar de temblar ante la posibilidad de pecados ulteriores. Hacía tan sólo muy poco tiempo -en realidad, fue durante el otoño-, en uno de sus paseos matutinos por el Setsugoan, que había observado al mundo y a las gentes con la misma claridad con la que contemplaba el jardín. Se sintió absolutamente convencida de que nada podía volver a perturbarla más. Pero ahora se preguntaba si aquella transparencia no habría sido un augurio del infierno... El monje que les acompañó les había explicado que la ceremonia del Omizutori era, desde el principio hasta al final, un ritual disciplinario de penitencia y expiación. Kazu experimentó conscientemente lo que aquello significaba.

En torno de ella surgió el rumor de que estaban a punto de aparecer las antorchas. Eran doce, inmensas, y habían sido dispuestas y colocadas junto a los baños del templo. Cada una se hallaba constituida por un enorme bambú, hasta con sus

raíces, de treinta o más centímetros de circunferencia y de más de diez metros de altura. Al final del tronco se hallaba sujeta la auténtica antorcha, una cesta circular de casi metro y medio de diámetro.

Varios bonzos se alinearon al otro lado de la valla de bambú, bloqueando la visión de Kazu. Vestían capas pluviales de brocado en oro con altos cuellos triangulares. Cuando aparecieron las antorchas, trató sin éxito de verlas entre sus hombros. Murmuró a Noguchi:

—¿Quieres alzarme sobre tu espalda?

Noguchi sonrió de un modo ambiguo y negó con su cabeza, hundida en la bufanda. En aquel momento estalló un rugido y el resplandor de las llamas iluminó súbitamente el rostro de Noguchi.

Kazu se apresuró a volverse para ver lo que había sucedido. El ruido era provocado por el crepitar de las llamas, que ahora iluminaban

brillantemente los blancos muros del templo, hasta sus intersticios e inscripciones, con un resplandor amarillento. Ante ellos relució de repente una enorme cortina de llamas y los monjes de altos cuellos, que protegían sus rostros alzando unos abanicos, se trocaron en siluetas. Los ojos de Kazu se clavaron en los racimos del fuego y en los verdes apreses que se alzaban sobre las antorchas. Los brazos musculosos de los jóvenes que sostenían los enormes troncos de bambú resplandecían ante las llamaradas. Kazu contuvo el aliento al contemplar el mar de fuego que ascendía por los escalones de piedra.

Los jóvenes remontaron la escalera. Cada uno portaba sobre un hombro una antorcha que pesaba más de setenta kilos. Llovían cascadas de chispas que derramaban rojos nenúfares sobre los escalones. A veces las llamas prendían en una columna del techo de la escalera. Entonces un servidor, que vestido de blanco seguía a los jóvenes, extinguía la

humareda y el fuego con una escoba empapada en agua.

Los ojos de Kazu se humedecieron de excitación ante la belleza solitaria y salvaje del fuego captado en las miradas inmóviles del gentío que bullía bajo el templo. Su garganta exhaló un gemido incoherente al tiempo que aferraba con su mano sudorosa la de Noguchi.

—¿Has visto alguna vez algo semejante? -logró, por fin, proferir-. Merecía la pena venir a Nara, aunque sólo fuese por esto.

Mientras hablaba, los portadores de las antorchas llegaron a lo alto de la escalera e hicieron una pausa momentánea, apoyándose en la balaustrada, a la izquierda de la pasarela, en torno de la terraza. Otro estallido de llamas sorprendió a Kazu: una segunda falange de portadores de antorchas había llegado al pie de la escalera. Mientras tanto, y como leones llameantes, los

jóvenes de la plataforma habían emprendido una frenética carrera por todo su perímetro. A cada convulsión de las antorchas llovían las chispas sobre la multitud congregada abajo. Hacia la derecha, el fuego saltó de la balaustrada y lanzó un rojizo resplandor sobre los pesados aleros que se proyectaban hacia fuera. Por un momento, el fuego de las antorchas pareció perder un tanto de su fiereza, pero, agitadas, rugieron de nuevo las llamas; cobró nueva intensidad el verde intenso de los cedros, iluminado por el torbellino de chispas.

El gentío emergió entonces de la oscuridad en la que había permanecido sumido. Con el griterío general se mezclaban sonoras invocaciones del nombre de Buda. Sobre las cabezas de los espectadores caían las chispas como polvo de oro y sobre ellos se cernía la sombría grandeza arquitectónica del templo de Nigatsu.

—¿No es maravilloso? -seguía repitiendo Kazu. Noguchi advirtió que lloraba.

Regresaron al hotel cerca ya del amanecer. Se hallaban demasiado cansados para aguardar los rituales tártaros del alba que siguen a la ceremonia del Omizutori. Ya en las habitaciones del hotel oyeron cantar lejos a algunos gallos, pero la aurora aún no había comenzado a clarear el firmamento.

Noguchi sugirió que se bañaran y luego se acostaran. Kazu, cuyos ojos brillaban todavía excitados, respondió que posiblemente no podría dormir. Se despojó de la capa, empezó a doblarla y después llamó la atención de Noguchi hacia el forro. Noguchi se acercó a la capa extendida sobre la cama bajo la intensa luz del techo. El forro de púrpura de uva poseía una serena belleza. Lucía en blanco un hokku escrito con mano diestra.

Mientras deshacía el nudo de su corbata, Noguchi le preguntó:

—¿Qué es?

—Un hokku de Sogi. Hice que un artista lo escribiera, pensando en este viaje. Ya sabes que la primavera está próxima.

Kazu no mencionó que había sido el sedero quien le sugirió que empleara la poesía de Sogi.

—*Con tal de que sepáis* -leyó Noguchi.

*Con tal de que sepáis*

*Que aguardo, no os apresuréis*

*Flores de la primavera.*

Noguchi dejó de deshacer el nudo de la corbata y durante largo rato contempló en silencio la poesía.

Kazu pensó que su mano vieja y reseca, en la que resaltaban las venas, era bella.

—Ya veo -dijo finalmente.

Éste fue su único comentario. Aquella mañana, al amanecer, un hombre de más de sesenta años y una mujer de cincuenta se durmieron en la misma

cama.

## La boda

Una semana después de su regreso, e incapaz de dominar su impaciencia por devolverles su gentileza, Kazu invitó a sus compañeros de viaje a una cena en el Setsugoan. El menú de aquella noche fue el siguiente:

### ENTREMESES

*Ensalada de casuarina y sésamo. Carpa ahumada. Bollos de ranúnculos. Congrio cocido en agua de mar. Perca con arroz en rollos de hojas de bambú.*

### SOPA

*Sopa clara con ciruelas ralladas, sémola de trigo en estrellitas, cebolletas y capullos de hojas.*

### PESCADO CRUDO

*Pardo de mar con piel para evocar la roña del pino. Rodajas de róbalo.*

### ASADO

*Camarones grandes asados con sal y con setas  
crudas y pimientos adobados en miso.*

## HERVIDO

*Algas marinas Wakame de Naruto, hervidas con  
tallos tiernos de bambú y capullos de hojas.*

Aunque serían escasos los comensales, eligió para la ocasión una sala especialmente grande. Sabía que sería una velada recordada durante muchos años y pretendía que tuviera el marco adecuado.

Noguchi y Kazu permanecieron dos noches más en Nara después de que sus compañeros regresaron a Tokio. Visitaron los diversos templos famosos. Una mañana encantadora retornaron a Nigatsu y ascendieron por la escalera de piedra hasta la terraza. Virtualmente, las ceremonias del Omizutori habían concluido ya y los jóvenes que tan agitados se mostraron la noche de la fiesta habían recobrado su naturaleza habitual -la de sencillos aldeanos- y tomaban el sol sentados en los peldaños.

Contemplada desde la terraza, la pendiente inferior, con sus hierbas marchitas, parecía exactamente como un campo tras un incendio. Aquí y allá se extendían manchas de verde tinta, los nuevos brotes; y próximas, algunas plantas medio quemadas, a las que ahora iluminaba el sol, lucían hojas frescas.

Pocas frases intercambiaron durante el paseo. El tono de Noguchi carecía por completo de emoción, pero la conversación, tras ir y venir durante un rato, acabó por recaer en la cuestión de su matrimonio. Kazu no se dejó llevar por sus emociones, sino que primero escuchó atentamente la opinión de Noguchi y después expresó con llaneza la propia. A pesar de lo sucedido, no tenía en modo alguno intención de renunciar al Setsugoan. Por otro lado, no cabía esperar que un hombre del rango de Yuken Noguchi residiera en un restaurante. Por esa razón su vida conyugal tendría que ser un tanto irregular. Kazu iría a casa de Noguchi los fines de semana y la pareja permanecería unida durante dos días. El lunes por la

mañana, Kazu regresaría a su puesto de trabajo en Koishikawa... Éste fue el justo acuerdo al que llegaron los prometidos.

Gracias al claro aire primaveral y a la serenidad de la antigua capital, los planes que concibieron y las decisiones que tomaron en sus tranquilos paseos fueron enteramente razonables. A Kazu le sorprendía que una suerte tan inesperada sólo aportara una felicidad sosegada y no una áspera agitación.

Kazu estaba a punto de convertirse en la esposa de un hombre distinguido. Comprendía ahora que éste era el objetivo, largo tiempo soñado, de toda una vida. Nació en el campo, en Niigata, y, tras perder a sus padres, fue recogida como hija adoptiva por un pariente. Huyó a Tokio con el primer hombre que encontró... Después de muchos años y sinsabores de todo género, Kazu había logrado la posición que ahora disfrutaba; llegó a convencerse de que con el tiempo podría triunfar en cualquier cosa con tal de que se lo propusiera. Esta

convicción era a todas luces ilógica, pero de un modo u otro había gobernado su vida desde hacía ya muchos años.

Hasta el pasado otoño suponía que todas sus esperanzas se hallaban ya colmadas, que la convicción que la orientaba había sobrevivido a su utilidad. Le sorprendió, sin embargo, descubrir cuán imprevisiblemente se había incendiado su corazón al conocer a Noguchi y comprendió que aún era útil su convicción.

Más tarde Kazu sería a menudo considerada con suspicacia y de un modo erróneo, precisamente por obra de la extraña coincidencia entre sus inclinaciones y su gran convicción. Pero resultaría injusto afirmar que el amor de Kazu por Noguchi era interesado en su naturaleza o que su único propósito consistiera en adquirir un apellido distinguido. Su amor por Noguchi se había desarrollado en realidad de una manera tan natural que Kazu, comportándose conforme a sus inclinaciones y sin efectuar un

esfuerzo especial por hacer realidad su sueño, descubrió que el sueño se había realizado por sí mismo. Apenas supo lo que hacía mientras preparaba el licor, pero cuando finalmente estuvo dispuesto y lo cató, descubrió que se acomodaba por entero a sus gustos. Éste era todo el asunto.

El error de entendimiento procedió del júbilo excesivamente inocente que por su matrimonio con Noguchi mostró una Kazu excesivamente honesta. Debería haberlo aceptado un poco más tristemente.

La noche del veintidós de marzo sobrevino cálida para esa época del año. Noguchi llegó pronto y ayudó a Kazu en los preparativos para recibir a los demás invitados. Incluso en una ocasión semejante Noguchi se mostraba profundamente seguro de sí mismo. Se sentó en el comedor, Kazu junto a él y formuló instrucciones con rostro imperturbable.

Al tiempo que le enseñaba el menú, Kazu dijo a Noguchi:

—Hoy habrá un plato especial que no figura en el menú. Alude al Omizutori. Por desgracia, es bastante pesado, y si lo sirvo ya muy avanzada la cena, los invitados no serán capaces de comerlo. Siento que sea así. Por otro lado, supongo que tú preferirás dar la noticia hacia el final.

—¿Qué relación existe entre lo que tengo que decir y ese plato especial? -preguntó Noguchi, con una nota de suspicacia en su voz.

Manipulaba distraídamente las tenacillas, abriendo un agujero en las cenizas cuidadosamente recogidas del hibachi.

—¿No lo entiendes? -preguntó Kazu, tartamudeando y temerosa, como siempre, de la reacción de Noguchi-. Si das la noticia cuando haya sido servido este plato y todo el mundo se halle de buen talante, me parece que resultará elegante y producirá un efecto maravilloso.

—¿Estás pidiéndome que desempeñe un papel?

—No, en manera alguna. Simplemente, pensé en conseguir un efecto desacostumbrado. ¿O no se buscan tales efectos hasta en la ceremonia del té?

—No hay necesidad de representar una comedia. ¿No te das cuenta? Yo pretendo dar la noticia tan sólo a mis amigos más íntimos y fieles. Deberías haberme dicho desde el principio que tratabas de causar sensación.

Kazu comprendió que su oportunidad estaba esfumándose.

—Muy bien. Haré como dices. En consideración al apetito de los invitados, serviré el plato inmediatamente antes de la sopa.

En aquel momento, una criada anunció la llegada del empresario de prensa y del periodista octogenario.

Kazu acogió a estos apreciados invitados con una sonrisa sorprendentemente radiante. El arte con

que abandonó en un instante su expresión meditabunda del momento anterior y salió alegremente para recibir a sus invitados asombró a Noguchi, pero Kazu estaba demasiado ocupada para advertirlo.

Como de costumbre, el anciano periodista llevaba en la mano una cartera de cuero. Su espléndido pelo blanco le caía sobre las orejas y ofrecía un aspecto impresionante cuando avanzó, perfectamente erguido, hasta el comedor, vistiendo un traje japonés de etiqueta. El empresario de prensa se comportó como si sintiera que en presencia del anciano su única excusa para seguir viviendo consistiese en representar el papel de un abnegado servidor.

—Hola, Noguchi -dijo el periodista-. Qué viaje tan agradable tuvimos. ¿No es cierto?

Sin titubear, se dirigió hasta el sitio de honor, que ocupó de inmediato. Era inconcebible que allí

podiese sentarse alguien que no fuera él. Apenas instalado, la conversación derivó lejos del viaje a Nara. El tema era la conferencia pronunciada el día anterior por el anciano caballero, y conforme a una petición especial del Emperador, acerca de la historia de los periódicos japoneses.

—En tan breve tiempo no pude descender a detalles exhaustivos -comentó el octogenario-. En realidad, el Emperador pareció interesarse más por la parte dedicada al período Meiji. Es triste pensarlo, pero el período Meiji parece ser el *gute alte Zeit* no sólo de los viejos como nosotros, sino también del Emperador.

—Probablemente porque parecía el *gute alte Zeit* a juzgar por la forma en que usted habló -sugirió el empresario periodístico.

—Quizás, pero no resulta muy estimulante el hecho de que quien rige nuestro país prefiera cualquier época al presente.

Los demás invitados llegaron en mitad de la charla. Apareció entonces el saké y se sirvieron los entremeses. Kazu abandonó el comedor por un instante, y cuando volvió, unos minutos después, venía acompañada de dos criadas que portaban una enorme bandeja cubierta de llamas azuladas.

—¡He aquí las antorchas del templo de Nigatsu!

El plato era un triunfo culinario, concebido sobre todo para el logro de un efecto plástico. Las antorchas, una por cada invitado, consistían en carne de pollo para representar las pértigas de bambú y zorzales asados y empapados en un licor fuerte. Al prenderlos, evocaban las ardientes cestas de las antorchas. Para representar las montañas en torno de Nara se habían dispuesto retoños de helechos y otras verduras de las tierras altas. El plato tenía incluso el pequeño cartel en madera que conminaba a los jinetes a desmontar antes de penetrar en el templo de Nara.

Todos los invitados alabaron el ingenio de Kazu. El industrial, observando que este año había podido ver dos veces la ceremonia del Omizutori, compuso inmediatamente un improvisado haiku sobre tal motivo. Kazu arrojó una mirada rápida al rostro de Noguchi.

En aquel momento nada podía parecer más lejos del júbilo como el rostro de Noguchi. Ahogadas emociones contraían su cara. La mirada que dirigió a Kazu en respuesta a la suya reflejaba algo semejante al odio. Pero Kazu resistió serenamente aquella mirada, rebotante como se hallaba de una manifiesta felicidad. Sabía que el odio de Noguchi se refería a un pequeño punto de honor: no permitir que una mujer se impusiera.

De repente Kazu se levantó y se excusó por ausentarse. Simuló dirigirse hasta el extremo del pasillo, pero en realidad se ocultó en la habitación inmediata, justo al otro lado de las puertas correderas. Unos momentos más tarde percibió la

voz de Noguchi. Decía precisamente lo que había estado aguardando:

—Tengo algo que manifestar esta noche a los aquí congregados. El hecho es que he decidido casarme con la propietaria de este establecimiento, Kazu Fukuzawa.

El silencio fugaz de los invitados fue quebrado por las risas del soltero octogenario.

—Yo creía que al menos Noguchi revelaba mi genio para vivir, pero le sobrestimaba. ¡Enhorabuena por no ser un genio! Vamos a brindar. ¿En dónde está la dama? -El anciano había gritado aquellas palabras. Después se volvió hacia el empresario periodístico y le dijo con acento de reprobación: —¿A qué está usted esperando? Llame inmediatamente por teléfono a su despacho. Tiene una exclusiva para su periódico. ¿No le parece?

—¡Después de todos estos años, todavía me trata como si fuera un alevín de reportero! -protestó el

empresario, entre las risas de los demás. Un aura de ternura envolvió rápidamente a la reunión.

—¿En dónde está nuestra anfitriona? -gritó el anciano.

Kazu no había escuchado semejantes gritos durante el viaje, pero por su voz podía suponer que deliberadamente adoptaba los modales desabridos y atolondrados de los estudiantes de comienzos de siglo. Kazu juzgó que había llegado al fin el momento de regresar al comedor. Tropezó con el ejecutivo, que corría hacia el teléfono para avisar a su periódico. Cuando Kazu pasó, el apacible empresario aplicó un pellizco en su redondo hombro y luego prosiguió su carrera.

La noticia apareció en el periódico de la mañana siguiente. Genki Nagaya llamó inmediatamente por teléfono.

—¡Buenos días! -dijo cordialmente-. ¿Cómo te ha ido en este tiempo? He visto la noticia en el

periódico de esta mañana. Supongo que no será verdad.

Kazu permaneció silenciosa al otro lado del hilo.

—Ya veo..., hay algo al respecto sobre lo que los dos hemos de tratar. ¿Quieres venir ahora mismo a mi despacho?

Kazu pretextó que tenía mucho trabajo, pero tales excusas no produjeron efecto alguno en Nagayama.

—Yo soy quien tiene trabajo, y si puedo hallar tiempo para verte acerca de algo que te interesa, estás obligada a venir. Me encuentro en mi despacho del Edificio Redondo.

Nagayama tenía en diferentes lugares los que él llamaba despachos y que eran en realidad salas de espera de despachos de amigos suyos. Por sorprendente que parezca, sea cual fuere el

«despacho» en donde se encontrara, le bastaba con oprimir un timbre para ocuparse de muchos tipos de negocios, exactamente como si fuese el presidente de la empresa, y Nagayama se mostraba igualmente exigente con los empleados. Kazu conocía el despacho del Edificio Redondo por haberlo visitado varias veces. Se trataba de la sala de espera de un gran complejo de industrias derivadas de la pesca. El presidente procedía de la misma parte del país que Nagayama.

El día era lluvioso y bastante frío, tiempo normal al comienzo de la primavera. Cuando Kazu cruzó ante la fila de tiendas peculiarmente tristes de la primera planta del Edificio Redondo, advirtió cómo relucía el descuidado vestíbulo, humedecido por el goteo de los paraguas. Había algo hostil y lúgubre en los que pasaban envueltos en sus impermeables. La felicidad que Kazu experimentó aquella mañana al leer el periódico, tan intensa que hizo una ofrenda en el altar doméstico, había sido enturbiada de súbito

por aquel hombre a quien había proporcionado dinero. ¿Acaso no le había dado todo lo que le pidió, sin aguardar nada a cambio? Le pareció que no era justo.

Kazu se sentía deprimida cuando se elevó en el ascensor, pero al enfrentarse con la sonrisa burlona de Nagayama, desapareció toda su tensión y recobró su radiante personalidad. A Kazu le complacía ahora ese momento de la mañana en que se reunía con un politicastro famoso y extremadamente ocupado por una cuestión puramente personal. Nagayama le espetó sin ceremonia alguna:

—No tiene pies ni cabeza lo que estás haciendo. ¿En qué momento decidiste seducir a ese hombre sin contar primero con el permiso de tu padre?

—Oh, yo creía que eras mi hermano mayor, no mi padre. Bueno, padre o hermano viene a ser lo mismo; tú constituyes un ejemplo muy evidente y no te hallas en disposición de darme una conferencia.

Te lo digo de antemano.

No era así como solía responder Kazu, y su tono, un tanto duro, parecía innecesariamente ofensivo. Una sonrisa se dibujaba siempre en la carnosa cara de Nagayama, cuyo aspecto daba la impresión de que alguien había fijado allí al azar diversas pellas de barro. Por la fuerza de la costumbre, enrolló y desenrolló concienzudamente un cigarrillo mientras hablaba:

—No puedo imaginarme que a estas alturas tengas tanta prisa. Al fin y al cabo, ya has dejado atrás la edad casadera.

—Sí, es cierto. Hace docenas de años.

Tras este intercambio de pullas, Kazu esperaba más bien que Nagayama pasara a preguntarle con el acento de los melodramas de otros tiempos: «¿Estás realmente enamorada de él?». Entonces ella le respondería de buen grado: «Sí, lo estoy». Nagayama, convencido del todo por su respuesta, no

proferiría más palabras... Pero Nagayama no mostró indicio alguno de que fuese a jugar sus cartas de aquel modo.

Nagayama se mostraba perpetuamente inquieto. Era el único hombre cuyo cigarrillo nunca sabía Kazu cuándo encender. Tenía ella siempre a mano cerillas y, tan pronto un hombre sujetaba un cigarrillo entre sus dedos, le brindaba una llama que parecía haber surgido por sí misma. Pero con Nagayama era diferente. Kazu jamás conseguía acomodarse a sus gestos. Los dedos gordezuelos de aquel individuo, con sus uñas espatuladas, parecían estar siempre jugueteando con algo. A veces era un cigarrillo, otras se trataba de un lápiz o podía ser un documento o un periódico. En tales ocasiones sus ojos poseían la incierta inocencia de un bebé y sus labios gruesos y pardos se contraían hacia abajo en un puchero. Justo cuando parecía que se hallaba al fin a punto de colocar en su boca el cigarrillo que había retorcido y deformado, lo devolvía a su lugar

original.

Tras la silla de Nagayama había una ancha ventana que se abría a un panorama de edificios barridos por la lluvia. Las pesadas cortinas de damasco verde oscuro estaban corridas hacia los lados. Bandas de tubos fluorescentes, encendidos desde la mañana en las ventanas del edificio del otro lado de la calle, brillaban a través de la lluvia, extrañamente próximas y desnudas.

—Y suponiendo que te cases con Yuken Noguchi, ¿qué piensas hacer del restaurante?

—Seguiré dirigiéndolo como de costumbre.

—No puedes hacer eso. Más pronto o más tarde surgirá un conflicto entre el restaurante y Noguchi. El Setsugoan ha funcionado hasta ahora principalmente gracias al apoyo del Partido Conservador, del mío en particular. ¿No te parece que resultaría divertido que la propietaria fuese la esposa de un consejero del Partido Radical?

—He pensado en todo eso. ¿Por qué no puedo seguir siendo apoyada personalmente por el Partido Conservador, aunque mi marido pertenezca al Partido Radical? Me han dicho que, conforme a la nueva Constitución, resulta perfectamente admisible que un marido y su mujer voten a partidos diferentes.

—Ésa no es la cuestión. ¿No ves que me preocupa tu futuro? Cualquiera podría darse cuenta de que has sacado un mal naipe. Ese matrimonio no reportará ningún bien ni a Noguchi ni a ti. Nada hay que no puedas lograr con tu talento, pero en vez de eso, optas por arruinar todo tu futuro. Mira, Kazu, casarse es como comprar acciones. Es normal comprar cuando están bajas. ¿Por qué ibas a querer comprar acciones que no tuviesen perspectivas de subir? En los viejos tiempos, Noguchi era verdaderamente impresionante, no hay duda al respecto. Pero hoy -si consideramos las cosas de un modo imparcial- la propietaria del Setsugoan vale mucho más que el exministro del Gobierno Yuken

Noguchi. Deberías hacerte una cierta idea de tu propio valor... Lo único que me agrada de tu decisión es continuar con el Setsugoan. No eres el tipo de mujer que se encierra en una casa para desempeñar el papel de esposa abnegada. No está escrito en tu cara.

—Soy muy consciente de eso.

—Sabía que lo serías. Te basta con mirarte en el espejo cada mañana... Me pregunto qué es lo que se propone Noguchi. No creo que pretenda sacar partido de ti.

Los colores se le subieron a la cara a Kazu.

—No abriga ningún designio oculto -replicó, alzando la voz-. No juzgues a los demás como si de ti se tratara.

Nagayama lanzó una sonora carcajada, sin sentirse incomodado en los más mínimo.

—Touché! Pero tienes que reconocer que se me

da bien. Consigo todo lo que deseo sin recurrir a hacer el amor.

Nagayama introdujo por fin el cigarrillo en su boca. Kazu lo encendió. Él absorbió el humo y luego, cambiando abruptamente de tema, empezó a contar una historia anodina y procaz.

El secretario de Nagayama se presentó para anunciar que aguardaba el siguiente visitante. Kazu tomó su chal y se levantó. Al final, Nagayama no dijo las palabras que Kazu había estado aguardando durante toda la entrevista.

Pero a Nagayama le gustaba despedirse con una nota cálida y humana. Más aún, se complacía en la ilusión de conquistar un corazón humano, y, tras apartar fríamente sus ojos de Kazu para fijarlos en la lluvia de afuera, retornó la mirada hacia ella cuando estaba próxima a la puerta.

—¡Eh! Espero que me invites a la boda.

No había olvidado su despedida.

Noguchi y Kazu se casaron el veintiocho de mayo.

## La llamada «nueva vida»

Ni Noguchi ni Kazu se hallaban en modo alguno preparados para la amplia publicidad que rodeó a su boda. Ésta fue la primera experiencia de Kazu en el acoso de los fotógrafos de periódicos y revistas. Por su parte, a Noguchi le sorprendió que el mundo aún no le hubiese olvidado. En su luna de miel en el hotel Gamagori, visitaron el templo de Yaotomi, en la isla de Benten. Kazu estaba a punto de hacer una de sus habituales y extravagantes donaciones, cuando Noguchi la contuvo con firmeza. La había censurado, dijo, porque semejante conducta resultaba vulgar. Su breve reprimenda poseía un frígido tono aristocrático que heló el corazón de Kazu.

Su vida conyugal «irregular» se inició tras su retorno a Tokio. Cada mañana Kazu hablaba largo

tiempo por teléfono con Noguchi. Pero las llamadas telefónicas no lograban disminuir sus innumerables motivos de ansiedad. En consecuencia, y para tranquilizarse, Kazu se desembarazó de la instruida criada de Noguchi, a quien reemplazó con dos criadas y un muchacho, todos fieles empleados del Setsugoan. A su debido tiempo, les llamaba al Setsugoan y escuchaba sus informes sobre las actividades diarias de Noguchi. Cada noche de sábado Kazu regresaba al «hogar», aportando consigo innumerables cantidades de regalos para Noguchi. Antes de que transcurriera mucho tiempo, la casa de Noguchi rebosaba de innecesarias provisiones de licores y víveres. Los periódicos regresos al hogar por parte de Kazu eran motivo de una considerable conmoción. Solía entrar frotándose la espalda y quejándose de lo agotadora que había sido la semana y de cuán difícil resultaba complacer a los clientes. Luego, lanzando una mirada en torno de la enmohecida habitación, tan carente de

atractivos, declararía: «¡Ah, no hay sitio mejor que el hogar! ¿No es cierto? Siempre respiro a gusto en cuanto cruzo esa puerta».

Para Kazu fue, sin embargo, una sorpresa desagradable saber que sus compañeros de Nara - aunque tan generosos en sus felicitaciones una vez que dio la señal el anciano periodista- difundían ahora rumores maliciosos acerca de ella. Afirmaban, entre otras cosas, que durante el viaje, Kazu se había hecho pasar por esposa de Noguchi sin importarle lo que los demás pudieran pensar; que se había mostrado respetuosa tan sólo con Noguchi, desdeñando a los demás; que había replicado con rudeza al octogenario; que la misma invitación del Setsugoan, aunque ostensiblemente un «regalo de devolución», estuvo en realidad concebida para hacerse notar (no era necesario arrastrar a la gente al Setsugoan para anunciar la boda); que había que compadecer a Noguchi... A sus oídos llegaron rumores de todo tipo. Cuando Kazu se enteró de

estos chismes, recordó el pellizco del empresario de prensa después de que Noguchi les hubiera dado la noticia y sintió como si aquel momentáneo pinchazo -tan agradable e incluso placentero entonces- hubiese levantado una roncha purpúrea en su hombro. Pasó su mano por el lugar y lo frotó irritada.

Reveló los rumores a Noguchi. Éste reaccionó enfureciéndose. Declaró que su única razón para haber invitado a Kazu al viaje con los demás y para anunciar ante ellos su matrimonio era la de que confiaba en ellos como amigos. El hecho de que Kazu le transmitiera los chismes fue así interpretado como la tentativa por parte de una esposa de separar a su marido de sus antiguos amigos. Éste fue el primer indicio que Kazu tuvo de que la noble mente de su esposo carecía de poderes suficientes de discernimiento.

Un semanario sensacionalista publicó un artículo en el que ridiculizaba a Noguchi. Afirmaba que el

abrupto salto de Noguchi al Partido Radical después de la guerra había resultado ser simplemente un fallido truco publicitario y que su matrimonio con Kazu demostraría ser otro. A Kazu le sorprendió que hubiera gentes de maldad tan sutil como para relacionar los dos acontecimientos, pero Noguchi replicó que valía más ignorar tales ataques.

Al menos superficialmente, se mantuvo sereno ante semejante acoso.

El matrimonio no había aportado un cambio fundamental a la vida de Kazu. En su habitación del Setsugoan tenía a la vista la fotografía tomada durante su luna de miel y de vez en cuando, en las pausas entre sus atenciones a los clientes, acudía a mirarla. La fotografía mostraba a los recién casados de pie sobre los peldaños del extremo meridional de la isla de Benten. Habían hecho que les acompañara un fotógrafo del hotel para recoger aquella imagen.

La fotografía apenas tenía un mes, pero la

aparición de Kazu sugería recuerdos de largo tiempo atrás mostrados en beneficio de futuros espectadores. Los recuerdos revelaban ya una cierta coquetería. Al advertirlo, Kazu reaccionó con toda su incansable naturaleza, pero cuanto más trataba de suprimir los recuerdos que se entrometían, más vivaces se tornaban. Finalmente, permitió que se impusieran.

Noguchi y ella habían ascendido más allá del templo de Yaotomi cuando, de repente, la visión, hasta entonces oculta por los árboles, se desplegó ante ellos a la clara luz de un sol del comienzo del verano... Kazu, a quien él acababa de censurarle una excesiva donación al templo, se sentía abatida. Su alivio fue por eso mayor ante la repentina revelación de aquel espléndido paisaje.

—¡Ah, qué vista tan encantadora! ¡Mira! ¿No te parece maravillosa?

—Nos haremos aquí la fotografía -respondió

inmediatamente Noguchi.

El fotógrafo, en precario equilibrio sobre las raíces de un pino junto a los peldaños, preparó su cámara. Marido y mujer, de pie hacia la mitad de la escalinata, miraron al mar. Ante ellos se extendía la isla de Oshima. El mar, que hacia el oeste envolvía la península de Nishiura y hacia el este el monte Kobo de Miya, centelleaba serenamente. Las penínsulas de Atsumi y Chita, celadas en la neblina costera, parecían reunirse en la distancia, haciendo que el mar cobrara más la apariencia de un lago que de una parte del océano. Las numerosas nasas de pesca que sobresalían irregularmente del agua fortalecían esta impresión. No había en el cielo nubes que merecieran tal nombre. El día entero parecía un instante puro y sin mácula, tallado en la eternidad del cielo y dispuesto ante ellos.

Aquel fotógrafo irritantemente minucioso les mantuvo en la misma posición durante un tiempo interminable. Kazu advirtió que Noguchi, que se

erguía rígido como una estatua, era consciente en cada momento de la presencia de la cámara. Después de tantos años de ser objeto de la persecución de los fotógrafos, aún mantenía esa rigidez innata. Kazu, para desfogar su rabia por la reprimenda de Noguchi, extrajo su polvera e inspeccionó rápidamente su cara. En el espejito se reflejó también un hombro de Noguchi hasta su tensa mejilla. Finalmente, el fino rayo luminoso llegó al rabillo del ojo de él y, momentáneamente deslumbrado, relajó su postura. En aquel instante el atento fotógrafo accionó el disparador.

La fotografía sobre la mesa de Kazu no era aquella que cogió desprevenido a Noguchi. Éste obtuvo más tarde del fotógrafo todos los negativos y desechó los que no le gustaron. La fotografía de Kazu mostraba una pareja de mediana edad, perfectamente dispuesta a la luz marina del comienzo del verano. Kazu, un tanto inclinada, se hallaba medio oculta tras el hombro de su marido.

De manera sorprendente en una mujer, Kazu se sentía fundamentalmente insegura de su propia definición de la felicidad.

Su matrimonio no había exigido un sacrificio, el confinamiento en la casa de un extraño o el hostigamiento de una suegra o de unas cuñadas, pero, por otro lado, su vida de casada no significó ningún estallido de felicidad. Cuando Noguchi y ella salían juntos como marido y mujer, Kazu experimentaba un júbilo que no podía ocultar. Pero cuando trataba de identificar el origen último de este placer social, descubría que se relacionaba con el melancólico encanto que ganó el corazón de Kazu hacia la mitad de la ceremonia de su boda. Mientras bebía las copas rituales de saké, Kazu mantuvo los ojos bajos para retener las lágrimas, pero estaba pensando todo el tiempo: «¡Ahora estoy segura de que seré enterrada en la tumba de la familia Noguchi! ¡Por fin he hallado una cierta paz de espíritu!».

El maravilloso jardín del Setsugoan se esfumaba de los pensamientos de Kazu y su lugar era ocupado por la nítida visión de una pequeña y digna lápida sepulcral. Así se explicaba la primera petición de Kazu a Noguchi al regreso de la luna de miel: una visita a la tumba de la familia Noguchi. Éste, a quien desagradaba ir al cementerio, formuló diversas excusas, pero, finalmente, un domingo de la estación de las lluvias, Kazu consiguió engatusar a Noguchi para que la llevara a la necrópolis de Aoyama.

Era un día tristón con aguaceros ocasionales de una lluvia fina que daba a la fronda nueva del cementerio un nuevo verdor. Kazu y Noguchi, que compartían un paraguas, siguieron al guarda del cementerio por el sendero. Él portaba retoños de anís, varitas de incienso y un cubo de agua para ofrendarlos a los muertos.

Kazu comentó:

—No creo que los difuntos puedan dormir muy

pacíficamente con todo este continuo tráfico tan cerca.

—Por suerte, la sepultura de la familia se halla en un lugar un poco más retirado -respondió Noguchi.

La tumba, aunque no fuese el monumento imponente que había imaginado Kazu, era de piedra gris, tallada con la cimera de la familia, y revelaba algo de la antigüedad y del lustre de su linaje. Kazu se sentía genuinamente orgullosa de tales cosas. De una piedra a otra podía seguirse la genealogía, sin mancha ni falsía, de una espléndida serie de personas. Kazu, protegida por el paraguas que Noguchi sostenía sobre ella, se arrodilló ante la tumba y rezó durante un tiempo desacostumbradamente largo.

El humo, que entre la llovizna se alzaba en volutas vigorosas del manajo de varitas de incienso, se enredó en el pelo de Kazu y penetró entre sus

rizos. Su olor intenso provocó en Kazu algo semejante a un vértigo placentero. ¡Qué familia tan inmaculada y noble! Ni siquiera en la boda había tenido Kazu la oportunidad de conocer a los miembros que vivían de la familia de Noguchi, pero podía imaginar cómo los difuntos, con sus elevados principios y su absoluta incorruptibilidad, habían transmitido la herencia de la familia a las generaciones que les sucedieron. Nada le importaba a esta familia la demoledora pobreza, la sumisión, las mentiras, las naturalezas despreciables. Retornaron a su memoria recuerdos confusos de fiestas obscenas en restaurantes campestres, de clientes borrachos que introducían sus manos en el kimono de una muchacha inocente, de una joven huyendo que subía acongojada a un tren nocturno, de callejuelas urbanas, de caricias compradas, de los trucos de todo género que empleaba para protegerse, de los besos avasalladores de hombres de corazón encallecido, del desdén mezclado con el afecto, del

anhelo persistente de vengarse de un adversario desconocido. Con toda seguridad, esta familia ni siquiera habría llegado a soñar experiencias tales. Indudablemente, cuando Kazu, todavía una chiquilla, lavaba la ropa interior de la mujer para la que trabajaba, alguien de esta familia estaría comiendo en un restaurante francés o alimentando a un canario.

Kazu pertenecía ahora a la misma familia que estas personas y algún día sería enterrada en su templo familiar. ¡Y pensar que ella se disolvería con ellos en un torrente, para no separarse jamás! ¡Qué fuente de serenidad aquélla y qué inapreciable burla a la sociedad! La serenidad y la burla serían completas cuando Kazu fuese por fin enterrada allí. Porque pese a todos los éxitos de Kazu, a su dinero, a su prodigiosa generosidad, las gentes jamás se le habían rendido. Inició su carrera a través del engaño y al final engañaría a la propia eternidad. Éste sería el ramo de rosas que Kazu arrojaría al mundo...

Kazu desenlazó por fin sus manos y se alzó,

dando por concluida su oración. Examinó las inscripciones en el costado del monumento y preguntó a Noguchi sobre la más reciente: «Sadako Noguchi. Murió en agosto de 1946».

—Mi primera mujer. Estoy seguro de que habrás oído su nombre.

La expresión de Noguchi era sombría. Le pareció poco natural que Kazu hubiera formulado deliberadamente semejante pregunta.

La siguiente observación de Kazu fue aún menos natural.

—Claro. Tu mujer también está enterrada aquí. Lo había olvidado.

La voz de Kazu era bastante cordial: precisamente con el tono alto, rebosante de energía, que empleaba para dar órdenes a las criadas del Setsugoan. En aquella voz no podía detectarse el más ligero rastro de envidia. Noguchi hubo de

sonreír a su pesar.

—¿A quién pensabas presentar tus respetos? En realidad, tú no conociste a ninguna de estas personas.

—Pero son tus antepasados, ¿no es cierto? - repuso Kazu, con una radiante sonrisa.

Al regreso del cementerio, se detuvieron en la ciudad e hicieron algunas compras. Durante todo aquel día Kazu pareció hallarse en el séptimo cielo y se mostró tan retozona que sorprendió a Noguchi.

Aquel día comenzó a penetrar en Kazu una lánguida sensación de seguridad, y antes de que pasara mucho tiempo empezó a descuidar poco a poco su trabajo en el Setsugoan. Por fortuna, eran pocos los clientes, ya que el verano corresponde a la estación floja. De repente, sintió con un terrible apremio que estaba haciéndose vieja.

Para huir del calor, la pareja realizaba

frecuentes viajes al campo, y siempre que partían, Kazu exageraba sus emociones. Pero a través de esa exageración, sólo lograba aislarse de Noguchi. Cabría preguntarse si no erraba al tratar de encender un fuego bajo la pacífica existencia que anhelaba Noguchi.

Kazu había logrado que Noguchi tuviese ahora siempre dispuestas camisas limpias, pero sus sugerencias de que el sastre le hiciese algunos trajes fueron firmemente rechazadas. Noguchi insistió en afirmar que si tras su matrimonio empezase a aparecer de repente con ropa nueva, quienes sabían de la escasez de sus ingresos pronto le desdeñarían. Kazu no podía entender por qué no cabía emplear su dinero en adquirir trajes para su marido. Noguchi se sentía con frecuencia obligado a prevenirla en este punto:

—Pareces pensar que dar dinero a las gentes las hará felices, pero te equivocas de medio a medio. ¿Por qué no eres capaz de entender que cuanto

mayor sea la propina que des por alguna estúpida razón, más sospechará de tu sinceridad quien la recibe? La naturaleza de mi trabajo es tal que debo contar con la plena confianza de la gente, y eso requiere una vida sencilla. Te pido, por favor, que renuncies a tanto esnobismo.

Kazu experimentaba el más profundo respeto por el carácter de su marido, pero le resultaba difícil advertir en dónde radicaba la diferencia entre su política y la de quienes había visto y oído en el Setsugoan. Su conocimiento de los políticos del Partido Conservador en el Setsugoan había inculcado en Kazu una espléndida noción de la naturaleza de su trabajo. Política significaba pretender que uno se dirigía al lavabo y luego desaparecer por completo, poner a un hombre de espaldas contra la pared mientras cordialmente se comparte el mismo fuego, reír a mandíbula batiente cuando uno está furioso o estallar en cólera cuando no se siente alterado en lo más mínimo, permanecer

sentado durante largo tiempo sin proferir una palabra y quitarse quedamente las motas de polvo de la manga...: en suma, comportarse de un modo muy semejante al de una geisha. El exagerado olor a sigilo que la política despide le confirmaba su semejanza con el negocio del romance; política y amoríos eran en realidad tan iguales como guisantes de una misma vaina. Pero el género de política de Noguchi no resultaba romántico del todo.

Aunque descuidara su trabajo en el Setsugoan, no correspondía a la naturaleza de Kazu encerrarse en su casa, cocinar para su marido y aguardar pacientemente su regreso. A menudo se descubría preguntándose qué debería hacer. Empezó a pensar que poco a poco se alejaban sus clientes relacionados con el Partido Conservador. Uno de ellos había llegado en realidad a decirle a la cara:

—Me gustaría convencer a su marido para que abandonara el Partido Radical y se uniera a nosotros. Nos encantaría volver a acoger a uno de

nuestros primeros estadistas, y por esa razón nos resulta más fácil venir hasta aquí. ¿Cree usted que podría inducir a su esposo si se afana en conseguirlo?

Era ésta una manera muy torpe de hablar de Noguchi, y Kazu se mordió el labio, mientras escuchaba en silencio. Pensó: «Culpa mía es que a un exministro del Gobierno le traten como si fuese el propietario de un restaurante». Reflexionó sobre la cuestión hasta que finalmente decidió que borrar el insulto a Noguchi significaba lavar también el honor de ella. Entonces se volvió hacia el distinguido cliente y le declaró:

-No deseo oír tales cosas. Tenga la amabilidad de no volver por aquí.

Los descabros comerciales debidos al amor o al orgullo constituían, al margen de su magnitud, una experiencia nueva para Kazu. A cada día que pasaba, su orgullo se sentía herido con mayor

facilidad. Kazu suponía que no se trataba simplemente de que su propio orgullo se hubiera henchido, sino que el de Noguchi, sumado al suyo, arrojaba un total que representaba el doble.

Un día, avanzado ya el otoño, Kazu, que pasaba, como de costumbre, el fin de semana en casa de Noguchi, se puso en pie súbitamente y le acució a que fuese a la ventana.

—¡Mira, mira, una cigüeña por allí, una cigüeña!

Noguchi no prestó atención, pero Kazu tanto dijo que finalmente se levantó de mala gana y observó por la ventana.

—Tonterías -comentó. ¿Cómo imaginas que puede haber una cigüeña volando sobre el centro de Tokio?

—Pues estoy segura de que vi una, blanca y con la cresta roja. Empezaba a descender sobre el tejado, pero finalmente remontó el vuelo por allí.

—No sabes lo que dices.

A partir de estas palabras iniciaron una discusión bastante triste. Kazu había perdido la oportunidad de reconocer de buen humor: «Estaba engañándote». Tenía tanta culpa como Noguchi y había errado al insistir con tanta ansia e intensidad en llevar a cabo su broma pueril.

Kazu había comprendido por fin tan tarde cuán fatigosa tornaba su disposición las cosas: no podía seguir viviendo a no ser que se sintiera excitada de modo constante por algo. Los cambios que intentaba introducir en la rutina de sus vidas eran rechazados en bloque por su marido; Noguchi insistía obstinadamente en continuar la vida a la que se hallaba acostumbrado. Aun así, no sufrió mengua el afecto de Kazu por su marido. Las noches de los sábados él mostraba a veces una sorprendente locuacidad, y aunque en su conversación fuesen tan raras como siempre las bromas, en ocasiones le hablaba sobre literatura extranjera o la instruía

sobre el socialismo.

## Visitantes de nota

En cualquier caso, resultaba obvio que Noguchi consideraba su matrimonio como una etapa final y que, por su parte, Kazu sentía que había hallado su tumba. Pero los seres humanos no pueden vivir dentro de una tumba.

Durante sus días de trabajo en el Setsugoan, el muchacho de servicio en su casa informaba detalladamente a Kazu de las actividades de su marido. Se sorprendía cada vez más de la extremada monotonía de su vida. Noguchi, a pesar de sus años, se consagraba por completo a sus estudios.

—Ayer -informó el muchacho- estuvo estudiando en la biblioteca desde las tres de la tarde hasta la hora de acostarse. También cenó en la biblioteca.

Si sigue estudiando de esa manera, me temo que

enfermará por falta de ejercicio. Hablaré seriamente con él este próximo sábado, pensó Kazu.

Kazu experimentaba intensos prejuicios en lo que se refería a la vida intelectual. Para ella significaba un tipo de indolencia peligrosa en la que podían caer hombres prometedores. Le congratulaba, sin embargo, que, pese a su intención de «hablar seriamente», fuera él un hombre que ni siquiera escucharía su consejo.

Por aquella época ocurrió un pequeño incidente en el Setsugoan.

La noche antes había brillado con fuerza la luna y, al parecer, el ladrón se escondió entre las sombras del jardín para aguardar a que se hubieran dormido todos. Los matorrales en torno del gran acebo proporcionaban un escondrijo ideal. Evidentemente, el ladrón se había deslizado en el jardín cuando todo el mundo se afanaba con las fiestas que se desarrollaban en el piso superior y quedó

desatendida la entrada. Debía haber pasado un par de horas aguardando en silencio. Probablemente se abstuvo de fumar por temor a que se viese la brasa del cigarrillo, pero Kazu descubrió dos o tres bolas de chicles mascados. Así dedujo que el ladrón aún era joven.

El ladrón probó primero en la habitación de Kazu, pero, tras abrir la ventana unos cinco centímetros, decidió no entrar. Tenía una caja de caudales en el armario, mas el ladrón no podía haber supuesto que aquella estancia tan pequeña y humilde correspondiese a la propietaria.

El ladrón se introdujo luego en el dormitorio de las cinco criadas que se alojaban en el restaurante. Su pie tropezó con algo blanco y al siguiente instante le asaltaron potentes chillidos. Escapó sin robar nada.

Una vez llegada aquella noche, la policía provocó tal batahola que Kazu se sintió incapaz de

volver a la cama. Al día siguiente, y durante el curso de su acostumbrado paseo, descubrió al pie del acebo iluminado por el sol los tres chicles mascados con toda la apariencia de unos dientes blancos y relucientes.

De algún modo, Kazu no podía quitarse de la cabeza la idea de que el ladrón, tras haber observado la habitación en donde ella se encontraba, había decidido no entrar. ¡Y pensar que había permanecido durmiendo, ignorante de todo! Al evocar aquellos momentos, se sentía aliviada, asustada y también ligeramente insatisfecha. Cuando sintió cómo el viento del otoño penetraba por sus mangas abiertas hasta la base de sus senos, experimentó la frívola sospecha de que el ladrón pudiera haber tocado su cuerpo mientras dormía y cambiado de idea después. No, semejante cosa resultaba improbable. Se hallaba ella en la oscuridad y la ventana no se había abierto más de unos cinco centímetros; no había razón alguna para

pensar que el ladrón hubiese llegado tan lejos como para examinar su cuerpo.

Pero mientras caminaba sola a través del jardín y la brisa matinal jugueteaba con ella, Kazu sintió en cierta manera la incipiente decadencia de su carne. Era excepcionalmente sensible al calor del verano y tenía la costumbre de refrescarse exponiendo ante el ventilador no sólo sus senos, sino también los muslos, incluso en presencia de las criadas o de personas de su intimidad. Podía obrar así porque tenía confianza en su carne. Ahora recorría su cuerpo un estremecimiento de duda cuando pensaba en el próximo verano. Le parecía que su matrimonio había tomado flácida su carne. Fue en este punto de sus divagaciones cuando Kazu bajó la vista y reparó en que junto al árbol había algo parecido a dientes humanos. Kazu se agachó y descubrió tras cuidadoso examen que eran chicles mascados y concienzudamente moldeados en forma de bolas. Ningún cliente ni empleado del Setsugoan mascaría

chicle en tal lugar, y era imposible que los niños de la vecindad pudieran penetrar en el jardín.

Ésos son del ladrón -supuso inmediatamente Kazu.

La inmundicia del chicle le impresionó más vivamente que el pensamiento de las horas en soledad que el hombre había pasado aquí. Sintió incluso que había algo muy atrayente en aquella soledad. Podía imaginar al joven, insatisfecho, fuerte, sus toscas filas de dientes que habían mascado el chicle. El ladrón había mascado el tiempo, la hosca y flexible sociedad que no le había admitido y la intranquilidad que se cernía sobre él. Y allí había esperado, mientras la maravillosa luz de la luna se filtraba entre las hojas del acebo. Esta desenfrenada fantasía transformó al ladrón que había huido sin robar nada en el amigo secreto y desconocido de Kazu. El joven oculto bajo la luz de la luna, aunque terriblemente sucio, era un ser cuyas alas habían comenzado a brotar.

—¿Por qué no me despertaría? Si lo que necesitaba era dinero, le habría dado todo el que deseara. ¡Con que sólo me hubiese dicho una palabra!

Kazu sintió como si de algún modo el joven ladrón perteneciese al círculo de sus más íntimas amistades. Eran aquellos unos sentimientos verdaderamente nuevos en la señora de Yuken Noguchi.

Kazu comenzó a llamar al jardinero y luego cambió de idea. Decidió que no diría a nadie nada relacionado con los chicles: podía servir como prueba. Del pie del árbol extrajo un poco de musgo y con sus dedos enterró cuidadosamente los chicles.

Aguardó hasta la hora en que Noguchi solía levantarse para llamarle sin apresuramiento y darle cuenta del incidente. Tras describir brevemente lo sucedido, Kazu añadió:

—La policía se mostró desde luego atenta y cortés. Estoy segura de que no se hubieran molestado tanto por el caso de un intento de robo con fractura en un restaurante de no haber sido por ti.

Ésta era una opinión de Kazu menos sincera de lo que le hubiera gustado creer. En manera alguna resultaba claro si la policía había mostrado tal cortesía con la propietaria de un restaurante frecuentado por miembros del Partido Conservador o con la esposa de un consejero del Partido Radical.

Los comentarios de Noguchi, tras escuchar el relato sobre el intento de robo, fueron extremadamente distantes y altivos. Habló como hablaría un embajador tras recibir de un humilde empleado un informe acerca de un accidente de tráfico.

—Es culpa tuya, no te cercioraste de que las puertas estaban bien cerradas -fueron sus primeras

palabras.

Kazu, que había aguardado alguna expresión de alivio por el hecho de que ella se encontraba sana y salva, se sintió decepcionada. En apariencia, Noguchi consideraba a los ladrones que se introducían de noche y a los asuntos semejantes como una cuestión puramente doméstica.

Semejante actitud, por lo que a Noguchi se refería, era justa y objetiva, pero impresionó a Kazu como extraordinariamente fría. Suscitó en ella dos tipos de reacciones. El primero fue el de su orgullo herido al pensar que, después de tantos años al frente de un restaurante sin la ayuda de nadie, fuese censurada por no haberse asegurado de que las puertas estaban cerradas. ¡Y nada menos que por eso! El segundo fue el temor a que Noguchi hubiera apreciado fríamente la extraña excitación emotiva que experimentaba desde la noche anterior. Pero en el acto, Kazu decidió que la culpa de su irritación era del teléfono. Incluso en las ocasiones en que

Noguchi se mostraba bastante agradable en un encuentro cara a cara, adoptaría por teléfono un tono deliberadamente impersonal.

«No es conveniente que unos esposos sólo puedan hablar por teléfono», pensó, «pero después de todo, el tipo de vida que llevamos fue idea mía».

Kazu escuchó aturdida los reproches de Noguchi, resuelta a no dejarse influir por lo que decía. Examinó sus uñas. Allí estaban, como siempre, las blancas medias lunas en la base de sus uñas sanas, pero aquel día reparó en los trazos turbios y horizontales de las uñas de sus dedos medio y anular. «Ése es un signo de que tendré muchísimos kimonos».

Casi en el acto, Kazu advirtió la insensatez de la gran colección de kimonos que había ya acumulado; una desolación, como si su carne estuviese de súbito fundiéndose.

Con el auricular todavía apretado contra la

oreja, Kazu dejó vagar su mirada. El sol de la mañana penetraba en las otras habitaciones y podía ver a las criadas limpiar concienzudamente el polvo. Las costuras del nuevo tatami destacaban con fuerza bajo la luz del comienzo de la mañana. En aquel momento, un plumero se agitó sobre la talla calada del montante... El sol acentuó los movimientos serenos y persistentes de las jóvenes criadas, cuyas espaldas descendían y se alzaban en las salas y pasillos.

—¿Estás escuchándome? -preguntó Noguchi, con voz más bien adusta.

—Sí.

—Aquí también hay novedades. Acabo de saber que llegarán esta noche dos importantes personalidades.

—¿Al restaurante?

—No, a mi casa. Quiero que dispongas una cena,

regreses y les recibas.

—Pero... -Kazu enumeró los clientes distinguidos que habían hecho reservas en el Setsugoan para aquella noche y comenzó a explicarle por qué no podría, posiblemente, abandonar el restaurante.

—Me parece que es una buena idea que regreses cuando yo te lo digo.

—¿Quiénes son esos importantes invitados?

—No puedo revelártelo por teléfono.

Kazu se sintió exasperada ante semejante sigilo.

—¿Que no puedes? ¿Que no puedes decir a tu esposa los nombres de tus invitados? Muy bien, si ésa es tu manera de pensar.

Noguchi replicó, con una voz de insoportable frigidéz:

—¿Me comprendes? Has de tener la cena

dispuesta y regresar a casa para las cinco de la tarde. No aceptaré una negativa por respuesta.

Y tras estas palabras, colgó.

Kazu se sentía tan enojada que permaneció durante un rato en su habitación, dando rienda suelta a su rabia, pero después reparó en que ésta era la primera vez en que Noguchi rompía el acuerdo conforme al cual ella sólo volvería a su casa los fines de semana. Desde luego, los invitados tenían que ser muy importantes.

Kazu tendió la mano y abrió la ventana cosa de unos cinco centímetros. Ésta era la misma ventana que la noche anterior había examinado la policía a la búsqueda de huellas dactilares. Alguien, ¿el ladrón o un policía?, había hollado el pequeño crisantemo amarillo bajo la ventana. Algunas de las flores se hallaban embutidas en la tierra blanda como en una incrustación, inmaculadas, y sus formas aparecían tan claramente dibujadas como las de un escudo

heráldico. Aquí y allá se había enderezado y alzado por sí mismo el amarillo de un pétalo.

Una irresistible somnolencia se apoderó de Kazu y se tendió en el tatami bajo la ventana. Volvió sus ojos, enturbiados por la irritación y la falta de sueño, hacia el pedazo de cielo visible a través de la ventana apenas abierta. El cielo matinal irradiaba una luz lejana y serena. La nebulosidad en los ojos de Kazu trazó ondas a través del cielo. Pensó: «No necesito un kimono más. Lo que yo quiero ahora es algo muy diferente».

Y pensando así, se quedó dormida.

Pese a todo, Kazu regresó al «hogar». Para apaciguar a los clientes esperados para esa noche, encargó decir que se había ido a su casa con fiebre. Luego ordenó a las criadas que la acompañarían a su casa que dispusieran grandes cantidades del menú del día envasadas en cajas de laca.

Sorprendentemente, Noguchi se encontraba de

buen humor cuando regresó y mencionó al detalle todo lo que se había negado a decir por teléfono. Los invitados eran el primer secretario y el director ejecutivo del Partido Radical. Más o menos, podía imaginar la naturaleza de lo que les llevaba a su casa y, como tendría que rechazar su ofrecimiento, había decidido expresar cuánto lo lamentaba, brindándoles la hospitalidad de su casa. El asunto reservado del que Noguchi se había negado a hablar por teléfono se limitaba, pues, a esto. Tal cautela reveló inmediatamente a Kazu la delicadeza de la posición política de su marido.

Los invitados llamaron a la puerta de la casa de Noguchi cuando empezaba a anochecer. Los rostros de Kimura, el primer secretario, y de Kurosawa, el director ejecutivo del Partido Radical, resultaban familiares gracias a las caricaturas políticas, y a que Kazu les había conocido en su boda. Kimura parecía un predicador viejo, amable y achacoso, y Kurosawa recordaba a un minero del carbón.

Acostumbrada como se hallaba a los políticos del Partido Conservador, a Kazu se le antojaba un tanto irresistiblemente divertido que, al reunirse, los políticos del Partido Radical también intercambiaran las fórmulas habituales de cortesía y observaran al entrar en una casa las normas de la etiqueta de costumbre. Existía algo falso en aquellas acciones, como si estuviesen concebidas para coger desprevenidos a los demás. A Kazu le pareció especialmente enigmático el comportamiento del sonriente y amable Kimura. Algo en su apariencia y en su forma de hablar le recordaba a un viejo árbol que dejara caer una o dos hojas bajo el sol cada vez que una suave brisa agitaba sus ramas.

Los dos invitados mostraron a Noguchi la deferencia debida a su rango. Kimura se negó una vez y otra a sentarse en el sitio de honor y sólo pudo ser persuadido tras considerables dificultades.

Kazu advirtió que una cierta sequedad de la piel era común a los tres hombres, incluyendo a Noguchi.

Sus pieles se hallaban agostadas por una larga ausencia de los puestos de auténtica autoridad, como se reseca la piel de algunos hombres por la larga ausencia de un cuerpo de mujer. Sus corteses maneras y sus amables sonrisas resultaban empañadas por la sombra de un ascetismo impuesto; los gestos de viejo profesor de Kimura y la sencillez más bien ostentosa de Kurosawa se hallaban arraigados en la misma vida de ascetismo.

Cortésmente, Kimura alabó la cena, indicio, pensó Kazu, de su ineptitud social. Noguchi mostró su habitual reacción nerviosa, revelando a todas luces su turbación por el hecho de que se alabara en su mujer una cena que ella no había cocinado. En lo que atañe a Kurosawa, se limitó a comer en silencio.

Yo no soy ninguna fortaleza -estaba diciendo Noguchi-. Se engañan considerablemente si piensan que sería un sólido candidato. Soy un hombre olvidado.

El efecto que el alcohol hacía en Noguchi, incrementado a cada sucesiva copa de saké, se revelaba en las arrogantes repeticiones de su negativa, y cada vez que Kimura y Kurosawa, casi mecánicamente, expresaban su desaliento de modo simultáneo.

Kazu servía el saké, tal como se lo había pedido Noguchi. Sólo poco a poco comprendió que el rechazo de Noguchi, repetido cada cinco minutos, era en honor de ella. Se quedó atónita ante su propia torpeza. Debería haber reconocido desde que le conoció ese recato terco y anticuado de Noguchi. Indudablemente, consideraba que revelar a su esposa ante extraños sus ambiciones políticas no difería de permitir que los otros conocieran su deseo sexual.

Inmediatamente halló Kazu un pretexto cualquiera para abandonar la habitación. Regresó a su propia estancia, llamó a una criada y formuló unas órdenes. Cuando la criada se marchó, Kazu se

quedó sin nada que hacer y, distraídamente, empezó a ordenar cosas. Kazu guardaba los objetos personales de Noguchi en uno de los cajones de la mesa de ella. Allí había tres arquetas repletas de antiguos gemelos de fabricación extranjera.

Para pasar el tiempo, Kazu extendió los gemelos sobre una mesita. Unos eran de oro macizo con el escudo de armas de la realeza de algún pequeño país europeo; otros lucían piedras preciosas; otros, al parecer regalo de una principesca familia japonesa, tenían la forma de crisantemos, y otros lucían, tallada en marfil, la imagen de Shiva... Todos eran, probablemente, regalos, pero juntos constituían una curiosa muestra.

Era como una colección de conchas recogidas en playas veraniegas de muchos lugares, viejos recuerdos del mar. Las muñecas de Noguchi, a las que habían de adornar, estaban ahora ajadas y moteadas, pero las conchas siempre guardarían reflejos de ocasos idos. Kazu los golpeó ligeramente

como si fuesen canicas y escuchó los tenues y fríos tañidos que producían al chocar unos con otros. Se preguntó si no podría jugar al ajedrez, empleando los gemelos como piezas. Decidió primero que para el rey usaría los gemelos con la cimera del unicornio del pequeño reino europeo. Los gemelos del crisantemo imperial servirían para la reina, pero de algún modo esta decisión no le pareció adecuada. Al fin y al cabo, el crisantemo imperial tendría que ser el rey... «Estoy segura de que aceptará», pensó Kazu, guiada sobre todo por su intuición política. Una jubilosa excitación brotó dentro de ella. Los pesados muros intelectuales del despacho de Noguchi, que le separaban de ella, estaban con seguridad a punto de desplomarse. Y, tan cierto como eso, llegaría el día que demostraría que sus vidas aún no habían concluido.

«¡Estoy segura de que aceptará!». Kazu quedó al instante convencida. De la habitación del otro lado del vestíbulo le llegó el desacostumbrado sonido de

la risa de Noguchi, mezclada con las de sus invitados. Deliberadamente, Kazu descorrió la puerta y miró hacia ellos. A la luz de la lámpara del cuarto de estar que se vertía sobre el vestíbulo, aún podían percibirse oleadas de risas un tanto melancólicas, como accesos de tos.

Los invitados partieron alrededor de una hora más tarde. Kazu, previsoramente, llamó por teléfono a un turismo de alquiler para los dos hombres. Noguchi despidió a los invitados a la puerta de la casa, Kazu les acompañó hasta la del jardín. El viento frío había cobrado fuerza desde el anochecer, y más allá de las nubes que iban y venían frenéticamente por el cielo, la luna era como una chincheta de dibujo clavada en una pared.

A la luz de la tenue lámpara de la puerta, el rostro de Kimura aparecía pequeño y ratonil. El conjunto de la cara se hallaba casi inmóvil, pero en torno de su boca, la carne se mostraba curiosamente flexible y elástica, y cuando murmuraba algo en voz

baja, esa carne, con su bigote, rondaba sin necesidad en torno de las palabras.

Kazu le tomó por la hombrera de su traje y le empujó abruptamente contra el muro. Le murmuró:

—¿Confía usted en mí aunque yo dirija un restaurante que frecuentan los políticos conservadores?

—Pues claro, señora Noguchi.

—¿Ha aceptado mi marido presentarse a las elecciones para gobernador?

—¡Me sorprende, verdaderamente! ¡Usted, desde luego, sabe lo que se cuece! No hemos podido obtener una respuesta inmediata, pero nos ha prometido que conoceremos su decisión en un par de días.

Como si fuera una chiquilla, Kazu se oprimió el pecho con sus manos enlazadas. Aquel gesto significaba que estaba encerrando en un plan los

pensamientos que habían relampagueado en su mente, como podía cerrar un nudo corredizo.

—Por favor, convencan a mi marido de algún modo. Por lo que al dinero se refiere, y perdonen por mencionarlo, déjenmelo todo a mí. Les prometo que no crearé ningún problema al Partido Radical.

Kimura empezó a decir algo, pero Kazu poseía el don de saber anticiparse a los demás en la conversación, impidiendo así que se le interrumpiera.

—Pero no debe decir ni una palabra de esto a mi marido. Manténgalo en absoluto secreto. Acepto la responsabilidad plena en el asunto con esa única condición.

Tras formular aquellas observaciones con la rapidez del rayo, Kazu alzó de repente su voz y, entonando los habituales saludos de despedida en forma clara, para que pudieran oírse desde la puerta de la casa, introdujo a los invitados en el coche.

—Oh, querido -gritó-. ¿Pero no le proporciona el Partido Radical alguien que le lleve su cartera? ¡Una cartera tan pesada y tiene que llevarla en el regazo! Bueno, tenía que decirlo.

Estas declaraciones finales fueron en realidad las únicas que llegaron a Noguchi, quien había permanecido de pie junto a la puerta de la casa. Kazu fue ulteriormente censurada por aquellos gratuitos comentarios.

## La auténtica «nueva vida»

A la rutina diaria de la casa de Noguchi se sumó un nuevo rasgo. Cada lunes llegaba un hombre llamado Soichi Yamazaki para dar una clase de dos horas, referida sobre todo a la administración de la Prefectura de Tokio. Como un diligente alumno de bachillerato, Noguchi abría su cuaderno, escuchaba atentamente y tomaba notas de manera concienzuda, empleando una pluma estilográfica que compró veinte años antes. Durante toda la semana estudiaba con ahínco, repasaba sus lecciones y no hacía absolutamente nada más.

Soichi Yamazaki era un protegido del presidente del Comité, Kusakari, por cuya sugerencia había sido enviado a la casa de Noguchi. Este maestro de la estrategia de la campaña no tenía interés alguno en hacerse famoso; excomunista desilusionado, se

había convertido en un político práctico, audaz y avisado que volvía la espalda a las teorías de cualquier género. Desde que Yamazaki inició sus visitas, Kazu decidió tomarse el día libre los lunes; en otras palabras, prolongar su ausencia del Setsugoan. Su primera mirada al rostro de Yamazaki le dijo que había hallado en él al tipo de hombre a quien podría brindar una amistad duradera sin complicaciones románticas. Era dinámico, pero con rasgos humanos que le recordaban un tanto a Genki Nagayama. Era el primero de su género que encontraba Kazu en el Partido Radical.

Los rasgos humanos de Yamazaki procedían de su desesperanza política. Resultaba extraño que accidentalmente se parecieran tanto a los rasgos humanos del político conservador, que emanaban de su incurable optimismo. Kazu reconoció de modo instintivo este atributo indispensable en el político práctico. Inmediatamente, se sintió aliada de Yamazaki.

Una llamada telefónica de Genki Nagayama al Setsugoan proporcionó a Kazu la primera noticia de que su marido había decidido presentarse a las elecciones. Nagayama, entre risas, abordó directamente el asunto.

—¡Qué decisión tan insensata! Sí, verdaderamente, tu marido ha cometido un disparate.

El instinto de Kazu le dijo en el acto que se refería a la candidatura de Noguchi en las elecciones para gobernador y le dolió pensar que, antes de que su marido se lo hubiera dicho, la noticia había llegado a oídos de su antiguo conocido, el correoso «rival político» de Noguchi. Kazu Simuló no saber lo que quería decir Nagayama, pero, de modo deliberado, interpretó mal su papel. Se comportó de manera que virtualmente proclamó, bajo una tenue capa de ignorancia fingida, su júbilo y su orgullo por la decisión de su marido. Al mismo tiempo, diestra y políticamente, desplazó el resentimiento que experimentaba entonces hacia su marido por la

indiferencia de él.

—¿De qué disparate se trata? -preguntó-. Si mi marido me ha sido infiel, dejémoslo pasar. Yo cierro mis ojos ante tales cosas y así pienso seguir haciendo.

Nagayama, sin parar mientes en su disimulo, le narró escuetamente los hechos. Su tono no era el habitual en Nagayama y parecía revelar un cambio de actitud.

—De cualquier manera ha tomado una decisión estúpida. Le arruinará políticamente. ¿Qué piensas hacer al respecto? Por favor, y como esposa suya, suplícale de rodillas que cambie de idea. ¿De acuerdo? Te digo esto en nombre de nuestra antigua amistad.

Y luego colgó.

En los días que siguieron, el presidente del Comité Kusakai acudió a casa de Noguchi y el

primer secretario también realizó varias visitas. El muchacho del Setsugoan proporcionó a Kazu una minuciosa relación de todos los visitantes de Noguchi, con expresión de la hora de llegada y la de salida, indicación del motivo que le llevaba y el humor de Noguchi en la ocasión. Todo.

Tres días después de la llamada telefónica de Nagayama apareció en la prensa la noticia de la candidatura de Yuken Noguchi. Resultaba profundamente típico en Noguchi, pero aquella tarde, después de que la noticia fuese ya pública, requirió de Kazu que viniese del Setsugoan, y cuando los dos estuvieron solos en el gabinete, le informó sobre su decisión como si estuviese revelándole un inmenso secreto. Daba por supuesto que su esposa jamás leía los periódicos. Noguchi carecía por completo de base para creer eso, pero en él resultaba normal decirle, por ejemplo, que a Kazu le desagradaban los perros, cuando no era así; o suponer arbitrariamente que le gustaba la soja

fermentada, un plato que no podía soportar. Noguchi, víctima de las ilusiones que él mismo creaba, había llegado, al parecer, a convencerse de que a su mujer no le interesaba la política.

Kazu escuchó, con el aire de quien oye por vez primera una noticia importante, su proclama, expresada con acento de samurai. Luego, en contra de lo que le había sugerido Nagayama, le replicó con ardor:

—Ahora que has aceptado, espero que te lances de lleno a la tarea.

Desde la mañana en que recibió la llamada telefónica de Nagayama, Kazu se había tornado presa de sus ensoñaciones. Las llamas de la vitalidad ardían de nuevo; el tedio de su vida moribunda había desaparecido sin dejar rastro y sentía que habían comenzado los días de pugna con sus impulsos temerarios.

Para ser de invierno, aquel día había sido

anormalmente cálido. Por la tarde Kazu asistió en el auditorio de Ginza a un recital de piano interpretado por la hija de cierto industrial que frecuentaba el Setsugoan. Cuando entre dos luces, y desde una ventana del quinto piso, contempló Ginza, claramente visible la imagen desacostumbrada de la línea desigual de los tejados, Kazu experimentó por la calle un afecto que nunca le había inspirado.

Aquí y allá comenzaban a brillar las luces de neón, y a lo lejos, la estructura metálica y las grúas de un edificio en construcción, tendidas en diagonal contra el pálido azul del cielo, se dibujaban punteadas de lucecitas intermitentes: el panorama que desde allí se contemplaba parecía exactamente el de un extraño puerto que flotara sobre la tierra. Un globo publicitario rojo y blanco, que había descansado de su trabajo diurno sobre la terraza de una casa próxima, iniciaba ahora una insegura ascensión en el cielo del ocaso, alzando un largo gallardete con un anuncio luminoso.

Kazu advirtió cuánta gente se movía a la luz del crepúsculo por encima del nivel del suelo. Dos mujeres con idénticos abrigos rojos ascendían por la escalera de incendios de la parte posterior de una casa. Una mujer con un niño sujeto a la espalda recogía las camisas que colgaban de una cuerda tras un panel publicitario situado en lo más alto de un edificio comercial. Tres hombres con blancos gorros de cocineros habían aparecido en una sucia azotea y se encendían entre sí unos cigarrillos. Estaban desocupadas las sillas junto a las ventanas del cuarto piso de la nueva construcción al otro lado de la calle, pero Kazu captó los pies de una muchacha de medias rojas cuando cruzó sobre una alfombra verde en la parte posterior de una oficina. Había algo curiosamente pacífico en los movimientos de todas aquellas personas... Desde los tejados altos y bajos, las chimeneas lanzaban columnas de humo que se elevaban perpendicularmente en un aire casi inmóvil.

«Yo me abriré camino hasta los corazones de todos y de cada uno de ellos», pensó Kazu, intoxicada por su ensoñación. «¡Sería maravilloso si consiguiese que cada uno votase por Yuken Noguchi! ¡Si desde aquí mismo pudiese apoderarme de todos en un abrir y cerrar de ojos! Sé que sus mentes están ocupadas por sus amoríos o por preocupaciones económicas, o por ideas acerca de lo que les gustaría cenar esta noche, o por una cita para ir al cine..., pero, en cierto modo, yo he de tallar el nombre de Yuken Noguchi en algún rincón de sus mentes. Haré cualquier cosa por lograrlo. No me importa lo que la gente piense o lo que la ley diga. Los distinguidos caballeros que frecuentan el Setsugouan triunfaron sin preocuparse de tales cosas».

Los senos de Kazu se dilataron bajo su ceñido obi de Nagoya y sus fantasías dieron a sus párpados una apariencia henchida y de embriaguez. Sintió como si su cuerpo febril se extendiera por la

oscuridad hasta absorber la gran metrópoli.

Desde la boda, la alcoba de la casa de Noguchi contaba con dos camas gemelas. Las camas descansaban sobre una antigua alfombra persa. Cuando Kazu, acostumbrada a dormir en el suelo, se tendía boca arriba y miraba hacia el techo, se le antojaba extrañamente próximo y las paredes extrañamente opresivas.

Invariablemente era Noguchi el primero en dormirse. Kazu encendía entonces la lámpara junto a su almohada, no para leer un libro o una revista, sino para provocar la llegada del sueño mirando fijamente hacia algo. En ocasiones, por ejemplo, clavaba sus ojos en los picaportes de las puertas correderas, que tenían forma de media luna y estaban delicadamente trabajados en metal como empuñaduras de espadas. El dibujo de los picaportes consistía en las «cuatro flores hidalgas»: el ciruelo, el crisantemo, la orquídea y el bambú. La más cercana a ella era la orquídea. En la penumbra

de la alcoba, la orquídea de ennegrecido metal se enfrentaba con los ojos insomnes de Kazu.

Hacía un rato que había apagado la estufa de gas y su calor se esfumaba como las aguas en la marea baja. Durante una noche semejante, tan serena como todos sus fines de semana, Noguchi había decidido por fin presentarse a las elecciones, pero su esposa ignoraba por completo cuál era el proceso de razonamiento que le había llevado hasta allí. Su conducta antes de aceptar la candidatura, durante sus deliberaciones y tras la aceptación, mostraba una magnífica uniformidad. A ciencia cierta se habría sentido nervioso y preocupado, habría cambiado de idea sólo para retornar a su opinión previa, pero Noguchi nada reveló a su esposa. Todo lo que le permitió percibir fue su habitual acceso de tos antes de retirarse, sus habituales y frías caricias y su opaco modo de aproximarse, su habitual conformidad, su habitual postura para dormir, encogido como una crisálida aletargada. La cama de

Noguchi evocaba en cierta manera el andén de una estación barrido por el viento. Fuera como fuese, conciliaba el sueño con mayor facilidad que Kazu.

Por comparación, la cama gemela de Kazu evocaba un rugiente fuego. Su cuerpo se hallaba febril, no tanto de deseo sexual como por obra de una imaginación desenfrenada. Sintió un frío agradable cuando tendió la mano y tocó el oscuro metal de la orquídea. El delicado perfil de la cinceladura transmitió en la oscuridad a las puntas de los dedos de Kazu la sensación de palpar un rostro pequeño, duro, inexpresivo y desdeñoso.

«Sí», pensó Kazu. «Mañana es lunes. Mañana me haré con Yamazaki e iniciaré mis operaciones».

A las tres de la tarde del martes, Kazu se reunió secretamente con Yamazaki en el entresuelo del Shiseido, un salón de té de Ginza.

La descripción que hizo Yamazaki de la reunión puede hallarse en *Una mirada retrospectiva a las*

*elecciones*, el libro que publicó más tarde: «Había visitado ya varias veces la casa de Noguchi y me sentía favorablemente impresionado por la disposición vivaz y franca de su esposa. Pero la primera vez que me reuní con la señora Noguchi, a solas y lejos de su casa, advertí, mientras subía las escaleras hasta el entresuelo del Shiseido, que a pesar de su vivacidad y energía habituales, parecía una mujer terriblemente sola. Resultaba extraordinario que en aquel momento, cuando su cabeza rebosaba de planes para la campaña electoral de su marido, creara semejante impresión de soledad. Cuando comenzamos a hablar (no dijimos una sola palabra que no estuviese relacionada con las elecciones), se expresó con su elocuencia apasionada de costumbre y me abrumó en unos momentos».

Kazu había redactado una lista de cuestiones sobre las que interrogar a Yamazaki y lanzaba sus preguntas como quien arroja flechas. Faltarían

probablemente entre seis y diez meses hasta las elecciones, pero ésta era materia que quizás decidiera el gobernador, quien podía dimitir en cualquier momento. Kazu se proponía realizar mientras tanto y personalmente una campaña preelectoral, aunque supiera que estaba prohibida por la ley. Claro que nada había de saber al respecto Noguchi. Disponía para estos fines de tales y cuales cantidades de dinero, y en el caso de que no fuese bastante, estaba dispuesta a hipotecar inmediatamente el Setsugoan. Quería una orientación específica sobre la campaña preelectoral más eficaz, una que no tropezara con las trabas de la ley.

Yamazaki le dio instrucciones sistemáticas:

—En primer lugar, encargue tarjetas de visita, especialmente grandes, con el nombre de su marido impreso en los caracteres mayores de que dispongan.

—Cuenta con eso. ¿Le importaría detenerse

conmigo en la imprenta cuando regresemos? -Kazu hablaba sin concederle una pausa.

—¿Quiere usted tener una idea de lo que significa elegir al gobernador de Tokio? Suponga, simplemente, que coloca dos carteles en cada poste telegráfico de Tokio. Debe haber ciento cincuenta o ciento sesenta mil postes telegráficos. Eso significa que necesitará trescientos mil carteles. Cada cartel cuesta tres yenes, por lo que en total representarán novecientos mil yenes. Calculando un yen por cartel que peguen los hombres encargados de la tarea, el total se elevará a un millón doscientos mil yenes. Este dinero sólo es suficiente para presentarse a unas pequeñas elecciones.

Yamazaki era rápido en la mención de cifras a propósito de cualquier cosa y estos datos convencían a menudo a la gente.

El afán de Kazu por debatir en alta voz las posibilidades de una campaña preelectoral y los

modos de burlar la ley, sin preocuparse de las personas de la mesa inmediata, indujo a Yamazaki a mirar con nerviosismo en torno de ellos. Consciente del peligro, exigió por su parte una condición: a cambio de su promesa de ocultar a Noguchi todas las actividades de Kazu, su apoyo económico y el resto, requirió que a partir de ese momento ella consultara con él cualquier medida que fuese a adoptar por fútil que le pareciese. Kazu accedió.

—Me siento mejor ahora que hemos tenido esta franca conversación -dijo Kazu, dándose un golpecito en el obi-. No tiene vuelta de hoja. Mi marido, simplemente, no entiende a los japoneses corrientes. Lee en idiomas extranjeros y estudia en su biblioteca, pero no comprende los sentimientos de sus propias criadas. ¿Yerro al pensar que usted y los demás sólo entienden con su cabeza? Pero para mí no es ningún problema penetrar directamente en los corazones de la gente ordinaria. Mire, cuando me iban mal las cosas, yo vendía de puerta en puerta

pescado frito. ¿Y usted, señor Yamazaki? ¿Ha vendido alguna vez pescado frito de puerta en puerta?

Yamazaki, turbado, sonrió tímidamente.

—Los argumentos lógicos sólo pueden llegar a un determinado sector. Necesitamos armas emocionales para atraernos a los cinco millones de posibles votantes, y usted, desde luego, las posee, señora Noguchi. Representa un gran alivio para todos nosotros.

—Qué cosas me dice usted, señor Yamazaki -murmuró tiernamente Kazu, alzando una manga hasta su cara en gesto burlesco de turbación. Y luego prosiguió, con prematura experiencia profesional:- Más tarde nos ocuparemos de los partidos políticos y del resto. Lo único que importa en unas elecciones es el dinero y los sentimientos. Yo me propongo atacar simplemente con estas dos armas. Después de todo, soy una mujer sin instrucción, pero tengo en mí

entusiasmo suficiente para repartirlo entre cinco millones de personas y que aún me sobre.

—La comprendo perfectamente. Confío en que se lance con audacia a la tarea.

A Kazu le complació advertir en Yamazaki la generosidad a medias reprimida del hombre maduro hacia una mujer.

—Por favor, saque el máximo partido de mí. Descubrirá que soy una mujer a la que vale la pena utilizar, señor Yamazaki.

El tono empleado por Kazu pareció marcar el final del intercambio de opiniones.

Yamazaki se tomó el café y se comió hasta la última miga de una gran porción de tarta de fresas. A Kazu le tranquilizó ver a un hombre de rostro encendido, bien anudada la corbata, comer un gran pedazo de tarta.

Kazu observó entonces que él debería conocer la

historia de su persona y habló durante una hora, resumiendo todos los avatares de su vida desde que nació. Esta franqueza se justificaría ampliamente por sí misma porque más tarde habría de inducir a Yamazaki a ser con ella más leal de lo que de otro modo hubiera sido.

La franqueza y la sinceridad de Kazu se trocaban con facilidad en exhibicionismo ante un hombre al que no quería especialmente. Optaba de modo deliberado por esa forma de expresión para destruir cualquier ilusión que la gente pudiera hacerse sobre ella, pero era del todo improbable que alguien se hiciera ilusiones con Kazu. Había una cordialidad plebeya en su belleza metida en carnes; careciendo de un sólo punto débil, conservaba, a pesar de las joyas o de los espléndidos vestidos con que podía engalanarse, la fragancia de la arcilla negra, herencia de su tierra nativa. En realidad, esta impresión de opulencia física evitaba que su parloteo resultase irritante y, por el contrario, lo

tornaba en un rasgo complementario.

Yamazaki sabía escuchar. Mientras le hablaba, Kazu tenía la impresión de que sus palabras no se deslizaban a través de su cara como por un tamiz, sino que penetraban profunda y seguramente en el pesado rostro de inmutable sonrisa. Kazu le dijo:

—Considérese, por favor, autorizado a decirme cualquier cosa con absoluta franqueza.

Durante su breve vida de casada, en Kazu se había desarrollado un ansia de franqueza.

Nada sospechaba Noguchi. Podía permanecer en completa ignorancia porque no hacía esfuerzo alguno para saber de nada que se hallara directamente ante sus ojos y sus oídos. Su altiva indiferencia de gran señor (o de burócrata de rango elevado) permitía a Kazu prescindir de minuciosas precauciones para que nada supiera de sus actividades. Por añadidura, vivía en el Setsugoan durante cinco días de la semana.

Pero el corazón de Kazu se hallaba cada vez menos en las tareas del Setsugoan. Iba incesantemente de un lado a otro en su coche, y veía a menudo a Yamazaki. Era frecuente que el ligero sueño de éste se viera turbado a altas horas de la noche por una llamada telefónica de Kazu que obedecía a una súbita inspiración.

Por lo que se refiere a Noguchi, durante dos horas a la semana escuchaba, como de costumbre, las explicaciones de Yamazaki y el resto del tiempo no hacía nada. Había llegado a la conclusión de que todas las cuestiones políticas, de los fondos para la campaña y del personal requerido, deberían ser resueltas a través de Yamazaki, quien por ese motivo se hallaba en disposición de aconsejarle sobre todo. Noguchi, verdaderamente imbuido de un respeto por la ley, pretendía abstenerse de realizar campaña alguna hasta que se convocaran oficialmente las elecciones. Las reuniones secretas de Kazu y de Yamazaki eran, sin embargo, bien conocidas de los

dirigentes del Partido Radical. En sus instrucciones, a Yamazaki le hicieron saber que permitiera a Kazu hacer cuanto le placiera con tal de que no perdiese el control de sus actividades. El Partido Radical jamás había tenido hasta entonces un respaldo tan poderoso, con mucho dinero y entusiasmo, y, por añadidura, se trataba de una mujer. Cuando ocasionalmente llegaron a los oídos de Noguchi los ecos de actividades que parecían las de una campaña preelectoral, supuso que eran financiadas enteramente por el Partido Radical. Tras haber vivido la mitad de su vida del dinero proporcionado por el presupuesto nacional, la expresión «fondos públicos» sugerían en él asignaciones tan enormes que posiblemente resultaban inagotables.

Las tarjetas de visita estuvieron listas en un día o dos. Kazu las repartió en los estancos y entre las camareras de los restaurantes. Un día en que Yamazaki acompañaba a Kazu en su coche, ésta ordenó al chófer que se detuviera ante una

acreditada y gran panadería. Entró en el establecimiento seguida por Yamazaki y compró bollos de jalea por valor de 3000 yenes. Eran demasiados para llevarlos ella sola. Yamazaki, que había tomado en ambas manos bolsas con bollos de jalea, se quedó sorprendido al ver que Kazu extraía una de las enormes tarjetas de visita y se la entregaba a la propietaria al tiempo que decía:

—Aquí está la tarjeta de mi marido. Confío en que no se olvidará de nosotros.

Cuando regresaron al coche, Yamazaki manifestó: -Desde luego, me ha sorprendido usted, señora Noguchi. ¿No sabe que el dueño de esa panadería es un miembro conservador de la asamblea de la prefectura?

—¿Sí? No tenía idea. Bueno, al menos estoy segura de que he logrado desconcertar al enemigo.

—¿Qué se propone hacer con todos estos bollos de jalea?

—Los voy a llevar al orfanato del distrito de Koto.

—Los huérfanos no votan, ya lo sabe.

—Pero tienen alrededor muchísimos adultos sentimentales.

Sin protestar, Yamazaki acompañó a Kazu al orfanato, en donde se vio obligado a presenciar toda una exhibición de las enormes tarjetas.

Kazu se convirtió en una figura familiar en fiestas y concursos de belleza y en cualquier otro género de reuniones públicas en la demarcación de la prefectura. Hizo donaciones. Distribuyó tarjetas de visita. Cantaba incluso cuando se lo pedían. Asistió vestida de cocinera a reuniones de amas de casa y llegó al corazón de esas gentes sencillas, harto insensibles para advertir el ardid.

Kazu extremaba sus críticas al Partido Radical por no haber sabido hallar una aceptación general

fuera del mundo de los intelectuales. Cuando se enteró de la debilidad del Partido en el distrito de Koto y en los distritos rurales de Santama, se sintió convencida de que allí había rincones en donde latían muchos corazones que sólo ella, Kazu, podría conquistar. Frecuentemente, preguntaba a Yamazaki:

—¿No tenemos buenos contactos en Santama?

Avanzada la primavera, un día le proporcionó Yamazaki la siguiente información:

—Me han dicho que en Orné, en Santama, acaban de colocar la primera piedra de un monumento a los muertos de la guerra. Van a celebrar en su memoria un festival de canciones populares en el parque, y la profesora local de bailes populares, que procede del mismo lugar del país que usted, dice que le gustaría invitarla.

—No podíamos soñar una oportunidad mejor. Me pondré un delantal de cocina.

—Me pregunto si un delantal de cocina es lo más apropiado para un festival de canciones populares. Lo comprobaré.

Cada actividad de este tipo en la que participaba Kazu, cada desembolso de dinero que hacía, se hallaban basados en un frío cálculo, y por espontánea que pudiese parecer una expresión de cordialidad, su objetivo era invariablemente el mismo: utilizar a las gentes para ganar las elecciones. Tal era el deliberado propósito de Kazu, pero no contaba ella con la poderosa impresión que su abnegado entusiasmo producía inmediatamente en los demás. Se reía para dentro cuando escuchaba a personas a las que había logrado emocionar, pero al descubrir que algunos afirmaban que se hallaba desprovista de sentimientos sinceros y gobernada enteramente por un fin calculado, le enfurecía que erraran sobre sus motivos. Éste era un aspecto en el que la psicología de Kazu se mostraba sorprendentemente compleja.

Kazu no había conseguido suponer que sus tácticas, a pesar de la sencillez de su hipocresía, demostrarían ser la razón principal por la que atraería a sus audiencias. Lo que Kazu imaginaba cálculo resultó ser un tipo de sinceridad, una sinceridad con un atractivo peculiar para las masas. Al margen de sus motivos, su dedicación y su fervor poseían la propiedad especial de congraciarse con las gentes. En realidad, Kazu tenía escasa confianza en su distanciamiento. Sus evidentes estratagemas, sus audaces tentativas de engañar a las gentes, las repeticiones desvergonzadas y persistentes de sus distintos artificios, todos estos defectos inducían en realidad a las personas sencillas a abandonar su vigilancia. Cuanto más trataba de explotar a la gente vulgar, más la quería ésta. Es posible que murmuraran de ella cada vez que se alejaba, pero dejaba tras de sí una creciente popularidad. Cuando Kazu decidió aparecer con un delantal ante las amas de casa del distrito de Koto, imaginaba que era una

dama que vestía un delantal para engañar a las gentes y mezclarse más fácilmente con ellas. Pero las gentes no se engañaban: ¡El delantal convenía perfectamente a Kazu!

Una tarde magnífica y clara de finales de la primavera, Kazu y Yamazaki hicieron dos horas de coche para llegar a la ciudad de Orné. Cuando estaban en el vehículo, y como de costumbre, Kazu mostró a Yamazaki el paquete envuelto en grueso papel japonés.

—¿Cree usted que estará bien entregar cien mil yenes para el monumento a los muertos de la guerra?

—¿No le parece que es demasiado?

—El monumento será erigido por las familias de los muertos, no sólo de Orné, sino de todo el sector de Santama. Quizás sea poco, pero, desde luego, no es demasiado.

—El dinero es suyo. Se halla en libertad de

emplearlo como le plazca.

—Ya está usted otra vez con sus comentarios de siempre. Mi dinero, viniendo al caso, es ahora el dinero del partido.

Yamazaki siempre tenía que descubrirse ante sentimientos tan abnegados y leales. Pese a todo, y al poco tiempo, una nota de irreverente sarcasmo se deslizó en su conversación con Kazu:

—Desde luego, y cuando se encuentre ante los cimientos del monumento a los muertos de la guerra, un torrente de lágrimas brotará de sus ojos de un modo por completo natural.

—Claro. Y por supuesto que será natural. Nada impresiona a la gente a no ser que sea natural.

Al aproximarse a Orné, las manchas verdes a lo largo de la carretera se hicieron más amplias y se sintieron especialmente impresionados por los bellos olmos que se alzaban aquí y allá. Los olmos

tendían hacia el cielo azul sus delicadas ramas y los vástagos arracimados poseían la rotunda claridad de innumerables esparaveles lanzados a lo alto.

Kazu, que disfrutaba de su primera excursión al campo desde hacía largo tiempo, seguía acuciando a Yamazaki a que aceptara más sandwiches de los que había traído y también ella comió algunos. Imaginaba que si aquel día no se sentía sola hallándose separada de su marido era porque su trabajo actual resultaba en beneficio suyo, y así los lazos espirituales parecían incluso más fuertes que cuando se encontraban juntos. Pero en los últimos tiempos los lazos espirituales que tanto gustaba Kazu de representarse habían llegado a existir sólo en sus fantasías y en sus propias interpretaciones.

Orné era una población antigua y tranquila a la que no había hecho mella la guerra. Kazu detuvo su coche ante el Ayuntamiento y, rodeada de reporteros de los periódicos locales, previamente avisados por Yamazaki, se dirigió al despacho del alcalde. Tras

ser recibida por éste, le ofreció su aportación al monumento a los muertos de la guerra. Entonces se decidió que el primer teniente alcalde y la profesora de baile, que era paisana de Kazu, se irían con ella en el coche hasta el monumento del parque Nagayama. Fueron por algunas calles laterales, enfilaron hacia el norte por un puentecillo y, finalmente, remontaron la suave pendiente de una carretera excavada en la colina que se alzaba tras la población.

Kazu se mostró admirada de la belleza de la fronda fresca que se extendía junto a la carretera. Allá adonde iba jamás se olvidaba de alabar el paisaje. Consideraba que eso era políticamente importante. Los ojos del político han de hallar la belleza en todos los paisajes de sus distritos electorales; desde luego un político es capaz de apreciar las glorias de la Naturaleza. Sabe que cada paisaje rebosa de frutos tentadores y succulentos.

Como cabía esperar, la visión del parque en lo

alto de la colina cautivó a Kazu. Lloró un poco ante los cimientos del monumento a los muertos de la guerra y sonrió otro poco a las mujeres de la Asociación de Canciones Populares que se habían congregado en torno a la tribuna de oradores erigida en el centro de un espacio abierto. Pero cuando fue conducida a un pabellón que se alzaba sobre una pequeña eminencia, la vista desde la cumbre hizo que olvidara los afanes de la vida cotidiana.

El paisaje se desplegaba hacia el sudeste para mostrar el sereno discurrir del río Tama, que describía una curva al este de la ciudad y fragmentos de su amplio lecho más allá de las sombras de los bosques. El inmenso panorama quedaba enmarcado por las ramas de los innumerables pinos rojos del parque. El follaje espeso y joven de las montañas que se extendían por el sur, más allá del valle, irradiaba un color azafranado. A pesar de la fuerza del sol de la tarde, la neblina se extendía por todas partes y las masas vegetales, bañadas en la incierta

luz, parecían tan desordenadas como el pelo de una mujer cuando despierta por las mañanas. Aquí y allá, Kazu captó fugazmente entre los aleros de la población que se extendía a sus pies los brillantes colores de un autobús.

—¡Qué paisaje tan encantador! -exclamó-. ¡Qué vista tan maravillosa!

—Sí -dijo el primer teniente de alcalde-. No hallará en toda la región de Tokio muchas vistas como ésta del parque Nagayama.

Luego, empleando un mapa enrollado que sujetaba en su mano, apartó las cintas de las alegres linternas de papel colgadas entre los aleros del pabellón y las ramas de un cercano pino. Y añadió:

—Allí está la base de Tachikawa, cerca del horizonte, hacia el este. Contemplada desde aquí, a lo lejos, parece bella.

Kazu volvió los ojos en aquella dirección. El

curso del río Tama, que se distinguía aquí y allá cada vez que se interrumpían los bosques, desaparecía por fin en el extremo oriental del paisaje, en donde una población tan blanca como una roca salina brillaba en el horizonte. Lo que al principio tomó por blancas lascas que rebotaban en el cielo eran aviones. Una vez que despegaban volaban bajo, al nivel del terreno, y desaparecían por el sur entre las sombras de las colinas. Toda aquella parte era tan enormemente blanca que Kazu pensó que podría ser un cementerio. Contemplada desde aquí, la base de Tachikawa no sugería ni remotamente una población habitada por seres humanos; parecía más bien como un inmenso asentamiento de fríos minerales que gravitaran sobre la tierra. Por el inmenso cielo de encima vagaban nubes de muchas formas, duras y congeladas cuanto más próximas al horizonte, más vagas cuanto más altas, hasta que su forma se fundía imperceptiblemente en humo. Hacia la mitad del

cielo había un racimo de nubes brillantes en sus retorcidos bordes superiores, pero que por abajo revelaban sombras esculturales. Aisladas en este panorama, las nubes parecían curiosamente irreales; eran como si una linterna maravillosa proyectara contra el cielo imágenes de nubes.

Así, la luz de un instante al final de una tarde de primavera creaba un paisaje extrañamente delicado, pero auténtico, que nunca volvería a contemplarse. El paisaje del horizonte permaneció inmóvil, como clavado al lugar, incluso cuando en primer término se ensombreció por obra de las nubes el bosque de cipreses.

Aquella vista no sugería, desde luego, nada humano a Kazu. Sentía que se enfrentaba con la vasta, bella e inorgánica presencia. Aquí la naturaleza en nada se asemejaba al jardín del Setsugoan; no era ésta una miniatura exquisita y humana que pudiera retener en su mano. Sin embargo, la observación de este paisaje constituía

con seguridad un acto político. Contemplantarlo, compendiarlo, dominarlo, era tarea de los políticos.

La mente de Kazu no era dada al análisis, pero la belleza instantáneamente implantada en sus ojos por esta vista parecía rechazar los sueños políticos que había confiado ella a su carne abundante y rebotante de pasión y de lágrimas y proclamar con burla cruel su incapacidad para la política.

En aquel instante, como si acabara de despertar de un sueño, sus oídos captaron el estruendo de un tambor, el graznido de un disco difundido por un potente altavoz colocado a sus espaldas y, luego, un coro de muchas voces que entonaban una canción popular al compás del tambor y del disco. Reparó por vez primera en los llamativos colores de las linternas ornamentales que colgaban por todas partes. Una tira de linternas tendida sobre una fila de arces rozaba sus copas. Las ramas de blandas y jóvenes hojas se adornaban en los extremos con numerosas florecillas de color uva.

Y de repente Kazu tomó la mano de Yamazaki.

—¡Vamos con ellas! ¡Bailemos con ellas! -gritó, poniéndose en marcha.

—Vaya -dijo el primer teniente de alcalde-, esto es ciertamente una sorpresa, señora Noguchi.

Los ojos de Kazu ya no estaban en el paisaje. Se dejó guiar por la profesora de baile para penetrar entre las que participaban en la danza. Esposas e hijas de la ciudad, todas con un happi idéntico, entonaban al mismo tiempo el *Kisobushi*, que acompañaban con sus voces los miembros de la Asociación de Canciones Populares. Las manos de Kazu imitaban de un modo natural los movimientos de las manos de las bailarinas y sus pies hacían otro tanto con la misma naturalidad.

—¿Torpe, eh? -dijo Kazu, dando una palmada en el hombro de Yamazaki. Él ofrecía un aspecto desmañado con su traje occidental y confundía los

movimientos de manos y pies-. Me pondré ante usted para que me siga.

—Señora Noguchi, es usted genial -exclamó la profesora mientras bailaba-. No hace falta darle instrucciones.

El primer teniente de alcalde permaneció fuera del círculo de quienes bailaban; mostraba una expresión de muda sorpresa.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, los dos recién llegados de la gran urbe, los únicos que no lucían happi, se convirtieron en objeto de la atención de los demás. Kazu se sentía ya embriagada. Sudando copiosamente bajo la intensa luz del sol, se fundía en el organismo humano. Le bastaba rozar los cuerpos de las mujeres que bailaban y percibir su olor para olvidar al instante su individualidad y perderse en la danza. Era incapaz de advertir barrera alguna entre ella misma y esas desconocidas cuya ciudad visitaba por vez

primera. El frenético martilleo del tambor en la tribuna y el penetrante gemido del disco constituían todo lo que necesitaba el cuerpo de Kazu para sentirse uno con las bailarinas; el sudor que corría un momento después por sus mejillas ya no era solamente suyo.

Tan pronto como concluyó la canción, Kazu se volvió hacia el primer teniente de alcalde.

—Me siento completamente feliz -dijo-. Quiero cantar el *Sado Okesa* para todos. ¿Hay un micrófono en la tribuna?

Un gentío de rostros de amas de casa aldeanas se congregó en torno de Kazu. La mayoría había dejado atrás la mitad de su existencia y parecían disfrutar entonces de una cierta prosperidad, pero el sudor había echado a perder el maquillaje de los días de fiesta y dejado al aire pieles correosas quemadas por el sol de media vida de trabajo. Ojos pequeños que brillaban de curiosidad, dientes de oro que

mostraban sonrisas, el pelo rizado... Kazu sentía una confianza absoluta ante tales caras.

El primer teniente de alcalde, abriendo camino entre el gentío, acompañó a Kazu hasta la tribuna. La escalera era muy pina, pero un cierto peligro de este género hacía feliz a Kazu. El primer teniente de alcalde anunció por el micrófono:

—Señoras y caballeros, tenemos hoy con nosotros a la esposa del famoso estadista del Partido Radical, Yuken Noguchi. Ha venido desde Tokio para asistir a nuestro Festival de Canciones Populares. Me gustaría pedir a la señora Noguchi que nos cante el Sado Okesa.

Kazu se acercó al micrófono y saludó al gentío.

—Soy la esposa de Yuken Noguchi. Me ha complacido tanto ver cómo se divertían que he pensado que me gustaría interpretar una canción, si ustedes perdonan mi voz. Por favor, que todo el mundo baile mientras yo canto.

Kazu batió palmas para marcar el compás al joven tamborilero. Un griterío estalló entre la multitud al verla, pero se extinguió tan pronto como comenzó a cantar, y entonces todos iniciaron el baile como si se hubieran despojado de todas sus inhibiciones.

*Los árboles y las hierbas invitan a acudir a Sado, a Sado.*

*Qué buen lugar para estar, qué buen lugar para vivir en Sado.*

*Cuando pienso en el pasado, las lágrimas humedecen mis ojos.*

*¡Oh, Bahía del Amor, en una brumosa noche de luna!*

Kazu permaneció hasta el anochecer. Unas veces bajaba a la tribuna para bailar y otras subía para cantar. Varias mujeres de la Asociación de Canciones Populares ascendieron con ella a la tribuna y le enseñaron una de las baladas locales.

En el ocaso, todas las linternas que colgaban de las ramas del parque se encendieron

simultáneamente. Le rogaron que cantara por tercera vez *Sado Okesa*, y Kazu subió de nuevo a la tribuna, esta vez sola. Ahora que estaban encendidas las linternas, parecía envolverles la negrura de las montañas de los alrededores. Cuando Kazu concluyó la canción, la ladera devolvió el eco de los aplausos, raro acontecer en un festival semejante. Yamazaki subió a la tribuna muy excitado.

—Qué gran éxito -le dijo al oído-. Las amas de casa de la Asociación de Canciones Populares están asegurando que no le permitirán que se vaya esta noche. Al fin ha conquistado Santama.

—¿Lo cree usted así? -preguntó Kazu. Sus ojos se clavaban en la lejana ladera de la montaña mientras se enjugaba el sudor con un pañuelo.

—Debe de estar cansada.

—No, no me siento mal.

Mientras Kazu cantaba esta vez, algo en la

ladera de la montaña, al otro lado del valle, llamó su atención. Era un puntito de fuego, que surgía y desaparecía sobre la negra superficie de la montaña, aparentemente más próxima con la llegada de la noche. Demasiado débil para considerársele una llama, semejaba más bien las chispas lanzadas de vez en cuando por un fuego. Kazu no podía recordar haber visto de día ninguna casa en el pliegue de la montaña en donde surgía la diminuta llama, iluminaba el lugar y se extinguía de nuevo. Observó atentamente y apreció un rastro de humo que ascendía en diagonal hasta las cimas.

—¿Qué es ese fuego? -preguntó Kazu al joven tamborilero. Éste se había despojado de la camisa y se secaba el sudor.

—¿Ese fuego? -preguntó él, volviéndose hacia otro muchacho-. ¿Qué crees que es?

—Es la chimenea del crematorio municipal.

Aquel joven de rostro alargado e insolente había

respondido con despreocupación. Kazu recordó con un sentimiento de dulzura a Noguchi y la tumba de la familia Noguchi.

## Colisión

Los clientes del Setsugoan eran cada día menos. El primero en dejar de acudir fue Genki Nagayama. La última vez que estuvo saltaron chispas entre Kazu y él cuando ella visitó su comedor.

—Desde luego, parece que tú misma te has lanzado a la pelea -dijo Nagayama, sonriendo.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Pues lo que la gente dice. El enemigo está en todas partes.

—Cada vez es más difícil entenderte.

—Todo lo que quiero señalarte es que no necesitas llegar a tales extremos sólo porque estés enamorada de tu marido.

—¿Sí? Siempre pensé que cuando una mujer se

enamoraba era incluso capaz de llegar a cometer un crimen sin experimentar el más mínimo remordimiento.

—Puede perdonarse un crimen, pero hay cosas peores. Has enseñado nuestros trucos al enemigo.

—¿Cuándo he revelado yo algún secreto vuestro?

—No estoy hablando de secretos. Estoy hablando de trucos. Lo que ahora estás haciendo es enseñar trucos sucios a ese infantil Partido Radical. El género de trucos sucios que han sido siempre propiedad exclusiva nuestra.

—Los trucos que aprendí de ti no son gran cosa.

—Supongo que con tu manera de ser sería inútil tratar de detenerte. Adelante, haz lo que te parezca. Pero recuérdalo, no pueden pasarse por alto las violaciones de la ley electoral por parte del Partido Radical. Ten cuidado. Tus compinches pueden

agradecer a las estrellas el no haber tenido dinero antes. Eso es lo que les mantuvo fuera de la cárcel.

—Gracias por tu amable consejo. Pero no lo olvides. Si me cogen, tendré algunas cosillas que decir al fiscal.

Nagayama enrojeció y luego enmudeció. Entonces, pensando quizás que sería pueril abandonar la cena en aquel mismo momento, empezó a contar a los otros algunos de sus habituales chistes verdes, pero se marchó mucho antes de lo que solía. Kazu se dispuso a acompañarle hasta la puerta; pasando un brazo en torno de los hombros de ella, golpeó ligeramente sus senos. Aquella triste simulación erótica alejó para siempre a Kazu de Nagayama.

Al día siguiente, cuando Yamazaki visitó a Kazu en el Setsugoan a petición de ella, la encontró en su habitación. Estaba recibiendo un masaje y vestía tan sólo ligera ropa interior. Yamazaki se quedó

deslumbrado ante el magnífico tono rosa de la prenda, pero advirtió al momento que el desaliño de Kazu, que hubiera podido confundirse con una incitación, representaba tan sólo la falta de formalismo que ella se permitía con un hombre al que no amaba. La prenda se desajustó cuando eran objeto de masaje las caderas de Kazu, y Yamazaki percibió por un instante unos muslos asombrosamente blancos. Los muslos poseían una resplandeciente luminosidad, increíble en una mujer a la mitad de los cincuenta. Kazu no se sintió responsable por dejar al aire sus muslos.

—¿Qué puedo hacer por usted? -preguntó Yamazaki-. Por favor, dígamelo antes de que me forme un juicio equivocado.

—Nada especial. Le llamé simplemente para liberarle de un peso. -Kazu se alzó un tanto, con un cierto cuidado, como una mujer que se pone en pie en una lancha que se mece-. Me gustaría que dejara de preocuparse. Sea lo que fuere lo que hagamos, no

hay peligro de que nos detengan.

—¿Cómo está tan segura? Eso es lo que más le preocupa al presidente del Comité.

—Amenacé un poco y ahora irán bien las cosas. Sin escuchar la respuesta de Yamazaki, Kazu se volvió sobre su estómago. Cuando el masajista le frotaba un brazo añadió: Hablemos ahora de esa cena de los sindicatos que usted me encargó el otro día. Me complacería servirla, pero déjeme que decida la cuestión del precio.

—Muchas gracias. Recuerde, sin embargo, que no son precisamente opulentos.

—¿Cree usted que podrán permitirse trescientos yenes por cabeza?

—¿Trescientos yenes? -La cifra era tan baja que Yamazaki se quedó sorprendido.

—Sí, trescientos yenes. Sé que a partir de ahora necesitaremos cada vez más su ayuda, y me hubiera

gustado invitarles sin que pagaran nada, pero eso equivaldría a cargarles con el sentimiento de una obligación. Desde luego, tendrán los mejores platos y bebidas.

Durante el curso de la conversación de aquel día, Kazu obtuvo una cosecha inesperada. A través de algunas observaciones casuales a Yamazaki, quien la imaginaba conocedora del incidente, supo que varios meses antes del final de la guerra, Noguchi había solicitado del emperador que iniciara negociaciones de paz. Kazu se mostró arrebatada ante esta prueba de la visión de Noguchi y reprochó a Yamazaki por no haberle dicho antes todo aquello.

Kazu propuso que preparasen inmediatamente un folleto en donde se utilizara esta información, pero Yamazaki titubeaba en dar este paso sin conocimiento de Noguchi. Sin embargo, de revelar el proyecto, era seguro que Noguchi expresaría su oposición inalterable. El propósito de Kazu de llevar adelante el proyecto sin informar a Noguchi

denotaba que ya no admitía frenos.

Habló sin detenerse:

—Desde luego, no hay necesidad de consultar con mi marido. No podríamos soñar con un material mejor. Es evidente que nuestra única razón posible para utilizarlo estriba en ayudarle, y seríamos culpables de negligencia si dejáramos pasar esta espléndida ocasión.

Al final, Yamazaki hubo de acceder. Kazu consiguió también que aprobara un maravilloso plan que había concebido en una noche de insomnio: imprimir 500 000 calendarios con la fotografía de Noguchi. Cada calendario costaría unos cuatro yenes, y tendría un diseño elegante. Los calendarios serían distribuidos entre todos los sindicatos y a través del sindicato de maestros llegarían a las paredes de los hogares de sus alumnos.

Kazu describió a Yamazaki toda la magnitud de su idea, olvidando, como de costumbre, el paso del

tiempo... Los calendarios serían colgados en los muros de las fábricas, cerca de las máquinas de coser de las costureras, en los cuartos de estudio de los niños. El nombre de Noguchi saltaría a las conversaciones familiares, incluso a la hora de la comida. «¿Quién es ese hombre del calendario?». «Pues Yuken Noguchi, claro. ¿No le conoces...?». En una fotografía sonreiría siempre. ¡Pero cuán escasas eran las fotografías en las que Noguchi sonreía! Su imagen, ornada por la sonrisa de un caballero digno y proveyecto, dominaría benévola muchas mesas frugalmente provistas y aceptaría de un modo cordial en su rostro el vapor que se alzara de los platos. El calendario se hallaría en todas partes: junto a la jaula del pájaro, bajo el viejo reloj de pared, junto al televisor, justo encima de la pizarrita de la cocina con su lista de la verdura y el pescado que había que comprar, cerca del armario en donde dormía el gato de la familia, y la sonrisa de Noguchi lo presidiría todo. La dignidad de su

pelo plateado y su sonrisa determinarían que en las mentes de los electores aquella imagen se fundiera con la de queridos y ancianos tíos que muchos años atrás les traían dulces y acariciaban sus cabezas cuando visitaban la casa. La sonrisa tenía que enturbiar los recuerdos, reavivar antiguos sueños intensamente románticos sobre el triunfo de la justicia y, como el nombre de un antiguo barco en el puerto se torna sinónimo de futuro cuando zarpa, su nombre se trocaría en otro nombre para un futuro que vería desplomarse muros agrietados y manchados por el hollín.

—Cuando se levante y se estire el gato de la familia -prosiguió Kazu-, frotará su lomo contra el rostro de Noguchi en el calendario. Entonces, cuando el anciano caballero de la casa coja el gato, advertirá la sonrisa en la cara de Noguchi. Jamás parecerá su expresión tan cordial e indulgente como en ese momento.

Mientras Yamazaki se despedía, Kazu le

murmuró la última información:

—No se preocupe por el dinero. He hipotecado el Setsugoan. Mañana dispondré de unos veinticinco millones de yenes.

El Partido Radical y los sindicatos resultaban expertos en lo que se refería a elecciones de hasta 300 000 votantes, pero no tenían idea de la estrategia adecuada cuando se trataba de un electorado de cinco millones; en realidad, se sentían completamente desconcertados. Cuando a través de Yamazaki conoció Kazu tales circunstancias, se sintió inspirada por una confianza mayor que nunca. Llegó a pensar que las elecciones eran la tarea que el cielo le había confiado. Se trataba de un juego en el que uno empleaba todas sus energías contra un vacío virtual como adversario, una apuesta constante dirigida contra algo cuya existencia no podía ser comprobada. Sintió que por excitada que estuviera, jamás lo estaría bastante; que por desapasionada que se mostrara, jamás se mostraría bastante, y que no

existía tampoco norma por la que juzgar. Kazu se hallaba libre de una preocupación: el temor a llegar demasiado lejos. Yamazaki no representaba al respecto ningún obstáculo. El experto veterano de las elecciones del Partido Radical se había convertido poco a poco en un admirador de los métodos en gran escala que invariablemente adoptaba Kazu.

Un día de lluvia ininterrumpida, y al regresar al Setsugoan hacia el atardecer, Kazu advirtió que una de sus criadas más fieles aguardaba bajo la entrada del edificio, con una expresión angustiada en su cara.

—El señor Noguchi está aquí -dijo.

—¿En dónde?

—La aguarda en su habitación, señora.

—¿Por qué se te ocurrió llevarle hasta allí?

—Se presentó aquí hace un rato sin avisar antes,

y por su cuenta se dirigió directamente a su habitación.

Kazu parecía clavada al suelo. Ésta era la primera visita que hacía Noguchi al Setsugoan sin anunciarla previamente. Se estremeció de frío cuando recordó que en la habitación inmediata a la suya había enormes pilas de calendarios y de folletos recién salidos de la imprenta.

Su corazón golpeaba como un martinete de fragua. Kazu permanecía inmóvil, incapaz incluso de quitarse su húmedo impermeable. Era consciente de la expresión de espanto que tenía que ofrecer su cara a la luz del vestíbulo. El viejo portero, que la había acompañado desde la puerta del jardín, protegiéndola con su paraguas, clavaba en ella su mirada, habiéndose olvidado de cerrarlo.

Cada especie concebible de embuste se insinuó por sí mismo a Kazu. Entre sus dotes naturales figuraba el arte de evadirse alegremente, y por serio

que fuese el trance en que se hallara, siempre lograba zafarse con presteza, como una golondrina que vuela por un estrecho espacio bajo tejados saledizos. Pero en aquel instante comprendió que el silencio sería la mejor evasión. No había duda sobre sus buenas intenciones básicas y fundamentalmente tampoco existía nada de lo que pudiera avergonzarse. Pero Kazu temía a Noguchi más que a cualquier cosa en el mundo.

Mientras Kazu se despojaba lentamente de su impermeable, volvió la vista atrás, hacia la lluvia que caía sobre el sendero entre la puerta del jardín y la del edificio. La lluvia golpeaba con fuerza las rojas flores de los granados. Ese año la primavera era más cálida que de costumbre, y las flores se habían abierto muy pronto. Su color llameante siguió brillando con intensidad mientras que afuera se acercaba la oscuridad. Las flores calmaron un tanto a Kazu.

Se arrodilló ante el umbral de su habitación.

—Siento que me hallara ausente cuando tú llegaste -dijo.

Noguchi, que vestía prendas japonesas, se puso en pie sin responder. Sólo le habría faltado echar a patadas a Kazu de la habitación. Bramó:

—Nos vamos a casa ahora mismo. ¡Ven!

Penetró en el vestíbulo a grandes zancadas. Kazu reparó en que en su mano derecha llevaba un folleto y un calendario doblado. Cuando Noguchi cruzó delante de ella el puente curvado del pasadizo, Kazu recordó de repente la misma imagen de él la noche en que se conocieron, y experimentó una mezcla de tristeza y afecto. Se le antojó entonces que todo lo que había hecho enteramente por su propia iniciativa era en realidad la obra de un destino infausto. Lloraba mientras caminaba tras él.

Las criadas, acostumbradas desde hacía mucho tiempo a las lágrimas de Kazu, no tuvieron la menor

sospecha de que hubiera sucedido algo malo, ni siquiera cuando salió llorando del Setsugoan. La boca de Noguchi mostraba un rictus de obstinación. Durante el viaje a casa en el coche, Kazu prosiguió llorando, pero Noguchi no profirió una sola palabra.

Al entrar en la casa, Noguchi, aún mudo, condujo a Kazu a su despacho y cerró la puerta. No había nada de fuego en su cólera; se alzaba como un precipicio insuperablemente abrupto.

—¿Sabes por qué fui al Setsugoan? -preguntó.

Kazu, todavía llorando, meneó ligeramente la cabeza. Un rastro de coquetería apuntaba en su actitud al mover la cabeza, aunque ella misma lo rechazara. Un instante después, Noguchi la abofeteó. Ella se desplomó sobre la alfombra y sollozó.

—¿Comprendes ahora? -gritó Noguchi entre jadeos-. Hoy llamaron por teléfono de la imprenta. Yo respondí. Dijeron que no se había pagado la factura de los calendarios y querían cobrar. Me

informaron de que mi esposa había encargado los calendarios. Yo hice unas cuantas preguntas y descubrí lo que estabas haciendo. Entonces fui al Setsugoan. ¿Y qué encontré? ¡No sólo calendarios! ¿Qué significa esto? ¡Qué intolerable impertinencia!

Noguchi golpeó con el folleto la cara de Kazu una y otra vez. Ella había tenido con frecuencia disputas con su marido, pero jamás había sido algo parecido a esto. Mientras sentía el resquemor de sus golpes, alzó un instante la mirada hacia él. Noguchi jadeaba, pero su rostro no estaba desfigurado por la cólera. La frialdad de aquella furia hizo templar a Kazu.

—Has arrojado barro a la cara de tu marido. Precisamente el género de cosa que cabía esperar de ti. Has realizado una maravillosa tarea manchando mi carrera. ¡Deberías avergonzarte de ti misma, sí, avergonzarte! ¿Te hace feliz convertir a tu marido en el hazmerreír público?

Golpeó con los pies el cuerpo de Kazu mientras ésta yacía en el suelo, sin reparar a dónde llegaban sus patadas, pero sus frágiles miembros carecían de fuerza. Kazu se retorció chillando; en realidad, había sido la elasticidad de su cuerpo la que había rechazado los pies de su marido. Noguchi acabó por sentarse en una silla al otro lado de la mesa y desde aquella distancia observó a Kazu que sollozaba en el suelo.

La acusación de Noguchi, anticuada tanto en modales como en lenguaje, intensificó su aura como encarnación de las viejas virtudes morales. Su ira había sido expresada en un idioma mayestático que encantaba a Kazu; a punto casi de desmayarse de dolor y de felicidad, juzgó firmemente con sus facultades semiconscientes que Noguchi era el tipo de hombre que, tras prohibir encolerizado lo que merecía prohibirse, retornaría inmediatamente a su ceguera y a su sordera habituales. Ese pensamiento, muchas veces repetido, volvió de nuevo a Kazu

indulgente con Noguchi y aún más indulgente consigo misma.

Kazu, aullando como una bestia salvaje, suplicó perdón y profirió chillando todas las excusas imaginables. A veces se calmaba, perdiendo aparentemente la conciencia, sólo para volver a aullar, pidiendo perdón con voz más alta que nunca. Noguchi prolongó la tortura, declarando que no permitiría que saliese del despacho hasta que lo hubiese confesado todo, siendo evidente que había gastado una considerable suma de dinero. Kazu balbuceó incoherentemente:

—Dinero que yo había ahorrado... Lo empleé sólo por ti... Todo fue por ti...

Noguchi escuchó fríamente tales protestas. Luego, para subrayar su negativa a prestar atención a cualquier excusa, tomó un libro alemán de la estantería y, dando la espalda a Kazu, empezó a leer.

Siguió un silencio bastante largo. El despacho se

hallaba sumido en la oscuridad, con la excepción del círculo de luz que arrojaba la lámpara de la mesa. Todo lo que podía oírse, aparte del sonido de la lluvia y del crujido ocasional cuando Noguchi pasaba una página de su libro, era la agitada respiración de Kazu. Aquella mujer rolliza y madura tendida en el suelo, vuelto el dobladillo de su kimono, constituía la única nota vibrante en el silencio de aquella noche en el despacho. Kazu era consciente de que la agitación de sus ropas había dejado al aire sus muslos y que en el borde del círculo iluminado, esos muslos se alzaban y caían al compás de su respiración. Sabía con certeza la parte de su carne que se hallaba desnuda por el frío que poco a poco la entumecía. Lamentó su innegable futilidad y supo por su frialdad y entumecimiento que las blancas zonas tenuemente visibles de sus muslos eran objeto de un rechazo total. Le pareció que el rechazo de Noguchi penetraba en el cuerpo de ella a través de su entumecimiento.

Kazu ordenó por fin sus ropas, se sentó adecuadamente y, tocando con sus manos la alfombra en una profunda reverencia, declaró que lo confesaría todo. Nada le ocultó a Noguchi, ni siquiera el haber hipotecado el Setsugoan.

Noguchi repuso, con una voz sorprendentemente amable:

—De nada sirve lamentar lo sucedido. Pero mañana mismo cerrarás el Setsugoan, y a partir de ahora vivirás aquí todo el tiempo. ¿Me entiendes? ¡Recuerda que no pondrás un pie fuera de esta casa!

—¿Cerrar el Setsugoan?

—Sí. Y si crees que te exijo demasiado, no me quedará más remedio que divorciarme de ti.

Aquella amenaza asustó a Kazu más que una paliza. Un agujero enorme y oscuro se abrió ante sus ojos. «Si se divorcia de mí, no habrá nadie que cuide de mi tumba cuando yo haya muerto...». Ante

este pensamiento, Kazu resolvió hacer todo lo que Noguchi pudiera exigirle.

## Un obstáculo en el sendero del amor

Como resultado de aquella disputa, Kazu llegó a la conclusión de que no le quedaba más remedio que poner en venta el Setsugoan. El restaurante había dado ya ocasión a rumores y probablemente sería empleado como material para contrapropaganda. Por lo que a Noguchi se refería, sólo cabía considerarlo como centro de las indeseables actividades de su esposa. A Noguchi le enfurecía que Kazu hubiese hipotecado el Setsugoan sin decírselo y que hubiera empleado el dinero para financiar la campaña preelectoral. Llegó a pensar que lo mejor sería extirpar las raíces del mal, poniendo en venta el Setsugoan, y luego emplear el dinero de un modo prudente y adecuado para hacer frente a los gastos de las elecciones. Noguchi había sabido por vez primera cuán pobre era el partido.

La liquidación del Setsugoan fue confiada a Noguchi. Kazu se sentía terriblemente apegada al restaurante y no había palabras para describir su pena al abandonarlo. Pero al final prefería a un bello jardín la tumba pequeña y cubierta de musgo de la familia Noguchi.

Sin embargo, las complicaciones de la venta proporcionaron inesperadamente a Kazu una espléndida excusa para escapar de su confinamiento en casa de Noguchi y retornar al Setsugoan. Una vez allí no hizo absolutamente nada por la liquidación del negocio. Sus empleados se inquietaban de su prolongado cierre, pero nada les dijo ella de la inminente venta. Segura en su refugio del Setsugoan, convocaba diariamente a Yamazaki y examinaba con él estratagemas de todo tipo. Cuando un buen plan se perfilaba por sí mismo, se sentía tan excitada que apenas podía permanecer sentada e inmediatamente ordenaba que tuvieran dispuesto el coche. Así, pese a la severa corrección recibida, todo retornó a la

normalidad en la vida de Kazu, salvo en lo que se refería al cierre del Setsugoan.

Noguchi había solicitado de un abogado, íntimo amigo suyo, que dispusiera la venta, y antes de que transcurriera mucho tiempo apareció un posible comprador, Genzo Fujikawa, de Fujikawa Associates. Su abogado inició negociaciones con el de Noguchi y pareció que pronto sobrevendría un arreglo rápido. Pero la otra parte se negó a elevar en un céntimo su oferta inicial de ochenta millones de yenes frente a los cien millones que se solicitaban.

Kazu se hallaba en el Setsugoan el día en que la criada le anunció una llamada telefónica de Genki Nagayama. Por lo que a ella se refería, había roto sus relaciones con Nagayama y no sentía inclinación alguna por acudir al teléfono. Pero Yamazaki, que se hallaba sentado a su lado, la apremió con un empujoncito a que respondiera.

Pese a su promesa de obedecer las instrucciones

de Yamazaki al pie de la letra, Kazu se sintió irritada ante este ejemplo de su intromisión. Cuando la mano de él tocó su rodilla, retrocedió cosa de medio metro sobre el tatami. La elasticidad de leopardo de aquella figura tan rolliza dejó boquiabierto a Yamazaki. Kazu mantuvo obstinadamente apartada la cabeza y los ojos clavados en el jardín empapado por las lluvias de primavera. El jardín era una mancha verde.

—¿Por qué se enfada usted tanto? Todo lo que hice fue sugerirle que respondiera al teléfono. Creo que debiera haberlo hecho.

Kazu no replicó. Había recordado los gruesos labios oliváceos de Nagayama. De repente, le pareció que Nagayama era la encarnación de todo el cieno de media vida. Aquel hombre rechoncho y saturado de poder evocaba en una mujer todos los recuerdos más dolorosos. Incluso su negativa a tener jamás relaciones con Nagayama, el haber sido tratada como una hermana, procedían principal y

originalmente de una mezquina estimación de sí misma. Por muy duramente que la injuriase Noguchi, Kazu podía preservar siempre su propia integridad, pero bastaba una sonrisa de Nagayama para que sintiera expuestas y desnudas las profundidades de su ser... Kazu, en suma, rechazó sus momentáneos sentimientos de alivio al ser informada de la llamada de Nagayama.

Se levantó y acudió a su propia habitación, adonde habían hecho que transfirieran la llamada. Señaló su presencia ante el teléfono, que casi envolvía con su cuerpo, y la voz del secretario fue inmediatamente reemplazada por la de Nagayama.

—¿Qué ha sucedido? ¿Todavía sigues enfadada conmigo? ¿Es eso? Bien, riñeme cuanto quieras, yo seguiré considerándote amiga mía toda la vida. A propósito, he oído que por fin te has decidido a cerrar el Setsugoan. Pero todavía podrás servirme una taza de té y unas pastas, ¿no es cierto? Al fin y al cabo, seguimos siendo compañeros.

—Si hago excepciones, aunque sea para una sola persona, el restaurante no estará cerrado.

—Ya veo. ¿Pretendes renunciar al restaurante y abrir una casa de baños con algún servicio especial para la clase obrera? ¿Sí?

—Eso me vendría bien. Cuanto más jóvenes y fogosos sean los clientes, tanto mejor.

—Qué divertido. Creí que la edad de tu marido estaba muy próxima a la mía.

—Ya estoy harta de tus molestas observaciones. ¿Para qué me has llamado?

—Para nada en especial. Simplemente, me preguntaba si, con objeto de que cambiaran las cosas, no podríamos comer juntos.

Kazu se negó en redondo, explicando que ya no se hallaba en libertad de proceder así. En ese caso, repuso Nagayama, y como no había otro remedio, tendría que decírselo por teléfono. Entonces, y del

modo más despreocupado, pasó a abordar una cuestión importante y sorprendente.

—Ese testarudo de Noguchi está creándonos bastantes problemas. Envié un hombre a Noguchi, indudablemente estarás enterada, con una oferta de retirada del candidato rival a condición de que si Noguchi ganaba designaría subgobernador a alguien del Partido Conservador. ¿Cabe mayor generosidad? Pues Noguchi, tan terco como siempre, se negó a escucharle. Es enteramente en beneficio suyo, y si acepta esa condición puede tener la seguridad de que saldrá elegido. Confío en que le recomiendes vivamente que acepte... Quiero advertirte de algo. Si Noguchi rechaza la oferta, probablemente tropieces con dificultades para vender el Setsugoan. ¡Te lo advierto sólo por tu propio bien!

En aquel momento, Kazu se apresuró a poner fin a la conversación. Cuando regresó por el pasillo a la estancia en donde había dejado a Yamazaki, sus pasos traicionaban su agitación. Tan sólo por el

sonido de sus pisadas, Yamazaki habría podido decir que Kazu estaba furiosa.

Kazu corrió la puerta, cerrándola tras ella, y todavía de pie, exclamó irritada:

—Señor Yamazaki, ¿cómo puede ser usted tan cruel? ¡Y pensar que le han hecho a mi marido un importante ofrecimiento y que usted ni siquiera me ha dicho una palabra!

Cuando se enfurecía, las finas cejas de Kazu se erizaban y su boca se fruncía hacia abajo. El obi ceñido, un tanto caído, presentaba una superficie dura, llana, dominante, impresión fortalecida por su costumbre de atar la faja sencillamente por delante en un estilo un tanto rural, en vez de optar por un ángulo más a la moda.

—Siéntese, por favor -dijo Yamazaki.

Explicó pacientemente la situación a Kazu, quien se había sentado de costado con su cara

obstinadamente apartada de él, como haría un niño pequeño. Sólo habría sido motivo de confusión para ella, afirmó, la revelación de la oferta, y, en todo caso, lo que a Kazu le correspondía era consagrar todas sus energías a la campaña. Noguchi se había negado incluso a tomar en consideración las melosas palabras del Partido Conservador, y si mereciese la pena estudiar la oferta, resultaría más eficaz que fuesen los dirigentes del partido y no su esposa quienes se lo sugirieran. La reciente llamada telefónica había encantado a Yamazaki porque mostraba que la campaña preelectoral de Kazu estaba convirtiéndose en una amenaza para el enemigo. Los conservadores habían designado un candidato llamado Gen Tobita, una opción desesperada en la que no tenía confianza el propio Partido Conservador, como acababa de revelar esa llamada. La repugnancia del actual gobernador de la prefectura a presentar la dimisión, aunque hacía ya largo tiempo que parecía a punto de dimitir, era

debida al hecho de que el Partido Conservador no había conseguido que el primer ministro apoyara a su candidato. Resultaba una lástima que Noguchi no sacara un beneficio político de la oferta, pero, por lo que a Kazu atañía, lo más importante era no perder la calma; resultaba evidente que sus esfuerzos estaban dando fruto.

Yamazaki no ahorró pormenores a su concienzuda explicación. La cara de Kazu brilló súbitamente como el jardín bajo los primeros rayos del sol de la mañana. Observando su rostro milagrosamente transformado, Yamazaki lo juzgó bello. Era como si una cara sonriente, completa hasta el último detalle, hubiese emergido de un modo inesperado bajo otra, sin revelar en su frescura de recién nacido el más tenue rastro de las furiosas emociones de un momento antes.

—¡No me diga más! -gritó-. ¡Bien, hay que celebrarlo! ¡Esta noche brindaré con usted!

Kazu se puso en pie y, abriendo por completo las puertas correderas, bailó en el comedor adyacente. En el otro extremo de la estancia se alzaba un bello biombo pintado por Tatebayashi Kagei y en el que, a la manera de Korin, aparecía un puente curvado sobre un arroyo plateado y filas de iris. Kazu abrió el shoji del comedor que daba al jardín, y Yamazaki vio entonces un verde rincón contiguo al húmedo paisaje, visible desde la pequeña estancia en la que se hallaba.

Ahora que el Setsugoan estaba cerrado, parecía más encantador al comienzo del anochecer de un día lluvioso que cuando rebosaba de clientes ruidosos. La helada tristeza del gran comedor proporcionaba en realidad más fulgor a los muebles laqueados y a los biombos pintados. Contemplada desde atrás, Kazu se le antojó a Yamazaki una silueta, pero tan rebosante de humanidad, que parecía reunir en sí misma toda la vida que antaño llenó esta inmensa y vacía sala.

Kazu pasó a la galería y, contemplando el jardín, pisó el marco de la puerta con los dedos de sus pies calzados de blanco, como un loro en su percha, y se balanceó precariamente. La acción carecía de un significado particular, pero ella permaneció sobre su insegura base.

Contempló los dedos de sus pies. Destacaban blancos y precisos entre la penumbra de la sala y el verde brumoso de afuera, firmemente doblados, como un animal pequeño e inteligente. Extendió sus dedos. Las relucientes arrugas se combaron en su tabi. Entonces, todo su cuerpo percibió el esfuerzo de sostenerse tan sólo sobre los dedos de los pies en esta posición inestable, y esa percepción fue acompañada por una placentera sensación de peligro. Bastaría con que relajara un tanto la tensión y su cuerpo se precipitaría entre los húmedos matorrales y las piedras del jardín y se hundiría en el verdor empapado por la lluvia.

Al penetrar en el comedor, Yamazaki advirtió

que el cuerpo de Kazu se columpiaba hacia adelante y hacia atrás de un modo un tanto alarmante. Corrió hacia ella, preocupado, y dijo:

—¿Le sucede algo, señora Noguchi?

Kazu se volvió y mostró sus dientes al reír sonoramente.

—¡Qué idea tan horrible! ¡Todavía no soy bastante vieja para sufrir una apoplejía! Sencillamente, estaba divirtiéndome... Pero ya es tiempo de que tomemos unas copas.

Kazu y Yamazaki visitaron bares y cabarets. Incluso embriagado, Yamazaki no dejó de advertir que Kazu se afanaba por distribuir enormes tarjetas de visita, también entre camareras y mozos de comedor.

Noguchi rechazó tajantemente el plan de transacción que le ofreció el Partido Conservador a través de dos o tres tortuosos canales. Varios días

más tarde, el abogado de Fujikawa Associates informó abruptamente al de Noguchi de que no podía aceptar los términos de la compraventa del Setsugoan. El abogado de Noguchi investigó el asunto y descubrió que el giro tomado por los acontecimientos se debía a la presión ejercida por el primer ministro Saeki. Al parecer, el primer ministro había llamado repentinamente por teléfono a Kenzo Fujikawa para decirle:

—No es el momento de comprar el Setsugoan. Sería poner munición en manos del enemigo justamente antes de las elecciones.

Noguchi se enfureció al conocer el informe. Yamazaki, que nunca se irritaba, declaró que ahora tenían una oportunidad favorable para combatir al enemigo y, tras apremiar durante cierto tiempo a Noguchi, concertó una entrevista oficial con el primer ministro.

Noguchi visitó a Saeki, a quien aventajaba en

años, en su residencia oficial. Con su fraseología habitual, pomposa y desmañada, acusó al primer ministro de entrometerse secretamente en la realización de una transacción privada. De un modo deferente, el primer ministro le aseguró entre sonrisas que no recordaba en manera alguna semejante hecho.

—Además, me parece que el asunto es demasiado dramático para resultar verosímil. ¿Cree razonable que el primer ministro de una nación haga una llamada telefónica como cualquier corredor de ínfima categoría? Por favor, recurra al sentido común. ¿No le parece una explicación más simple la de que Fujikawa pudo haber utilizado mi nombre con objeto de tener un pretexto plausible para negarse a comprar?

Saeki trató a Noguchi como a un hombre extremadamente anciano, casi a punto de brindarle su mano para ayudarlo a sentarse o a levantarse, hiriendo así el orgullo del antiguo diplomático con

una exagerada cortesía. La auténtica sutileza requiere un toque sedoso, pero en sus mejores momentos Saeki era rayón. «¿Qué cree este pequeño tramposo que está haciendo?», pensó Noguchi.

Kazu advirtió el mal talante de Noguchi cuando regresó y le consoló sin decir una palabra. Ya era imposible tratar de vender el Setsugoan. Kazu hizo cuanto pudo por ocultar su júbilo. Resolvió que tendría que reparar con su fidelidad política la deslealtad de sus emociones.

## Y por fin, las elecciones

El gobernador de la prefectura abandonó su puesto en la última semana de julio y se convocaron inmediatamente las elecciones. Los quince días que mediaban hasta el diez de agosto eran el período autorizado para la campaña electoral. Fue aquél un verano extremadamente caluroso. Kazu, que había recobrado todas sus energías, concertó una segunda hipoteca sobre el Setsugoan y obtuvo treinta millones de yenes. En el segundo piso de un edificio de la zona comercial, se abrió una oficina electoral.

Noguchi y ella tuvieron otro enfrentamiento en la tan esperada mañana de la convocatoria de las elecciones, justo cuando Noguchi estaba a punto de salir de su casa para pronunciar su primer discurso electoral. En previsión de este día, Kazu había comprado un corte de traje de verano del mejor

tejido inglés, y con grandes dificultades había conseguido que un sastre obtuviera las medidas de su marido. Pero a Noguchi le desagradó el traje. Pretendía pronunciar su primer discurso callejero vistiendo un traje de lino que con los años se había tornado completamente amarillo.

—Voy a presentarme a las elecciones como Yuken Noguchi y no como un maniquí -anunció-. No puedo vestir semejante cosa.

Como cualquiera podía advertir, semejante ñoñería ocultaba un miedo mezquino y soterrado. ¿Quién entre los que le escucharan podría suponer verosímilmente, al verle con su traje nuevo, que había sido su mujer quien se lo había proporcionado? Incluso Yamazaki había comentado:

—Está comportándose respecto de usted como un niño mimado. No se preocupe por él, señora Noguchi. Haga simplemente que confeccionen el traje conforme a las medidas de los viejos.

Kazu no era persona que en tiempos de necesidad confiara gran cosa en la ayuda divina, pero aquella mañana se levantó a las cuatro y encendió una vela ante al altar budista. Había decidido persuadir a la difunta señora Noguchi para que se uniera a su causa y cooperase en beneficio de la victoria de Noguchi. Los mosquitos penetraban desde la oscuridad del jardín antes del alba y describieron círculos en torno a las manos de Kazu cuando ésta las unió para orar. No había rastro de devoción en su tono cuando quedamente se dirigió a la difunta señora Noguchi:

—¿Qué le parece? Unamos nuestros esfuerzos y ayudémosle a ganar.

Sintió como si estuviera materializándose una bella amistad con esta mujer a la que nunca conoció, e incluso lloró un poco.

—¡Qué señora, qué señora! ¡Estoy segura de que, si aún estuviera con vida, llegaríamos a ser

buenas amigas!

Los mosquitos picaban la carne madura de Kazu. Le pareció que en cierta manera podría ayudar a Noguchi a ganar si era capaz de soportar las picaduras.

De este modo permaneció durante mucho tiempo en comunión con la difunta Sadako Noguchi.

Mientras tanto, el sol llevó hasta el jardín las primeras e intensas luces de un día de verano. El jardín rebosaba de árboles, y la luz del sol, que brillaba a través del estarcido de racimos de hojas, estampaba en el centro del jardín sombras complejas como recortes de papel. Al mirar por encima del hombro hacia las piedras del jardín, ahora de un blanco brillante, Kazu sintió como si una cigüeña propicia se hubiera deslizado hasta el suelo a través de los rayos de sol: las piedras sugerían la forma de una cigüeña con las alas desplegadas. Recordó entonces, ¿cuándo fue?, la vez en que de broma dijo

a Noguchi que una cigüeña estaba volando sobre el jardín y había resultado que no era mentira. Ver ahora una cigüeña era, desde luego, signo de buen augurio, pero, temerosa de una reprimenda de Noguchi, decidió no decírselo.

Noguchi se despertó poco después y desayunó con Kazu en el silencio ritual que solía.

—¿No querías un huevo crudo? -preguntó, por fin, Kazu.

Lo rechazó tajantemente:

—No voy a tomar parte en ninguna competición atlética juvenil.

Noguchi se jactaba desmesuradamente de su apostura imperturbable, producto presumible de su educación a la inglesa, pero carecía por completo de ese humor sardónico y complejo que en un inglés fortalece su distanciamiento. De un modo deliberado, Noguchi se mostraba antipático aquella

mañana para probar que conservaba su calma habitual.

Se presentó Yamazaki, acompañado de algunas personas de la oficina electoral. Kazu, como estaba previamente establecido, trajo en presencia de Yamazaki la caja con el traje nuevo y una rosa blanca. Noguchi echó un vistazo a la caja y dijo:

—¿Qué es eso? ¿No esperarás que yo me ponga tales ropas?

Kazu, aunque resuelta a no dejarse llevar por sentimentalismos, deseaba tanto que se realizaran sus deseos que rompió a llorar. Por su parte, Noguchi sólo se tornó más obstinado, y Yamazaki, intercediendo, trató de ablandarle. Al final, y gruñendo, Noguchi aceptó vestir el traje nuevo, pero rechazó por completo que le pusieran la flor en la solapa.

Había llegado el momento de la partida de Noguchi y todo el mundo acudió a la puerta para

verle salir. Kazu se emocionó al contemplar la camisa inmaculada y el traje nuevo de Noguchi. Cuando tendió la mano para enderezar el cuello, aunque no necesitaba arreglo alguno, Noguchi, con una extraordinaria viveza, aferró su mano derecha de un modo firme, pero que pasó desapercibido. Incluso un observador atento podría haber interpretado este gesto como signo de un disimulado afecto, pero Noguchi le dijo en voz baja:

—Deja de hacer tonterías. ¡Es vergonzoso!

Los dedos ágiles y huesudos de Noguchi se apoderaron en un brevísimo forcejeo de los objetos que Kazu ocultaba en su mano derecha, cerrada. Eran pedernales para provocar las chispas de la buena suerte. Kazu sabía muy bien cuánto repugnaban a su marido tales costumbres, pero no había podido resistir el impulso de hacer chispas ante los demás en el momento de partir su marido. Noguchi había acertado al suponer que tenía las piedras ocultas en la mano.

Una vez en el coche, Noguchi, sin decir una palabra, entregó las piedras a Yamazaki para que las guardara. Yamazaki se quedó sorprendido, pero inmediatamente imaginó lo que había pasado. Hubo de soportar durante todo aquel día tan agitado la molestia de las piedras que se entrechocaban en su bolsillo.

Noguchi acudió al edificio de la prefectura, dio cuenta de su propósito de presentarse a las elecciones, recibió una banda en la que figuraba su nombre y partió inmediatamente en dirección a la explanada de la puerta de Yaesu, en la estación de Tokio. El sol de las nueve de una mañana veraniega hacía resplandecer las blancas camisas del gentío ya congregado en la plaza. Muchos sostenían sobre sus cabezas abanicos que les protegieran de los rayos del sol. Noguchi salió de su coche y fue cortésmente recibido por los funcionarios de los sindicatos y de los grupos que le secundaban, quienes habían estado aguardándole cerca del camión de los altavoces. Sin

un mínimo rasgo de afabilidad, anunció:

—Yo soy Yuken Noguchi, candidato del Partido Radical en las elecciones para gobernador.

Y luego acometió una larga enumeración de los puntos de su política idealista, con voz absolutamente desprovista de inflexiones. A la mitad de una frase, el micrófono dejó de repente de funcionar. Noguchi, sin comprender que nada transmitían los altavoces, continuó su discurso. En aquel preciso momento, Gen Tobita, el candidato rival, inició su alocución en el otro extremo de la plaza. Su micrófono difundía con tanta eficacia su resonante voz que incluso quienes ocupaban las primeras filas de la audiencia de Noguchi quedaron ensordecidos por la voz de Tobita, denunciando a Noguchi y al Partido Radical. Parecía improbable que pudiese ser reparado de inmediato el micrófono de Noguchi, y por esa razón se decidió regresar temporalmente a la oficina electoral antes de volver a empezar, ahora en el distrito de Koto. Era

innegable que éste había sido un comienzo poco prometedor.

El primer discurso de Noguchi había decepcionado a sus seguidores jóvenes.

—Me pregunto si el viejo no podría poner un poco más de sentimiento en sus palabras -oyó decir Yamazaki a uno en la oficina.

Luego, otro comentó:

—La abolición inmediata de las carreras de caballos y de bicicletas es, desde luego, algo conveniente, pero no fue muy acertado por su parte aludir a la cuestión desde el principio. Por contraste, los discursos de Kazu constituían la encarnación del sentimiento, y allí a donde iba era abrumada por las ovaciones de gentes que la escuchaban medio divertidas. Como remate, pronunció una alocución de treinta minutos bajo el deslumbrante sol de la tarde ante la plaza que se extiende delante de la estación de Shibuya. Kazu tenía a sus pies un cubo

con hielo machacado y frecuentemente se pasaba por la cara un pañuelo con hielo. Habló muy alto, demasiado cerca del micrófono, por lo que resultaba difícil entender sus palabras, pero entusiasmó al público con su apasionado estilo de subastadora. Kazu sacó a colación el memorial de Noguchi al emperador, argumentando del siguiente modo:

—Yo soy la esposa de Yuken Noguchi. Pues bien, sin embargo, a pesar de ser la esposa de Yuken Noguchi, mi marido, el señor Noguchi, jamás me dijo nada a mí, su mujer, acerca de este memorial. Eso demuestra cuán poco le gusta vanagloriarse de lo que ha hecho. Pero yo puedo asegurarles que cuando supe la verdad del asunto me quedé sorprendida. Espero, señoras y caballeros, que me perdonen por mencionarlo, pero en buena parte debemos al señor Noguchi el que todos nosotros, y yo me incluyo, podamos vivir ahora pacíficamente. Sí, me sorprendió pensar que el señor Noguchi estuvo impetrando la paz durante tantísimo tiempo.

Un joven del gentío le apostrofó:

—¡No se jacte tanto de su marido!

Kazu replicó al contestatario:

—Pues claro que me jacto de mi marido. Y espero que me permitan que siga jactándome. Como esposa suya, les garantizo que si le votan, jamás lo lamentarán.

Aquella réplica le ganó una ovación. El discurso prosiguió sin que pareciera próximo su final. Kazu hacía gala de una majestuosa indiferencia a los frenéticos gestos que le dirigían quienes se ocupaban de la organización. Finalmente, un joven ayudante, incapaz de soportarlo más, arrebató el micrófono a Kazu. El hielo había lavado su cara del maquillaje, revelando su sana y clara compleción del norte. Enrojeció su cara y una expresión de violenta cólera, hasta entonces reservada para las criadas del Setsugoan y para Yamazaki, apareció ante el gentío. Kazu, golpeando furiosamente con sus pies el piso

de madera del camión de los altavoces, gritó:

—¿Qué pretendes quitándome el micrófono? ¿O es que quieres acabar con Noguchi? ¿Es eso?

Asustado, el joven ayudante le devolvió el micrófono y Kazu reanudó su larguísimo discurso. La furia pasajera de ésta había brindado a las gentes un magnífico espectáculo. Cuando su cara, de un rojo brillante bajo el sol del final de la tarde y resplandeciente con las gotas de hielo derretido, se transfiguró de rabia ante los ojos del gentío, hubo un instante de absoluto silencio. Las gentes sintieron que la habían visto como desnuda.

Sin embargo, los prolongados discursos de Kazu concluyeron el primer día. Ya en la oficina electoral, y por mediación de Yamazaki, los exasperados agentes del partido exigieron de Kazu que a partir de entonces limitara sus alocuciones a media página o, en tiempo, a sólo un minuto. También se redujo su inclinación pródiga a las emociones personales.

Existía el riesgo de que, si otorgaba libre curso a sus emociones pudieran fácilmente socavar la reforma de la prefectura y también la democracia.

El presidente del Comité, Kusakari, el primer secretario Kimura y el director ejecutivo, Kurosawa, recorrieron la prefectura pronunciando discursos conforme al calendario establecido por la oficina electoral, es decir, por Yamazaki. Noguchi pronunció discurso tras discurso: por la mañana, en lugares estratégicos elegidos por tal carácter; por la tarde, en sitios previamente anunciados, y de noche, en mítines y cenas. Solicitó incluso el apoyo de los braceros y de los pescadores en los muelles. Un «coche espía» del otro partido seguía al camión de Noguchi en sus largas peregrinaciones, siempre invisible, del mismo modo que un coche espía del Partido Radical iba tras el camión de altavoces de Gen Tobita.

Kazu pasaba el día entero afanada, como en ella era típico, con el cubo de hielo machacado en el

coche, rumbo a lugares a donde era improbable que fuese su marido.

En la mañana del tercer día, el camión de los altavoces se detuvo en un lugar de los altos de Kagurazaka. Pronunciaron discursos varios oradores del partido y luego Kazu se adelantó para dirigir su alocución de un minuto. Una cara entre las treinta o cuarenta personas congregadas, la de un hombre de mediana edad, llenó de terror su corazón.

El sol del verano caía implacable sobre la carretera de acentuada cuesta. Entre las caras vueltas hacia los oradores de la campaña subidos al camión, pocas eran las de obreros. La audiencia estaba constituida, sobre todo, por ancianos, amas de casa que volvían de la compra, niños y estudiantes. El camión se había desviado hacia la sombra y allí se detuvo, pero los espectadores rebosaban el espacio sombreado y se extendían por el sol. Algunos se protegían la cabeza con pañuelos. En todas partes el Partido Radical atraía a gentes

sencillas y de apariencia honrada. El sol que reflejaban sus blancas camisas veraniegas ahondaba esta impresión. Las más de las veces el gentío que bullía junto al camión se caracterizaba por las filas de blancos dientes sonriendo bajo sombreros de paja, las escolares de caras brillantes y dulces que aún no habían conocido los cosméticos y, en general, por brazos y cuellos tostados por el trabajo al aire libre. A Kazu le gustaban esos oyentes.

Pero el hombre de mediana edad en el que había reparado entre el gentío vestía una sucia y arrugada camisa de cuello abierto, de cuyo bolsillo asomaban dos relucientes estilográficas. Sus manos apretaban contra el pecho una sobada cartera, y entre los dedos de una mano sujetaba un cigarrillo. No llevaba sombrero y el sol, que caía con fuerza sobre su pelo corto, gris y blanco, forzaba una sonrisa afectada en su boca. A Kazu le costó un momento reconocerle por obra de su pelo corto. Sus rasgos sobresalían entre los de los demás, pero aparecían viejos y

ajados con el peculiar carácter desagradable del rostro del hombre apuesto que se ha agostado sin perder su empaque.

Como de costumbre, Kazu inició su discurso con el «yo soy la esposa de Yuken Noguchi». Sintió como si el hombre le sonriera. Concluyó su alocución de un minuto y los estudiantes voluntarios para la campaña agradecieron al público su amable atención. La gente comenzó a dispersarse y el camión se dispuso a partir camino de su nuevo emplazamiento. En aquel momento Kazu vio cómo el hombre tendía su mano y golpeaba contra el costado del camión.

—¡Señora Noguchi! -dijo el hombre, mostrando al sonreír sus dientes manchados de nicotina.

Kazu descendió inmediatamente del camión y se acercó al hombre. Su corazón palpitaba extrañamente bajo la toalla que se había metido en el kimono para contener el sudor. Alzó su voz

deliberadamente.

—¡Caramba! ¡Hacía años que no nos veíamos! ¡Qué pequeño es el mundo! ¡Y mira que encontrarnos aquí!

Recordaba perfectamente su nombre, Totsuka, pero, prudentemente, evitó mencionarlo. Entrecerró los ojos como si la cegase la luz del sol, pero en realidad para que pasase inadvertida su intranquilidad. Podía distinguir el tren que cruzaba sobre la línea elevada de Sakashita. Las escasas nubes que había en el cielo habían sido convertidas por el sol en vagas burbujas.

—¿Qué es lo que quieres? -preguntó Kazu, en voz baja.

—Me gustaría hablar contigo un minuto -respondió el hombre.

Con tono alegre, Kazu dijo a los del camión:

—He encontrado a un viejo conocido y querría

cambiar unas pocas palabras con él. ¿Les importaría esperar un minuto o dos?

Kazu cruzó en diagonal la calle y, pensando en que la seguiría Totsuka, se dirigió a una heladería. El azul y el blanco de las sartas de cuentas que cerraban la puerta le proporcionaba un aire alegre, pero el interior, con su fila de sillas desvencijadas, era la tristeza misma. Apenas puso el pie Kazu en la heladería, gritó:

—¡Veinte sorbetes para los del camión! ¡Ahora mismo! Dos sorbetes aquí. Sírvanos después que a los demás y lleve los sorbetes al camión tan pronto como estén listos.

Kazu y aquel hombre se sentaron ante una oscura mesa, bajo un calendario. La mesa estaba húmeda del helado vertido por el cliente anterior. Kazu tuvo una repentina intuición, aunque pensó que era imposible: la de que el calendario sobre su cabeza se hallaba ornado con la fotografía de Noguchi. Alzó

la vista. Vio en el agua a una artista de cine en traje de baño amarillo sobre un flotador de lunares azules.

—¿Qué es lo que quieres? -preguntó de nuevo Kazu, impaciente por salir de la incertidumbre.

—No tengas tanta prisa. Guardo algo para ti. Hay que ver el calor que hace. A propósito, tu discurso fue muy bueno. Años atrás predije que un día serías famosa.

—Suéltalo, si buscas algo de mí. Dinero, ¿no es cierto?

Kazu interpeló secamente a aquel hombre, al que no había visto desde hacía treinta años. Sus ojos relampagueaban febriles mientras observaba todos los movimientos de Totsuka. Dentro de la heladería, el único sonido que se percibía era el ruido sordo y prolongado de la máquina que machacaba el hielo.

—Vaya, qué poco cordial estás. A decir verdad,

últimamente he estado escribiendo un poco.

Totsuka tendió sus dedos sobre la desgastada cartera y, tras manosearla torpemente, consiguió abrir la cerradura. Estaba llena de papeles arrugados. Totsuka escrutó su interior y buscó durante un tiempo que pareció interminable. Mientras clavaba sus ojos en la cartera, la luz que reflejaban las losas de la puerta incidían sobre las pestañas de Totsuka, excepcionalmente largas. En su juventud se enorgullecía de aquellas pestañas, recordó Kazu. Ahora brillaban con un color ceniciento, pero, con su misma belleza dramática, sombreaban sus ojos rodeados de arrugas.

—Ah, aquí está -dijo Totsuka, extrayendo un escuálido folleto que arrojó descuidadamente sobre la mesa. El título de la portada rezaba: *La vida de la señora de Yuken Noguchi. Por uno que sabe lo que se pesca.*

La mano de Kazu tembló violentamente al pasar

las páginas. Cada capítulo llevaba un epígrafe sugerente. En la parte que se refería a la llegada de la joven Kazu a Tokio y a los varios años que pasó con Totsuka describía a éste (bajo su auténtico nombre) como un apuesto muchacho de emociones puras y sencillas, y a Kazu, como una ninfómana. Pero, según declaraba la obra, cuando tenía que elegir entre el amor y la ambición, prescindía del amor y optaba por la ambición. El folleto daba cuenta de cada uno de sus subsiguientes amoríos, con detalladas excursiones a los diferentes dormitorios. Kazu aparecía simplemente como una vampiresa que comerciaba con su belleza y que había empleado a los hombres como peldaños para llegar a su posición actual. Cuando ojeó el último capítulo, comprendió de súbito el propósito del folleto. Allí encontró a Noguchi presentado como un ser angelicalmente ingenuo, mientras que ella aparecía como un monstruo sin escrúpulos que había engañado a Noguchi y trataba ahora de llegar a ser

la esposa del gobernador.

Kazu, secos los ojos, murmuró:

—¿Cómo te has atrevido a escribir tales mentiras irresponsables?

—Nadie, menos tú y yo, sabe si son mentiras o si no lo son.

Las palabras de Totsuka, acompañadas de otra exhibición de sus dientes amarillentos, evocaban de tal modo al chantajista estereotipado de los viejos melodramas que parecían sugerir que no deberían tomarse demasiado en serio. Kazu, más segura de sí, se sintió suficientemente envalentonada para mirar por vez primera cara a cara a Totsuka. Ante su mirada, bajó sus largas pestañas. «También él tiene miedo», pensó Kazu.

La camarera trajo los sorbetes.

—Toma un poco -ordenó Kazu, con altanería.

El hombre, protegiendo con una mano el cono de

granizado, lo deshizo con la cucharilla y luego aplicó su boca contra el sorbete para no dejar caer ni una gota. Sus largas uñas aparecían ribeteadas de negro.

—Bueno, ¿cuál es tu precio? -inquirió, incisivamente, Kazu.

Totsuka alzó al punto su rostro del granizado. Sus ojos poseían la inocencia de un cachorro. Sacó un pedazo de papel que contenía algunos minuciosos cálculos. Tres mil ejemplares a trescientos yenes el ejemplar suponían novecientos mil yenes, pero había redondeado un poco la cifra para llegar al millón de yenes.

—Muy bien. Ven a mi casa mañana por la mañana a las diez. Pero no conseguirás un céntimo si descubro que falta uno solo de los tres mil ejemplares. Te pagaré al contado contra la entrega de los tres mil.

A la mañana siguiente Kazu retiró el dinero del

banco y aguardó a Totsuka. Cuando se presentó, y tal como había prometido, le entregó la suma. Luego decidió esperar hasta calmarse lo suficiente antes de quemar los tres mil ejemplares del folleto que había conseguido. Había cuidado de envolverlos y guardarlos en la bodega. Aquella mañana, alegando una indisposición, se abstuvo de ir a pronunciar discursos y nada dijo de lo sucedido, ni siquiera a Yamazaki.

Varios días más tarde, a pesar de todas las promesas, el folleto difamatorio fue distribuido gratuitamente entre personas bien conocidas de toda la prefectura.

Se calculaba que se habían tirado varios centenares de miles de ejemplares.

—Bien -dijo Yamazaki-. Al fin ha comenzado el bombardeo indiscriminado.

Cuando mostró a Kazu el folleto, comprendió inmediatamente, por el modo en que palideció a la

simple visión de la portada, que no era ésta la primera vez que lo veía. Kazu le descubrió con franqueza todo lo sucedido.

—Es una vergüenza -dijo Yamazaki-. Un millón de yenes significa ahora muchísimo para nosotros. ¿Por qué no me pidió consejo? Puede estar segura de que un canalla como ése hará todo el daño que pueda, tanto si es por dinero como si no lo es. Claro está que resulta evidente que el Partido Conservador se halla detrás de esto.

El rostro de Genki Nagayama relampagueó por un instante ante los ojos de Kazu, pero nada dijo. Yamazaki prosiguió:

—Lo peor de todo es que muchos ejemplares del condenado folleto han ido a parar a las manos de amas de casa de las zonas suburbanas. El objetivo es claro, a juzgar por el modo en que está escrito: explotar los prejuicios moralistas de la pequeña burguesía. El voto suburbano me preocupa un

poco... Aun así, el asunto no es suficientemente serio para afectarnos.

La actitud de Noguchi en relación con el folleto fue en verdad admirable. Naturalmente, lo leyó, pero jamás aludió, ni tan siquiera con una palabra, al procaz documento. Kazu, muy afectada y alicaída, sintió que la virilidad del silencio de su marido era como una enorme boya flotando silenciosa en el oscuro mar.

Yamazaki se hallaba ahora demasiado ocupado para reunirse con Noguchi o con Kazu, y Noguchi, como un actor que no recuerda las instrucciones del director de escena y echa a perder su parlamento, tendía a olvidar en el calor de la auténtica campaña los largos meses de orientación de Yamazaki. Se le había advertido que no se dejara llevar de su temperamento ante los reventadores, pero con harta frecuencia se mostraba visiblemente encolerizado. Cuando habló en Kichijoji, un grupo enemigo de veinte o más reventadores se infiltró entre el gentío.

En un determinado momento, Noguchi estalló por fin ante su acoso persistente y replicó:

—Probablemente sois demasiado jóvenes para entenderlo.

Ante lo cual, los reventadores gritaron:

—¡Pues claro, abuelo!

Noguchi inquietaba sobre todo a sus asesores al incurrir en un *lapsus linguae* tras otro en el calor de sus discursos y sin darse siquiera cuenta de ello. Por ejemplo, en tres ocasiones el candidato del Partido Radical se refirió muy claramente a «la actual Constitución Imperial...». Lo más divertido era que, en su mayor parte, los públicos de Noguchi no reparaban en tales lapsus. Sus discursos, que eran la aridez misma, disfrutaban de una popularidad considerable entre personas prudentes y de edad. Yamazaki fue informado al respecto y comprendió que la peculiar confianza japonesa en los oradores ineptos no era en manera alguna cosa del pasado.

En los diferentes distritos electorales se sucedían nuevos incidentes, grandes y pequeños, al ritmo de uno por minuto. La voz de Yamazaki había enronquecido a fuerza de dar instrucciones por teléfono cada vez que se producía uno de esos casos.

—Hay indicios de compra de votos en el distrito A del barrio de Suginami. Por allí parece relucir mucho dinero.

—El equipo de investigación debe recoger pruebas inmediatamente y denunciar el hecho a la policía.

—En el barrio de Bunkyo han arrancado todos los carteles de Noguchi y han pegado encima los de Tobita.

—Bueno, pues poned otros carteles sobre éstos. Ahora mismo os enviaré más.

—La pasada noche pegaron carteles obscenos desde las calles A a la B del distrito de Santama.

Son unos tres mil y muestran un esqueleto y una mujer gorda. Al parecer, pretenden ridiculizar al señor y a la señora Noguchi.

—Denúncialo inmediatamente a la policía.

Yamazaki no tenía la menor fe en la policía nombrada por el Partido Conservador, pero los jóvenes miembros del Partido Radical jamás habían realizado tan alegremente diarios viajes a la sede policial. La policía se vio obligada a dar las gracias a quienes le informaban de las violaciones; desde luego, parecía como si a estas alturas el Partido Radical se hubiese convertido en el cliente favorito de la policía.

Últimamente Noguchi había incorporado a su rutina diaria la costumbre de realizar gargarismos con una solución de ácido bórico al levantarse por las mañanas y antes de acostarse por las noches. Así aliviaba su garganta, que cada día le dolía más. Por las noches tomaba un baño caliente y se sometía a un

masaje. Sólo después de que se fuera el masajista se relajaba por fin Noguchi. Se sentaba en la cama en pijama, con una toalla bajo el cuello, y Kazu sostenía la palangana para los gargarismos. Este melancólico ritual ofrecía escasa semejanza con sus afanosas actividades del día, pero cuando alzaba la palangana, Kazu experimentaba un auténtico placer al pensar que el día había concluido por fin.

A Kazu no le agradaba el mosquitero de estilo occidental que colgaba sobre la cama, y en su lugar había dispuesto un mosquitero de lino blanco que ocupaba toda la habitación; pero ni siquiera así soplaba brisa suficiente para agitarlo. Habían quedado abiertas las puertas de cristal que daban al jardín. La luz de la lámpara de la mesilla atravesaba el inmóvil mosquitero, resaltando los pliegues rígidos del blanco lino, y sugería a Kazu que se hallaba en algún convento estricto. Kazu se arrodillaba sobre el tatami y mantenía en alto la palangana.

En las pausas entre los prolongados gargarismos de Noguchi oía a veces el repetido sonido de las chicharras nocturnas escondidas en las copas de los árboles del jardín. Sus chirridos parecían perforar la quietud de la noche como una fina aguja, pero las breves notas finales siempre se contraían y eran absorbidas por esa quietud. En aquella vecindad las noches resultaban asombrosamente tranquilas. A veces un coche se detenía a lo lejos y se oían gritos de borrachos, sólo para desaparecer con el gemido del coche al partir.

Kazu disfrutaba de su postura en tales ocasiones. Su cuerpo no estaba menos fatigado que el de su marido, pero olvidaba el cansancio cuando se veía a sí misma aguardando a su esposo en la actitud de una sacerdotista ante el altar. Ésta era la postura de servicio y de autosacrificio abiertamente brindada, y no le importaba si algo de espuma de los gargarismos de su marido le caía sobre la cara.

También a Kazu le dolía la espalda, pero se

negaba a que le practicasen un masaje en presencia de su esposo. Por fortuna, sus cuerdas vocales eran fuertes y su voz jamás enronquecía por muchos discursos que hubiese pronunciado.

Cuando alzaba la vista, allí estaba Noguchi, un vaso en su mano derecha, su mano izquierda sobre la colcha tras él, realizando concienzudos gargarismos, echada la cabeza hacia atrás. De vez en cuando inclinaba su cabeza de un lado al otro para que circulara el agua. La lámpara iluminaba las arrugas grisáceas a lo largo de su delgado cuello. El sonido se asemejaba al del hervor, con un furioso burbujeo, sólo para detenerse penosamente después, en secuencia que se repetía una y otra vez.

Kazu se sentía arrobada por la emoción de la escena. Cuando sus ojos le observaban de hito en hito, sentía que estaba siendo incorporada a los esfuerzos excesivos e ilógicos de su envejecido marido. El sonido de sus gargarismos, espumosos, granulares y burbujeantes, le parecía una prueba de

que él se hallaba decididamente allí, vivo ante ella. Si eso era cierto, también ella estaba viva, y en semejante vida no había lugar ni para el tedio ni para la inacción.

Al fin concluyó el tercer buche de gárgaras y Noguchi, con la boca llena de agua, inclinó la cabeza hasta la palangana. Escupió el agua con un lúgubre sonido y la palangana en las manos de Kazu se tornó un tanto más pesada. Noguchi suspiró. Su cara estaba un poco enrojecida.

Entonces, y por vez primera en cinco días de esta rutina cotidiana, Noguchi ofreció el vaso a Kazu y le preguntó:

—¿Por qué no haces tú también gargarismos?

Kazu apenas podía creer en lo que oía. No existiría razón para que su garganta le doliera (y, en consecuencia, no habría necesidad alguna de hacer gárgaras) si ella no estuviera participando en la campaña en su favor. Porque el hecho de que su

marido sugiriese que hiciera gargarismos denotaba más que simple simpatía; implicaba claramente un reconocimiento tácito de los esfuerzos diarios de Kazu. El pensamiento golpeó su corazón con un súbito júbilo. Clavando sus ojos en los de su marido, que no sonreía, aceptó severamente el vaso.

Durante la primera semana, los periódicos, la radio y la televisión se mostraron unánimes en señalar la ventaja de Noguchi. Pero en la segunda semana su fuerza en las zonas suburbanas comenzó a desmoronarse. Las ciudades dormitorio en torno de Tokio habían sido siempre un feudo del Partido Radical; un debilitamiento de la posición del partido allí era debido de modo indudable y en amplia medida a los efectos del folleto difamatorio. Mas la estrategia del partido durante todo el tiempo había consistido en considerar como ganados estos distritos y escatimar allí los esfuerzos de la campaña. La indomable naturaleza de Kazu le convenció de que aún no era demasiado tarde.

Recorrió las calles residenciales suburbanas con un camión de altavoces, deteniéndose aquí y allá para pronunciar discursos. Los barrios opulentos estaban adormecidos, puesto que la mayoría de sus habitantes se hallaban en sus lugares de verano. En cualquier caso, las barriadas de la clase alta no eran feudo del Partido Radical, así es que Kazu se desplazó a Setagaya, la línea de Toyoko y otras áreas con mayor número de obreros.

El camión se detuvo un día bajo un pesado dosel de verdor a la entrada de un pequeño parque. Éste disponía de una piscina para niños y sus chapoteos y gritos proporcionaron un continuo ruido de fondo a los discursos. En el solar que había entre la entrada del parque y el paso a nivel del ferrocarril, se congregó inmediatamente el gentío, esperando obviamente que hablara Kazu. Reparó en los jóvenes que había entre los reunidos, probablemente recaderos, sentados en sus bicicletas y con un pie en el suelo. Sus rostros, a diferencia de los de los

chicos del casco urbano y de las aldeas campesinas, tenían expresiones un tanto matizadas o incluso burlonas. Eso no era todo. Los congregados cuchicheaban unos con otros y chismorreaban cada vez que miraban a Kazu.

Cuando le llegó el momento de hablar, se volvió inquieta hacia el agente del partido que había a su lado y le preguntó:

—¿Qué haré? Todos están murmurando de mí.

El agente del partido, un hombre de mediana edad sabía que a Kazu le obsesionaba el fantasma del folleto, pero con objeto de que se animara, le dijo desenfadadamente:

—Es pura imaginación suya. ¡Hala, a por ellos y no ahorre los golpes! ¡Fíjese cuánta gente! ¡Usted es un éxito!

Kazu se adelantó y se inclinó como de costumbre ante el micrófono:

—Yo soy la esposa de Yuken Noguchi, candidato a gobernador por el Partido Radical.

Inmediatamente captó dos o tres inconfundibles risitas. Tensa la cara, habló como en un trance. Superó el minuto que se le tenía asignado, pero aquel día los agentes del partido no hicieron comentarios. Sin embargo, cuanto más hablaba, más inútilmente se esparcían sus palabras sobre las cabezas de sus oyentes.

Esta impresión tenía en parte su origen en los temores de Kazu. Por mucho calor que pusiera en sus palabras, una parte de su mente contemplaba la figura que constituía ella a los ojos del gentío. Estaba segura de ser observada conforme al retrato que de ella hacía el folleto difamatorio: la muchacha del campo que, asediada por la pobreza, vende su cuerpo para prosperar en el mundo. Pensó que advertía cómo un hombre de mediana edad se fijaba en su falda. Imaginó que podía leer sus pensamientos: «¡Hum! ¿Qué tiene que ver ésa con el

socialismo? Ya conozco las artes desvergonzadas de que hacía víctima a los hombres. Dicen que ni siquiera se olvida de sus ambiciones cuando su cuerpo arde de pasión. Me apuesto a que es frígida en alguna parte de su cuerpo. ¿Y si tuviese el trasero frío?».

Dos chicas escolares contemplaban a Kazu con los ojos muy abiertos, como si estuviesen viendo a un monstruo.

Mientras hablaba, le ardían las mejillas de vergüenza. Imaginó que podía oír palabras como «dormitorio», «obscenidad», «prostituta», «indecente», «obsesa sexual»... Las joyas corrompidas que habían recamado el folleto parecían brillar ahora en las murmuraciones del gentío. Las frases de los labios de Kazu, «reforma de la administración de la prefectura», «una política positiva para combatir el paro...», caían al suelo como enjambre de hormigas aladas que hubieran perdido el vigor de sus alas, pero las palabras

visibles en los labios de la gente goteaban como roja sangre al sol. Ancianos que habían salido a dar un paseo y que se apoyaban en su bastón, afectadas y respetables amas de casa, niños en trajes de baño que dejaban sus hombros al aire, recaderos, mordiendo todos en la carne de Kazu y contemplándola con mirada fija y satisfecha.

El camión se había detenido a la sombra pero, a pesar de todo, hacía muchísimo calor. Kazu seguía hablando. No se refrescó la cara con su acostumbrado pañuelo que envolvía pedazos de hielo, sino que dejó que un sudor frío bañara todo su cuerpo. Podía advertir los ojos de los congregados, arrancando capa tras capa de su kimono hasta dejarla desnuda. Los ojos penetraban en su cuello, se abrían camino devoradores hasta sus senos, llegaban hasta el abdomen. Garras invisibles, tras haberse empapado en el sudor de su cuerpo, parecían ahora desgarrarlo todo.

Mientras se alzaba solitaria sobre el camión de

los altavoces, esta indecible tortura indujo en Kazu gradualmente la embriaguez del mártir. Empezó a sonar una campana en el paso a nivel y unos travesaños blancos y negros descendieron del cegador cielo azul. Un largo tren, procedente de suburbios más alejados, cruzó estruendosamente. Los rostros en cada ventanilla formaban una cadena de ojos innumerables que miraban con curiosidad hacia ella.

Por fin Kazu, como una mujer que estuviera siendo quemada en la hoguera, alzó sus ojos al cielo. Pesados cúmulos se enroscaban sobre los tejados bajos. Brillaban los bordes de las nubes, que se extendían hasta lo más alto del cielo.

Concluyó el discurso. El camión se llevó a Kazu, casi inconsciente, hacia su nuevo destino.

Dio la casualidad de que por aquella época se iniciaron también las elecciones para concejales de barrio. En consecuencia, el Partido Conservador

pudo emplear legalmente hasta un total de tres mil altavoces, uno por cada candidato. Colocados en cada encrucijada importante de Tokio, lanzaban constantes andanadas contra Noguchi. El Partido Radical apenas consiguió presentar cuatrocientos candidatos para las elecciones de concejales de barrio, y, en consecuencia, no podía superar esa cifra de altavoces.

Además, comenzaron a llegar a la tesorería del Partido Conservador grandes cantidades de dinero. Las esclusas se habían abierto y el dinero fluía de todas partes. Por el contrario, el dinero de Kazu desaparecía con celeridad y los planes del partido para obtener más fondos habían llegado a un callejón sin salida. Hacia el 8 de agosto era evidente que todo se derrumbaba de un modo estrepitoso. No había un solo periódico que predijera todavía la victoria de Noguchi.

El 9 de agosto, el día anterior a las elecciones, fue una jornada sombría, un retorno a la estación de

las lluvias. Había estado lloviendo desde primeras horas de la mañana y era extremadamente alta la humedad ambiente. Como último recurso, Yamazaki había repasado durante la noche la guía telefónica y había compilado una lista de cincuenta mil nombres. Decidió enviarles un telegrama en nombre del presidente del Comité: NOGUCHI EN APUROS SOLICITA SU AYUDA. En la mañana del día 9 llevó la lista al sindicato de trabajadores de comunicaciones con la petición de que se concentraran en estos telegramas y no aceptaran ninguno más que les llegaran en masa. El presidente del sindicato accedió de buen grado.

Sin embargo, y hacia la tarde, el Partido Conservador estaba informado del proyecto y decidió remitir telegramas en sentido contrario que fueron rechazados en la oficina Central de Correos. El grupo de Tobita puso inmediatamente en acción al ministro del Servicio Postal. Éste transmitió la que era en realidad una orden ejecutiva, y durante la

noche el Partido Conservador remitió cien mil telegramas, el doble de los enviados por el Partido Radical.

A las cuatro de la tarde, Yamazaki, que se hallaba en casa de Noguchi, recibió una llamada telefónica. El lugar rebosaba de reporteros de los periódicos, de la radio y de la televisión, y para llegar hasta el teléfono Yamazaki hubo de abrirse paso entre el gentío.

La voz que hablaba desde la oficina electoral se mostraba excitada:

—Ha sucedido algo terrible. Acabamos de recibir llamadas de seis puntos distintos de la ciudad. En todos estos sitios estaban lanzando millares de octavillas. Algunas dicen: «Yuken Noguchi, gravemente enfermo», y otras: «Yuken Noguchi, moribundo». Los vendedores de periódicos recorren las calles anunciando ediciones extra que reparten gratis.

Yamazaki comunicó este hecho extraordinario a los periodistas presentes. Kazu, que había estado escuchando tras los reporteros, corrió a su habitación chillando. Yamazaki fue tras ella a toda prisa. Se había arrojado al suelo, llorando. La lluvia había sumido la estancia en una semioscuridad y su aspecto era indeciblemente lúgubre.

Yamazaki acarició la espalda de Kazu, consolándola. De repente, se irguió y, con expresión quebrantada por las lágrimas y la cólera, aferró las solapas del traje de Yamazaki y le zarandó:

—Tiene usted que averiguar quién es el responsable. Hay que cogerle ahora mismo. ¡Qué cosa tan sucia! ¡Y hacernos esto en el último minuto! Si provoca nuestra derrota en las elecciones, moriré, eso es seguro. He perdido todo lo que tenía. ¡Pero si somos vencidos por culpa de esto, mataré a quien lo hizo! ¡Aprisa, vaya a cogerles, aprisa!

Y mientras repetía una y otra vez la palabra

«¡aprisa!», Kazu perdía poco a poco sus fuerzas y pronto quedó postrada en el suelo, sin emitir ya sonido alguno. Yamazaki la confió al cuidado de una criada competente y, abriéndose camino entre la barahúnda del vestíbulo, retornó al teléfono.

Hacia las nueve de aquella noche, cuando todo se había calmado, los hombres de la radio y de la televisión realizaron grabaciones y películas que emplearían al día siguiente. Recogieron de antemano las impresiones del nuevo gobernador y de su esposa para el caso de que fuera Noguchi el elegido.

Esta representación extraña y pueril tenía un gélido aire de irrealidad. Noguchi respondía sin emoción a las preguntas y con aire monótono y minucioso explicaba sus aspiraciones respecto del gobierno de la prefectura. Jamás había resultado tan adecuada la aridez de su exposición.

—¿Y qué hay de la esposa del gobernador? - preguntó alegremente el presentador; y en aquel

momento, con un perfecto sentido de la oportunidad, Kazu irrumpió en la sala. Vestía ahora un espléndido kimono de etiqueta. Se había empolvado ligeramente la cara, sonreía y se mostraba segura de sí misma. En suma, aparecía impecable.

Kazu acompañó a los periodistas hasta la puerta; luego, cuando se quedó a solas con Yamazaki, pronunció las primeras palabras derrotistas que él escuchaba de aquella boca:

—Mire, señor Yamazaki, después de todo lo que hemos pasado, intuyo de algún modo que vamos a perder... Me pregunto si debería decir tales cosas.

Yamazaki se volvió hacia ella, pero no se le ocurrió nada que decir. Mas de repente, sin aguardar su réplica, la cara de Kazu brilló en la sofocante oscuridad del vestíbulo, como iluminada por alguna luz interior, y dijo, con una voz que sonaba como si medio soñara: -¿Pero no es cierto que todo irá bien? Estoy segura de que ganaremos.

## El día de las elecciones

Tras la lluvia del día anterior, el 15 de agosto amaneció completamente despejado, tiempo ideal para la votación. Kazu se levantó temprano y dispuso flores en el ventanal de la sala. Eligió cinco lotos de diferentes alturas y los colocó en una vasija con agua que proporcionaba una impresión de frescura. Pero el liviano esfuerzo de disponer las flores le hizo sudar.

La límpida claridad del agua bajo las flores así dispuestas complació a Kazu. Sobre la superficie flotaban los colores del alba de aquellas flores duras y esculturales y los relucientes dorsos purpúreos de las hojas reflejaban en el agua sombras encantadoras. Mientras observaba la colocación de las flores, Kazu sintió como si estuviera practicando algún arte de adivinación. Se preguntó si en la

ordenada disposición de esos lotos no podría hallar un indicio de su destino.

Kazu había lanzado a la campaña todo su dinero y todas sus energías. Había hecho todo lo que una fuerza humana era capaz de hacer y soportado pacientemente todas las humillaciones y adversidades. Todos sabían que Kazu había peleado bien. Jamás antes en su vida se había entregado tan constante y eficazmente su espíritu apasionado. Día tras día su único apoyo había sido su absurda convicción de que si consagraba su mente a una tarea, conseguiría desde luego llevarla a feliz término. En ella este convencimiento gravitaba siempre en el aire de un modo vago, pero durante los últimos meses había permanecido firmemente hincado en la tierra y ya no podía vivir sin su presencia.

Kazu examinó atentamente las flores de loto. El agua parecía ser un símbolo de las innumerables personas que aquel día irían a las urnas en cada

distrito. Los lotos florecidos eran el propio Noguchi. El agua bajo las flores sumía los reflejos en sus profundidades y se alzaban burbujas en torno de cada fino vástago del entramado de alambre que sostenía las flores. La única función del agua, pensó, consistía en implorar el favor de los lirios florecidos y reflejarlos.

Justamente entonces la sombra de un pájaro cruzó frente al ventanal abierto y una hoja seca cayó desde una pequeña rama que casi alcanzaba el ventanal. Se deslizó como un trineo a través del aire y cayó en la vasija. El agua apenas se agitó, pero la hoja contraída, amarilla y parda, flotó visiblemente sobre su superficie. Parecía horrible, como un insecto enroscado.

Si Kazu no hubiera estado entregada a su temeraria adivinación, habría recogido la hoja seca sin pensarlo dos veces, pero entonces su apariencia ominosa le impresionó de tal modo que lamentó amargamente haber iniciado el sortilegio.

Se dejó caer en un sillón y permaneció allí un rato, jugueteando con un abanico. Ante ella tenía un televisor. La pantalla azulada pronto comenzaría, sin duda, a transmitir resultados electorales a medida que surgieran, pero ahora permanecía apagada. El sol matinal caía oblicuamente sobre su superficie.

Kazu tomó su baño de la mañana después de Noguchi, se arregló cuidadosamente la cara y después vistió un kimono de etiqueta dispuesto desde hacía tiempo para la ocasión. Tras los días de campaña, durante la cual no se había preocupado de su apariencia, aunque a veces se vistiera deliberadamente mal, hoy adornaba su cuerpo con las galas de una fiesta. El kimono era de una seda diáfana en gris plata, teñida para representar una escena de pesca con cormorán. El obi, de seda brochada, tenía bordado el dibujo de una luna menguante entre tenues nubes, realizado en hilo de plata sobre un fondo azul pálido. Una pinza de diamantes sujetaba la faja y resaltaba la elegancia de

su traje.

Kazu sabía que resultaba probable que su espléndida indumentaria irritase a Noguchi, pero estaba resuelta a ir vestida a su gusto cuando fuese a votar. En cualquier caso, ahora que quedaban ya atrás el sudor y el polvo de la campaña, Kazu necesitaba templar sus sentimientos, mientras nada estaba aún decidido, regalándose algún lujo que ansiara su corazón.

Acudió a la sala para ayudar a Noguchi a vestirse. Al verle, se llenó de alegría el corazón de Kazu. Ya estaba vestido, y entre los trajes, cuidadosamente planchados por orden de Kazu, había elegido el que estrenó el día en que anunció su intención de presentarse a las elecciones.

Como de costumbre, ni siquiera se permitió el atisbo de una sonrisa, pero su consideración y el hecho de que evitase cualquier referencia a la indumentaria de Kazu emocionaron a ésta

profundamente. En el coche, camino del colegio electoral, uno junto al otro, guardaron silencio. Kazu observaba por la ventanilla la fila de tiendas expuestas al implacable sol de la mañana. Ahora que había conocido una experiencia inolvidable, sentía que ya nada importaba, aunque perdieran.

Éste fue probablemente el momento de mayor intimidad entre marido y mujer con personalidades tan inflexibles. La euforia de Kazu persistió intacta hasta que siguió a su marido a través del estallido de los flashes y de los focos de periódicos y noticiarios en la escuela elemental en donde se hallaba emplazado el colegio electoral y hasta que depositó su voto en la urna.

El escrutinio de los votos comenzó al día siguiente. Los sondeos electorales publicados en los tres principales periódicos de la mañana mostraron una distribución de la opinión sensiblemente igual. Un experto político predijo la victoria de Tobita, otro predijo que la victoria sería de Noguchi, y un

tercero, sin mencionar quién ganaría, aseguró que indudablemente en la foto de la llegada la diferencia entre los dos hombres sería tan sólo de una nariz. El estado de excitación frenética de Kazu se había iniciado aquella mañana. Le agitaba una premonición de victoria y, con ella, el convencimiento de que si no ganaban, el mundo se haría pedazos. El escrutinio se inició a las ocho de la mañana y a las once se difundió el primer boletín. Marido y mujer se sentaron en el cuarto de estar ante el televisor. Las primeras noticias se referían a la región de Santama y los distritos metropolitanos más lejanos.

Kazu, incapaz de contener sus palpitaciones, murmuró como si entonara un sortilegio mágico: «¡Es Santama, Santama!». De repente, recordó las ristas de linternas de papel en la noche del Festival de Canciones Populares, la negrura de las montañas en torno cuando se encendieron las linternas y la ovación entusiasta que resonó contra las laderas de

los montes. Retornaron también los rostros de las campesinas quemados por el sol, sus ojillos rebosantes de curiosidad y sus sonrientes dientes de oro... Clavó sus uñas en los brazos del sillón. Sucesivamente, se advirtió ardiendo y helada de impaciencia. Al fin fue incapaz de guardar silencio por más tiempo.

—Ésta es una buena señal -gritó-. Las primeras noticias serán de Santama. Ése es el único lugar en donde tenemos la seguridad de ganar.

Noguchi nada dijo.

El boletín informativo apareció en la pantalla de televisión y la voz del presentador anunció como un eco:

Yuken Noguchi: 275 802

Gen Tobita: 277 081

El color desapareció de la cara de Kazu, pero su resolución desesperada no se debilitó porque

envolvió su corazón como si fuera una plancha de hierro.

Hacia las dos de la tarde estaba asegurada la elección de Gen Tobita. Los votos de Tobita pasaban de 1 600 000, con una ventaja de casi 200 000 sobre su rival. El Partido Conservador había resultado, además, victorioso en Osaka. Los comentaristas de la radio declararon:

—Las fuerzas conservadoras han logrado mantener su dominio estratégico sobre las dos grandes ciudades.

Kazu se preguntó cómo lograba guardar la calma ante esta parodia de justicia. La victoria enemiga había sido lograda enteramente gracias a maquinaciones siniestras y al dinero. Recordó el día, no mucho antes de las elecciones, en que empezaron a escasear los fondos en el Partido Radical y cuando un río de dinero afluyó a las arcas del Partido Conservador. El dinero corría por las

calles en loco frenesí para apoderarse de los espiritualmente depravados y de los acosados por la pobreza. El dinero brillaba como un sol a través de las nubes, un sol maligno y funesto. Y mientras guiñaba en el cielo, medraban plantas de hojas venenosas y hierbas fétidas que brotaban en todas direcciones, extendían aquí y allá siniestros tentáculos que desde la ciudad se alzaban al cielo.

Sin derramar una lágrima, Kazu oyó anunciar a su marido que irían a presentar sus respetos a la sede del Partido Radical.

Cuando Soichi Yamazaki acudió aquel día a la sede del partido, el señor y la señora Noguchi ya se habían marchado.

Un entumecedor sentimiento de derrota penetraba poco a poco en la carne de Yamazaki, mientras daba por concluido su trabajo en la oficina electoral. En realidad, la pérdida de las elecciones no había sido totalmente inesperada; él mismo, al

menos el día anterior a la votación, la había previsto claramente en su corazón. Pero siempre existe la oportunidad de la suerte entre diez mil posibilidades, y el voto flotante de las grandes ciudades, característicamente imprevisible, a veces se desplaza en direcciones inesperadas. La resignación del profesional había competido una vez y otra con una confianza irracional en la suerte, pero ahora una niebla aborrecible y lúgubre envolvía su mente.

La desilusión que las fuerzas radicales habían experimentado siempre en el Japón resultaba familiar a Yamazaki desde el comienzo de su carrera. Desde luego, cabía decir que Yamazaki siempre apostaba a que se desilusionaría; era como si mantuviera una apuesta constante con sus esperanzas juveniles. Yamazaki se hallaba considerado como un auténtico veterano en campañas electorales y era absolutamente indomable, pero dentro de él alentaba una especie

de fervor masoquista. No le sorprendían lo más mínimo la corrupción en unas elecciones o la victoria del poder del dinero; le parecían tan naturales como las piedras y el estiércol de caballo a lo largo de un camino.

En realidad, sería correcto afirmar que la frialdad de la mente de Yamazaki determinaba su amor por el horno llamado elecciones al que se arroja indiscriminadamente todo, desde la madera más valiosa al más sucio pedazo de papel. Le gustaban las violentas alternativas de las emociones, inducidas por el propio interés, entre quienes se arraciman en torno de la periferia de la política. Le atraían las imprevisibles fuerzas que podían arrastrar irremisiblemente a los hombres a manifestaciones exageradas de sus sentimientos. El calor incandescente de unas elecciones era genuino y le gustaba ese calor que se encontraba en la política y en ningún otro lugar, fueran cuales fuesen las trampas que se ocultaban detrás.

Enriquecía el almacén huero de su mente con tales placeres y llenaba el vacío que existía dentro de él con las emociones exaltadas de muchas personas que compartían el mismo desastre. Se complacía sintiendo que al final sus propias emociones se hallaban coloreadas con su mismo tinte.

Por expresarlo claramente, había algo más bien estudiado en los procesos mentales de Yamazaki una vez que era segura la derrota y que él sentía cómo le envolvía esa intensa niebla. Este epicúreo de la desilusión gustaba un tanto de las escenas patéticas y de las sensaciones de derrota.

Aquella noche, en el taxi que le llevaba a casa de Noguchi, Yamazaki consideraba el papel que tendría que representar, el de amigo cordial. Ésta era la única tarea aún no concluida; no podía hacer nada más.

Tan pronto como cruzó la puerta del jardín,

Yamazaki experimentó con todo su cuerpo la agitación reinante en una casa fulminada por el infortunio. Ante la puerta se extendía una fila de coches de los periódicos. Iban y venían numerosos visitantes, pero las señales de sentimientos contenidos evocaban las expresiones faciales de quienes acuden a dar el pésame. Una vez que se alejaban unos metros de la puerta, sentirían indudablemente todos cómo se alzaba un peso de sus hombros y reirían como si hubieran vuelto a la vida.

La casa rebosaba de gente hasta llenar también el vestíbulo. Yamazaki lanzó una mirada al gabinete y vio a Noguchi, sentado en una silla en el otro extremo de la estancia y rodeado de periodistas. Desde más allá del vestíbulo le llegó el sonido de sollozos sofocados que crecían en volumen. Se volvió y distinguió a Kazu, que intercambiaba saludos abatidos y abrazos de consuelo con delegados de diferentes grupos. Estaba llorando.

Alguien llamó a Kazu y, enjugándose a toda prisa

las lágrimas, acudió al gabinete para romper en sollozos de nuevo en cuanto salió. Volvieron a llamarla al gabinete. Ya no tenía en su polvera suficientes polvos con los que arreglarse la cara. Yamazaki pasó un brazo en torno de ella y la condujo al despacho de Noguchi.

—Por favor, descanse aquí un rato, señora Noguchi -dijo.

Kazu se desplomó sobre la alfombra. Alzándose con una mano, se frotó lentamente el cuello con la otra. Miraba fijamente a Yamazaki y las lágrimas fluían de sus ojos muy abiertos, como el agua que se vierte de un jarrón agrietado.

Después de las diez, se fueron los últimos periodistas, y un auténtico silencio descendió sobre la casa. Yamazaki, obligado a enfrentarse cara a cara con el silencio, comprendió por vez primera que este silencio era lo que él y los Noguchi habían odiado y temido.

El olor del repelente de los mosquitos intensificó la atmósfera de velatorio. Sólo permanecían aún quienes formaban el círculo íntimo de Noguchi. Se sentaron en torno del señor y de la señora Noguchi y, diciendo apenas algunas palabras, bebieron la cerveza que se había servido con un ligero refrigerio. Uno por uno se retiraron sin llamar la atención. Yamazaki, que se había quedado el último, estaba a punto de marcharse cuando Noguchi le retuvo. Por entonces eran más de las once.

La pareja condujo a Yamazaki al pequeño cuarto de estar de Kazu. Noguchi dijo:

—Gracias por todos los esfuerzos... Creo que me pondré ropa japonesa.

Sus palabras no parecían especialmente dirigidas ni a Kazu ni a Yamazaki. Por la fuerza de la costumbre, empezó a batir palmas para que viniera la criada, pero Kazu le detuvo. Tomó del cesto de ropa un kimono que había dispuesto para él

y le ayudó a cambiarse. Noguchi aceptó el fajín de manos de su esposa y observó:

—También para ti ha sido una dura prueba, ¿no es cierto? Ahora tienes que tomarlo con calma.

Noguchi estaba llorando de espaldas a los dos. Ésta era la primera vez que Yamazaki veía sus lágrimas. En una profunda inclinación, Yamazaki tocó con sus manos el tatami.

—Debería haberlo hecho mejor. No sé cómo podría disculparme.

Bastó una rápida mirada a las lágrimas de Noguchi para que Kazu fuera incapaz de retener por más tiempo sus sollozos.

Yamazaki no entendía qué era lo que había inducido a la pareja a solicitar deliberadamente su presencia en esta escena. No podía imaginar que necesitaban un testigo de fuera para sus mutuas revelaciones de la emoción que sentían en el

corazón. La explicación más simple era probablemente que ambos Noguchi consideraban a Yamazaki como el más cercano de sus íntimos. Probablemente también, habiendo perdido toda ocasión pública de demostrar su gran confianza en él y su aprecio por todos sus esfuerzos, sólo les quedaba ahora esta ocasión extremadamente privada. O posiblemente su grado de confianza y de esperanza en Yamazaki había alcanzado algo así como un perfecto equilibrio y, sin decirlo en palabras, ambos contaban con él para concederle parte del terrible silencio con el que marido y mujer hubieran tenido que enfrentarse a solas.

Noguchi, relajado en su indumentaria japonesa, se dirigió a su mujer en términos que derrochaban una teatralidad inconfundiblemente oriental. Nadie podía ser menos teatral que Noguchi. Esto era cierto, en especial por lo que se refería a su vida pública. Pero cuando, como entonces, se tratataba de la revelación de sus emociones privadas y domésticas,

los sentimientos antiguos y heroicos parecían surgir por sí mismos dentro de él. Éstas, cabía imaginar, eran sus más hondas emociones, sus verdaderos sentimientos despojados de todas sus galas exteriores. Pero en realidad él se hallaba dominado por la retórica anticuada de la poesía china. Sus subsiguientes observaciones evocaron inevitablemente en Yamazaki, sentado a su lado, el *Retorno al Hogar*, de T'ao Yüanming, o los versos de los *Cuarenta y Cinco*, de Po Chü-i:

*Tal vez alce en la primavera*

*una choza de hierbas al pie del Monte Lu.*

Las palabras de Noguchi eran de hecho más prosaicas. Se volvió hacia Kazu y, rehuyendo su mirada, dijo con voz envarada y torpe:

—Renuncio a la política. Jamás volveré a intervenir en eso. Poseo toda clase de ideales, pero nada significan ahora que he perdido. Además, te he hecho sufrir. Sí, realmente te he hecho sufrir, pero a

partir de ahora viviremos modestamente de mi pensión en un tranquilo rincón, un viejo y una vieja.

Kazu, todavía tendida en el suelo, inclinó su cabeza en señal de asentimiento y respondió sumisamente:

—Sí.

Yamazaki advirtió algo extraño en la sensación de pesada inmovilidad de su figura. Las violentas reacciones emocionales de Kazu habían poseído siempre un ominoso tinte. Su vitalidad, que no sabía cómo satisfacer con el logro de un objetivo, saltaba siempre hacia adelante; su pena pedía desencadenar un inesperado júbilo y su júbilo tornarse a su vez en un portento de desesperación. La figura de Kazu acurrucada en el suelo irradiaba un indiscutible pesar y la parte posterior de su obi, que se agitaba al compás de los sollozos, confirmaba esta impresión en su delicado dibujo bordado de ruiponces, pero Yamazaki podía detectar en el cuerpo de Kazu, en

apariencia humildemente sumiso, una oscura violencia que había sido contenida con fuerza.

Cuando al fin se levantó Yamazaki para marcharse, Noguchi le dio cortésmente las gracias y se disculpó por hallarse demasiado cansado para acompañarle hasta la puerta. Kazu enjugó sus lágrimas y fue con él.

Doblaron la esquina del vestíbulo hasta llegar frente a la puerta de la casa. Kazu tiró de la manga de Yamazaki para lograr que se detuviera. Sus ojos, cargados por la pena hasta un momento antes, brillaban ahora animadamente a la tenue luz del vestíbulo. Las huellas que dejaron las lágrimas, apresuradamente enjugadas sin preocuparse de su apariencia, se entrecruzaban ahora con sombras bajo los ojos y la nariz, creadas por la lámpara del vestíbulo y con los rastros de su maquillaje, hasta el punto de dar a su cara el curioso aspecto de la caracterización de un actor. Su expresión no había cambiado, pero los dientes que relampagueaban

entre los labios ligeramente entreabiertos y sus ojos resplandecientes le hacían parecerse a alguna criatura de la familia de los félidos al acecho de su presa. Su voz, que cuidaba de mantener baja, poseía un acento dominante.

—¡Condenación! Hemos perdido las elecciones por obra de Saeki y por el dinero y las mentiras de Nagayama. Y ese gusano, Tobita... Yo podría matarle. ¡Me gustaría matar a todos! Yamazaki, ¿no existe todavía algún medio de derribar a Tobita del pedestal al que se ha encaramado? ¿No tiene usted algo acerca de él? ¡Si lo que hacen falta son violaciones de la ley, ha habido desde luego muchísimas! ¿No posee algún medio de acabar con Tobita? Estoy segura de que si alguien puede hacerlo es usted... ¡Es su deber!

## Orquídeas, naranjas y una alcoba

Como la mayoría de los hombres de pocas palabras, Noguchi estaba acostumbrado a otorgar una gran importancia a su menor manifestación. Esto era especialmente cierto en lo que se refería a cualquier promesa que le obligara. Pero del mismo modo no dudaba que los demás llevarían a cabo cualquier tarea que él les impusiera. Sólo cabía esperar que todo lo que estimaba deseable y así lo manifestara se hiciera realidad. Por eso, una vez que anunció la noche de la derrota que a partir de entonces Kazu y él llevarían la humilde existencia de dos personas de edad, tratando de vivir de una pensión, Noguchi dio por supuesto que Kazu se hallaba por completo resuelta a obedecerle.

Aquella noche Kazu dijo claramente: «Sí», pero durante los ajetreados días que siguieron, mientras

ponía en orden todos los asuntos pendientes tras la derrota y hacía las visitas de agradecimiento, se tornó consciente del peso y de la oscuridad indescriptibles implícitos en esa sola palabra: «Sí». Era un signo del beneplácito de ella para entrar en el mismo sepulcro, desde el principio la esperanza de Kazu. Pero la palabra también constituía la aceptación de recorrer juntos el sendero cubierto de musgo que llevaba directamente a la tumba.

Hubo varios otros asuntos que la distrajeron. Aún estaban pendientes de celebración las elecciones para la Cámara de Concejales y se solicitó tanto de Noguchi como de Kazu que pronunciaran discursos en apoyo de los candidatos. El placer de ayudar a los demás les puso de un talante generoso y cordial y determinó una nota nueva de humor en las alocuciones de Noguchi y de serenidad en las de Kazu. Ambos se mostraban ahora más eficaces que cuando hablaban en beneficio de sí mismos. A la hora de la cena, Kazu y

Noguchi intercambiaban jactancias sobre las reacciones de sus audiencias de aquel día, cosa que jamás sucedió durante la campaña electoral de Noguchi.

A Noguchi le gustaba pensar que, habiendo perdido todo lo que tenía que perder, tanto material como socialmente, había hallado a cambio una serena felicidad. Ésta era una actitud poética y excesivamente simple, natural a la edad de Noguchi, pero no especialmente natural en la de Kazu. Noguchi, además, exageraba a veces esta actitud. Un día, al regreso de la sede del Partido Radical, compró un tiesto con un *dendrobium*.

Kazu le recibió en la puerta.

—Caramba. ¡Y has tenido que traer tú la planta! -exclamó-. Si la florista no quería traerla, todo lo que tenías que hacer era llamar por teléfono y yo habría enviado a la criada para que la recogiera.

En sus palabras resultaba evidente un tono no

tanto de preocupación como de irritación. Noguchi perdió en el acto su buen humor. Kazu reconoció la planta sólo después de recoger el tiesto en sus manos. Ésta fue la flor que Noguchi identificó en su honor el día que comieron juntos en el restaurante Seiyoken hacía ya mucho tiempo.

Pero este descubrimiento molestó un tanto a Kazu. La atención de que dio muestra Noguchi al ponerse el día de las elecciones el traje que había encargado Kazu le emocionó hondamente, pero la orquídea no logró impresionarla. Sintió que las resecaas manos de él estaban realizando una especie de ardid concebido para ganársela, que se trataba de un artificio para impulsar una relación entre orquídeas manchadas de arrebol, las lejanas flores oprimidas en su recuerdo y la flor fresca de la misma especie ante sus ojos. Semejante coquetería en un hombre viejo y satisfecho de sí mismo parecía un intento de lograr un emparejamiento fácil de viejos recuerdos con el futuro, de mezclar

indiscriminadamente las heladas orquídeas de su memoria con la orquídea viva, y de hacer prisionera a Kazu de la guirnalda de melancolía que con tanto trabajo había tejido.

Se alzaron las defensas de Kazu, pero durante varias horas se comportó como si nada hubiera advertido. En su alcoba no olvidó, sin embargo, preguntarle: -¿Cómo llamaste a esta flor? Me dijiste su nombre en el Seiyoken.

Cuando remitió su habitual acceso de tos antes de dormir, Noguchi se dio la vuelta en la cama con un exagerado susurro de su colcha veraniega de batista y, con la nuca cubierta de pelo blanco vuelta hacia Kazu, replicó cansadamente:

—*Dendrobium*.

Llegó septiembre.

Kazu llamó por teléfono a Yamazaki y concertó con él una cita en el centro, la primera desde las

elecciones. Acordaron que se reunirían en la frutería Sembikiya, en Ginza.

Kazu, vestida con gasa de seda con un fino estampado, se abrió camino entre el gentío de Ginza. Por la calle paseaban grupos de jóvenes bronceados que acababan de regresar de sus lugares de veraneo. Kazu recordó la indecible agitación que experimentó cuando observó a los habitantes de Ginza desde la ventana de un quinto piso. Pero ahora la muchedumbre era sencillamente muchedumbre, sin relación alguna con ella. Nadie la reconocía, a pesar de los discursos pronunciados en todos los lugares de Tokio.

«Éstos son quienes estaban veraneando mientras nosotros sudábamos en la campaña electoral», pensó.

Sin embargo, a pesar de semejante amargura fugaz, no podía desembarazarse de una sensación de aislamiento entre ella misma y el gentío y de la

impresión de que todo su trabajo había carecido de significado. Los paseantes, elegantemente vestidos, se dirigían hacia los destinos elegidos, a donde les llevaba su capricho bajo el cálido sol. La muchedumbre se hallaba profundamente desprovista de lazos mutuos.

Kazu llegó al fin a la entrada de la frutería en donde había de reunirse con Yamazaki y admiró en el escaparate la frondosidad de las plantas de hojas relucientes y los raros frutos tropicales. Se dio cuenta de que la observaba una mujer de mediana edad, vestida de blanco y tocada con un blanco sombrero. Kazu, a su vez, contempló detenidamente el rostro de la mujer. Recordó sus finísimas cejas. Era la señora Tamaki.

La señora Tamaki le pidió disculpas por el largo lapso en su correspondencia e inmediatamente añadió:

—Jamás olvidaré todas las dificultades que le

causé entonces.

Las palabras le sonaron a Kazu como la expresión de un resentimiento hondamente arraigado. Las dos mujeres se hallaban ante un cajón de naranjas Sunkist y la afligida señora Tamaki, sin dejar de charlar durante todo el tiempo, quitaba uno por uno los envoltorios de color magenta, impresos con diminutos epígrafes en inglés, y examinaba las cáscaras de las naranjas que iba a comprar.

—¿Ha salido usted este verano? -preguntó.

—No -replicó Kazu, más bien indignada.

—Pues yo volví anteayer de Karuizawa. Hace tanto calor en Tokio.

—Sí, el verano se hace interminable.

Sólo entonces fue consciente la señora Tamaki del origen de la irritación en el tono de Kazu.

—Pero vine a Tokio para las elecciones. Y, naturalmente, voté al señor Noguchi. Qué vergüenza.

No podría haberlo sentido más si me hubiese sucedido a mí misma.

—Le agradezco mucho lo que dice -manifestó Kazu ante la evidente mentira de la señora Tamaki.

Tras mucho deliberar, la señora Tamaki escogió tres naranjas.

—Hasta las naranjas se han puesto caras en estos días. ¡Y pensar que en América prácticamente las tiran!

La señora Tamaki, como parte de su magnífica exhibición de esnobismo de signo contrario, ordenó deliberadamente a la dependienta que le envolviera solamente tres naranjas. Kazu dirigió una mirada al interior de la sala, preguntándose qué sería lo que habría demorado a Yamazaki, pero la única actividad era la de los ventiladores eléctricos que giraban sobre cierto número de mesas vacías.

—A mi marido le gustaban las naranjas -siguió

diciendo la señora Tamaki-. A veces se las ofrezco en el altar familiar. Por eso las he comprado hoy... ¿Sabe una cosa? De repente se me ha ocurrido que mi esposo, desde luego sin darse cuenta, desempeñó el papel de Cupido entre el señor Noguchi y usted.

—En ese caso, supongo que yo también tendré que ofrecerle algunas naranjas.

—No quería decir eso.

La propia Kazu no comprendía por qué estaba comportándose tan groseramente. Obedeciendo a un súbito impulso, hizo una seña a la vendedora con el abanico de sándalo que había estado empleando y le ordenó que le preparase una caja de regalo con dos docenas de naranjas. La señora Tamaki palideció un tanto y sus ojos, nerviosamente contraídos, observaron con ferocidad el rostro de Kazu mientras no dejaba de enjugarse el sudor de las mejillas con un pañuelo de encaje doblado.

La vendedora dispuso las dos docenas de

naranjas en una caja grande y la envolvió con un papel de regalo y una cinta rosa. Durante este tiempo las dos mujeres no intercambiaron una sola palabra. Kazu, mientras se abanicaba ligeramente, olía la intensa fragancia de las frutas que se imponía al aroma delicado del sándalo, y saboreaba el pleno sabor tonificante de este silencio. Kazu detestaba profundamente a la mujer que tenía ante ella. Su odio no conocía límites y el placer de aquel silencio le brindaba la mejor curación que había tenido para la depresión desde hacía largo tiempo.

La señora Tamaki parecía acorralada. Kazu adivinaba exactamente los cálculos que estaba haciendo su cerebro y aquello le proporcionaba un placer adicional. La señora Tamaki estaba pensando que si, cuando hubiese concluido el empaquetado, era intención de Kazu regalar las naranjas a otra persona, ella quedaría humillada por obra de sus infundados temores, pero que si, por otro lado, Kazu pretendió ofrecer las naranjas a la memoria del

embajador Tamaki, la señora Tamaki quedaría aún más humillada. Se sentía demasiado agitada para observar de un modo directo a la vendedora mientras ésta remataba el envoltorio con un lazo especialmente llamativo.

Por fin los ojos de la viuda se clavaron en los de Kazu. «¡Advenediza!», decían los ojos de la señora Tamaki. «¡Mentirosa!», decían los ojos de Kazu. Estaba segura de que cuando la señora Tamaki volviese a su casa mordisquearía voluptuosamente las tres naranjas de importación...

—Bueno, estoy segura de que nos veremos pronto. No se preocupe, haré que le envíen las naranjas. No quiero cargarla ahora con ellas. Por favor, ofrézcaselas al difunto -y, mientras hablaba, Kazu señalaba con su abanico la caja de naranjas, por fin envuelta.

—¡Verdaderamente! ¿Qué significa esto? ¡Qué cosa tan horrible! ¡Verdaderamente!

Todavía mascullando incoherencias, la señora Tamaki huyó a la calle inundada por la intensa luz de la tarde, con su paquetito bajo el brazo. La imagen de los tacones puntiagudos de sus zapatos blancos persistió en los ojos de Kazu mientras observaba alejarse aquella figura y tornó aún más deliciosa su satisfacción. Pensó que la señora Tamaki parecía un fugitivo zorro blanco.

Yamazaki entró en la tienda justamente después de que saliera la señora Tamaki. Aún conservaba de la campaña electoral su aire acosado.

—Llega usted tarde -dijo Kazu, con acento cordial, mientras se adentraban hacia la parte posterior del establecimiento.

Se sentaron en unas sillas y pidieron bebidas frías. La vendedora acudió para preguntar a dónde había que llevar las naranjas. Kazu, que no deseaba mencionar ante Yamazaki el nombre de la señora Tamaki, pidió la guía telefónica. Sus dedos

descendieron por la página hasta hallar la dirección de la señora Tamaki.

—Yo creí que ahora quedaban estrictamente vedados regalos tan extravagantes -comentó Yamazaki.

—No diga eso, se lo ruego. Necesito olvidarme de tanto: «Por favor, denos su voto» a todas horas.

Yamazaki no fue capaz de entender lo que decía. Cubrió la mirada insegura en su rostro con la toalla caliente que le trajo la camarera.

Kazu preguntó de un modo especial:

—¿Y qué va a pasar con el Setsugoan?

—Es toda una historia.

—Me imagino que tendrán que parcelarlo.

—Sí, no veo otra solución. Supone una diferencia de cuarenta o cincuenta millones... He hablado con muchos corredores de fincas y todos

llegan a la misma conclusión. Si vende la propiedad tal como está, lo más que podrá conseguir serán cien millones, y no encontrará inmediatamente un comprador. Un jardín y un edificio de esas dimensiones...

—¿Se incluyen en el precio los muebles?

—Claro. Pero si vende la propiedad en parcelas de trescientos cincuenta o setecientos metros cuadrados no le costará conseguir ciento cuarenta o ciento cincuenta millones. Está en buen sitio.

—Entonces, usted cree que debo parcelar, ¿no es cierto?

—Es una lástima, pero no tiene elección.

—Me siento demasiado aturdida para calificarlo de lástima o para decir cualquier otra cosa.

—Sí, ya lo sé, el jardín y los edificios constituyen un auténtico tesoro. Pero aun así... - Yamazaki observó de soslayo la cara de Kazu-. No

creo que pueda abrirlo de nuevo.

—No, eso está descartado. La propiedad tiene tres hipotecas por valor de ochenta y cinco millones de yenes y hay otro préstamo de siete millones sobre el mobiliario... No es una suma de dinero que pueda devolverse de un día para otro, aunque el restaurante haga negocio. Sólo han transcurrido cuatro meses y un poco más desde que lo cerré, pero en estos días a la gente no le cuesta mucho trabajo olvidar. Hay algo que no le he dicho, y es que en mi ausencia hubo un desfalco de tres millones de yenes. Eso es lo que usted llamaría frotar sal contra una herida, ¿verdad? ... En cualquier caso, resulta imposible volver a abrir el restaurante. Prometí solemnemente a mi marido que vendería el Setsugoan, y tras pedir su ayuda en las negociaciones, realmente no puedo echarme ahora atrás.

Yamazaki no podía contradecir esta admirable exposición de la situación.

—¿Qué puedo hacer ahora por usted? -preguntó, después de beberse de un trago el mosto helado.

—Nada en especial. Quería preguntarle acerca de la parcelación del Setsugoan y pensé en invitarla al cine para que se distrajera un poco.

—¿Ha dejado usted solo en casa al señor Noguchi?

—No. Hoy fue a una reunión de sus compañeros del bachillerato o algo por el estilo. Teme que, de no aparecer en público, la gente diga que es porque se avergüenza de haber perdido las elecciones. Me dio permiso para salir porque le dije que una antigua amiga iba a dar un recital. Tomé la precaución de enviar un regalo a su camerino, simplemente para asegurarme.

—¿Esas naranjas de hace un rato? -Yamazaki no había oído cuál era su destino.

—Sí, exactamente.

—Usted piensa en todo. ¿No es eso, señora Noguchi?

Intercambiaron miradas y se echaron a reír. Luego volvieron a hablar de cosas serias: la determinación tomada por Noguchi el mes anterior, después de pensarlo mucho, de liquidar sus asuntos. Había decidido vender su casa y todos los muebles, pagar sus deudas y luego mudarse a una casa alquilada, ya elegida, en un remoto lugar de una zona suburbana. La propiedad personal y tangible de Noguchi no era en manera alguna desdeñable, y junto con la casa y la tierra llegaría probablemente a quince o dieciséis millones de yenes. La subasta de bienes tendría lugar en el Setsugoan, ahora cerrado. Ya estaba en el restaurante la colección de lienzos, antigüedades y libros raros europeos.

—La subasta es pasado mañana, ¿verdad? - preguntó Yamazaki.

—Sí. Esperemos que no llueva.

—¿Qué diferencia supondría?

—Tendrán que realizar la subasta en el jardín, ¿no le parece? Usted debería saberlo, señor Yamazaki.

Pidieron un periódico vespertino y trataron de elegir una película que valiera la pena ver. Tendría que ser algo ligero y divertido, dado que su propósito consistía en distraerse. Lo malo era que a Kazu no le agradaba las comedias.

Kazu inclinó su cabeza sobre el periódico extendido ante ellos, rozando casi con su mejilla la de Yamazaki. Él observó con un sentimiento de agobio cómo sus dedos ensortijados descendían por las columnas impresas. «¿Qué soy yo para ella?», se preguntó. Sólo cuando se hallaba con un hombre al que no amaba podía comportarse Kazu como una sencilla amante, como una querida indolente; entonces era simple, caprichosa e incluso mostraba un toque rústico. Pero en presencia de un hombre al

que quisiera, la «naturalidad» de Kazu desaparecía. Indiscutiblemente, Yamazaki estaba viendo una Kazu por completo desconocida para Noguchi. Pero Yamazaki no tenía razón alguna para sentirse especialmente agradecido por aquel privilegio.

Sus esfuerzos por elegir una película adecuada acabaron verdaderamente cansándoles. Kazu dijo:

—Ya no siento ganas de ir a ver una película.

—No tiene ninguna obligación de ir. Ni merece la pena esforzarse tanto por conseguir una distracción. Ahora posee cosas en que ocuparse y que la distraigan, pero pronto se apoderará de usted un vacío frente al que nada podrá hacer. Un vacío tal que ni siquiera sentirá deseos de alzar un dedo para oponerse.

Así habló el experto en elecciones.

La subasta de las propiedades de Noguchi tuvo lugar dos días más tarde en el Setsugoan y se inició

por la mañana. Noguchi puso a la venta hasta el último de sus bienes.

Los enseres domésticos grandes fueron dispuestos sobre una alfombra extendida en el césped. Aquel día fue notablemente intensa la luz del sol. Era un día que parecía sugerir el retorno del verano. Un par de lechos sobre el césped llamaron la atención de los posibles compradores. Eran las camas gemelas en donde habían dormido hasta la noche anterior el señor y la señora Noguchi. A pesar de las colchas de damasco que las cubrían, creaban una impresión de crudeza, extrañamente patética. Las camas gemelas habían sido dispuestas en el centro del césped, al margen de los demás muebles. El damasco verde pálido brillaba con reflejos desagradablemente intensos bajo el sol luminoso del comienzo del otoño. Las camas, sin embargo, parecían hallarse de un modo curioso en su elemento en el centro del jardín, con la hierba tan crecida que olía como si fuese heno y el cielo azul visible entre

las filas de altos pinos, castaños y almezos. Alguien comentó procazmente:

—Esto está muy bien. Deberían dejar las camas aquí para siempre.

Cuando se aproximó el crepúsculo, las sombras de las ramas cayeron sobre las camas y las envolvieron los chirridos de las chicharras nocturnas.

## Una tumba en las nubes del ocaso

Nada asustó tanto a Kazu como la predicción de Yamazaki según la cual pronto sería presa de un vacío contra el que ni siquiera querría alzar un dedo. ¿Cuándo sobrevendría? ¿Diez días después? ¿Mañana? ¿O quizás había llegado ya, pero ella aún no lo había advertido?

El pensamiento indujo en Kazu una indescriptible fatiga. No tenía confianza en que pudiera soportar el anunciado vacío. Cierto era que a lo largo de su vida había experimentado la sensación de vacío en diversas ocasiones, pero tenía la premonición de que esta vez llegaría en una escala incomparablemente más vasta que antes. De diversas maneras, trató de concebir los rasgos de ese monstruo, pero su imagen no alcanzaba a algo que nunca había visto. Por terrible que un rostro

fuera, hubiese preferido al menos que lo tuviese, porque era posible que el monstruo no tuviese cara.

Sus experiencias durante las elecciones habían abierto los ojos de Kazu a su propia naturaleza. Se había operado la disección del ego en el que ella creía antes sólo vagamente, y muchas características precisas resultaban ahora claras: cuán fuerte era esta parte, cuán débil aquélla, cuánta paciencia podía mostrar bajo determinadas circunstancias, cuánto se inclinaba en una determinada dirección. Y ahora sabía que ya no podría soportar ninguna forma de vacío. Plenas, aunque fuesen trágicas, las circunstancias eran preferibles a un vacío. Kazu prefería con mucho a un vacío el viento septentrional que desgarrara su cuerpo.

Pero durante aquellas molestas deliberaciones, letras doradas seguían reluciendo constantemente en su cabeza y diciéndole: «Reabre el Setsugoan». El proyecto era desesperado, imposible, desde luego, y no había medio de alterar la situación. Kazu era muy

consciente de ese hecho. Sin embargo, ese conocimiento no impedía que sus ojos se sintieran de continuo atraídos al pequeño sol, que relucía como si de plata fuese en un rincón del cielo cubierto. La imposibilidad era la fuente de su resplandor. Brillaba. Colgaba espléndidamente del cielo. Por mucho que ella apartara los ojos, retornarían de nuevo a su resplandor por obra de su imposibilidad. Y una vez que su mirada llegaba hasta allá, todo lo demás se le antojaba sólo oscuridad.

Durante días Kazu equilibró en su mente el vacío anunciado contra la reapertura imposible. Era famosa por la rapidez de sus decisiones, pero no podía decidir entre estas dos alternativas extraordinariamente vagas e informes. ¿De qué podría servirle en semejante trance consultar incluso a un astrólogo de confianza?

Trató de analizar tan cuidadosamente como pudo lo sucedido en los meses que siguieron a la

campana. Comprendió que el Partido Conservador no había ganado por obra de sus principios políticos. Tampoco había vencido por su lógica, sus elevados sentimientos o la superioridad de su candidato. Noguchi era indiscutiblemente un hombre espléndido, su lógica resultaba impecable y poseía nobles sentimientos. El Partido Conservador había ganado enteramente gracias a su dinero.

Ésta era, desde luego, una cruda lección. Kazu no había arrojado todas sus energías a las elecciones para que se la enseñaran. En Kazu no era especialmente algo nuevo una creencia en la omnipotencia del dinero. Pero cuando ella empleó su dinero, puso al menos su corazón y sus oraciones, mientras que el dinero de sus adversarios avanzó como un robot, pisoteándolo todo a su paso. La conclusión a la que Kazu llegó no era tanto de pesar por el hecho de que su dinero hubiese sido insuficiente, como de pesar por el hecho de que su corazón y la lógica de Noguchi se hubieran

desperdiciado. Pesar de que hubiese sido inútil todo aquello en que Kazu creyó durante las campañas a las que consagró su corazón y su alma: lágrimas humanas, sonrisas, risas cordiales, el calor de la carne.

Esta conclusión fue para ella casi como un choc físico e hizo que perdiera la fe en sus lágrimas y en la magia de sus sonrisas. En la antigua sociedad en la que creció Kazu se daba comúnmente por supuesto que los atractivos de una mujer constituían un arma poderosa que podía conquistar el dinero y la autoridad, pero a la luz de sus experiencias durante las elecciones, semejante creencia parecía ahora a Kazu no más que un mito lejano. Ésta era la brutal evaluación de las elecciones por parte de Kazu: la «feminidad» había sido derrotada por el «dinero». Era lo opuesto a la clara victoria de la carne cuando una mujer abandona a su amante indigente para entregarse a un hombre rico al que no ama.

A los ojos de Kazu, la derrota de Noguchi se reflejaba como un corolario natural de este principio: el «hombre» Noguchi había sido vencido por el «dinero».

Kazu sintió odio e indignación respecto de esta fuerza que había demostrado tan implacablemente la ineficacia de la lógica, de los sentimientos, de los atractivos físicos y de todo lo demás, pero pronto percibió también que este callejón sin salida en su mente se hallaba inseparablemente ligado a la imposibilidad de reabrir el Setsugoan. Hasta los últimos días de la campaña mantuvo viva dentro de sí una creencia en el poder de los milagros para trocar lo imposible en posible. Ahora estaba ya muerta. Podría, desde luego, haberse dicho que su confianza en un milagro final de la campaña electoral era una confianza en la propia política, pero la política no había respondido a esta confianza y a su vez Kazu había perdido por completo su confianza mística en la política.

Pero si tales razones bastaban para que Kazu deseperara de la política, significaba eso que, como Noguchi, ella pensaba que la lógica, los sentimientos y los encantos personales constituían toda la política. Después de todo, sólo estos tres factores se habían revelado ineficaces. Y se le ocurrió pensar que si la política le había proporcionado el valor de esperar un milagro cuando en torno de ella la situación parecía virtualmente desesperada, cabía cuando menos deseperar de la política, fueran cuales fuesen sus resultados.

La consecuencia de pensar en tales términos fue el hecho de que repentinamente se transfigurara para Kazu el significado de la política.

Sus esfuerzos habían demostrado ser así profundamente vanos, pero si prescindía de lo que estaba condenado a ser fútil y basaba enteramente su confianza en los milagros, quizás lo imposible se tornara posible y la política vendría de nuevo en su

ayuda. Tal vez en el terreno de la política fuesen la misma cosa la brillante confianza en los milagros que había encendido sus ideales y los esfuerzos por lograr milagros que habían requerido el realismo.

Quizás no fuera imposible la reapertura del Setsugoan.

Entre estas reflexiones, la mente de Kazu incubó un espléndido descubrimiento político: «El Partido Conservador ganó con su dinero. Por eso me enfrento ahora con la pérdida del Setsugoan. Es justo que me compense el dinero del Partido Conservador».

Ésta fue verdaderamente una revelación valiosa.

Kazu eligió un momento en que su marido no estaba en la casa para llamar por teléfono a la residencia de In Sawamura en Kamakura. Sawamura, una figura monumental entre las fuerzas del conservadurismo japonés, había sido primer ministro en diferentes ocasiones. Kazu conocía de

antiguo a la concubina de Sawamura.

Muy a su pesar, el corazón de Kazu latía con fuerza cuando marcó el número del teléfono. Entonces, y por vez primera (aunque ella misma no lo comprendiera), Kazu se aproximó a la esencia de la política, la perfidia.

La familia Sawamura había estado constituida, a lo largo de las generaciones, por adoradores de la diosa Benzaiten, y en deferencia a esta diosa virgen, sobremanera celosa, In Sawamura jamás se casó. Tomó como concubina a una geisha llamada Umeme y para mantener las apariencias le trataba exactamente como si fuera una criada. Umeme jamás comparecía en público o formulaba una palabra en presencia de invitados. Al referirse al hombre que era de hecho su marido, decía: «Su Excelencia».

Umeme respondió con completa naturalidad a la petición de una cita por parte de Kazu.

—Estoy segura de que Su Excelencia se

complacerá en verte, pero me informaré primero acerca de sus compromisos.

Al final se concertó una cita para las once de la mañana del 15 de septiembre. Esta cita ya no podría modificarse.

Al día siguiente Kazu supo que Noguchi había fijado el 15 de septiembre para la mudanza a la casa alquilada en Koganei. Se quedó sin habla ante este extraordinario golpe de mala suerte. Estaba segura de que si solicitaba un aplazamiento de la cita, Sawamura no le concedería otra. Trató desesperadamente de pensar cómo podría escapar el día de la mudanza. Era evidente que un ama de casa debe hallarse presente en una ocasión semejante. La fecha de la mudanza había sido determinada exclusivamente por Noguchi; como de costumbre, no consideró necesario consultar la cuestión con su mujer. La alteración de la fecha era algo que superaba a las posibilidades de Kazu.

De nuevo sintió Kazu cómo dentro de ella surgía la fuerza para tomar decisiones temerarias. El día antes de la mudanza regresó al Setsugoan, alegando que tenía varias cosas que arreglar. Se quejó entonces de un fuerte dolor de cabeza, hizo venir a un médico de la vecindad y le convenció de que llamara por teléfono a la casa de Noguchi para declarar por sí mismo la conveniencia de que pasase la noche en el Setsugoan. A primeras horas de la mañana siguiente el médico fue llamado de nuevo y otra vez le convenció para que llamara por teléfono a Noguchi, esta vez con el siguiente mensaje: «No hay que pensar siquiera en que pueda ayudar a la mudanza de hoy. Tiene que reposar hasta la noche».

Kazu se desembarazó a toda prisa del médico, luego envió a las dos criadas jóvenes para que participaran en la mudanza, quedándose con su criada de más confianza. Se levantó de su lecho de enferma con notable vigor. La criada, comprendiendo la situación, dispuso los vestidos

que llevaría Kazu. El kimono estaba confeccionado con un crespón sin forro, teñido en tonos de sepia con un dibujo de primulas en los bordes. El obi tenía un bordado de insectos en verde y plata sobre un fondo blanco. Kazu se desnudó hasta la cintura y empezó a arreglarse a la temprana luz matinal. La criada permanecía atenta a su lado. Kazu no necesitaba decirle nada; un pestañeo de sus ojos reflejado en el espejo bastaba para que la criada le proporcionase lo que fuera necesario. La criada percibía que la importante tarea de la propietaria aquella mañana decidiría su futuro.

Los espléndidos hombros y senos de Kazu no habían perdido nada de su belleza, a pesar de todos los afanes del verano. Pero el cuello tostado, que emergía con un color castaño ligero, como una flor ajada, de la nivea blancura de la piel de abajo, revelaba los efectos de la campaña electoral. La luz del sol, que chocaba con la superficie del espejo, aún conservaba parte de la fuerza del verano, pero

los blancos hombros y senos de Kazu eran una fortaleza de hielo. La blancura tersa y colmada repelía la luz, evocando que ocultaba dentro un frío y oscuro refugio veraniego.

No era nada sorprendente que la piel de Kazu apenas diese indicio alguno de su edad. Parecía haberse deslizado suavemente a través de los duros grilletes del tiempo. Esa piel flexible, que ocultaba viveza y astucia bajo su habitual serenidad, poseía una tersa arrogancia, como leche que llenara un jarro hasta los bordes. Los poros extremadamente finos parecían extenderse complacientes bajo el sol matinal, proporcionando a la piel un tono más en sazón que nunca.

—¡Qué piel tan maravillosa tiene! -dijo la criada-. ¡Hasta a una mujer le darían ganas de pellizcarla!

—No tengo tiempo para cumplidos -replicó Kazu.

En su corazón permitía y aceptaba esa alabanza, pero sus ojos se hallaban dirigidos hacia el espejo con una intensidad próxima a la ferocidad. Mojó su piel con colonia, hizo que la criada se la aplicara bajo la nuca y luego se echó polvos encima. Empleó un maquillaje de fondo para difuminar la línea excesivamente destacada de su tostado. Jamás se había dedicado Kazu con tanta concentración y esfuerzo a la tarea de embellecerse y jamás había tenido tan poco tiempo para esos cuidados.

—El coche está dispuesto para cuando yo quiera. ¿No es cierto?

—Sí, señora.

Pero cuando empezó a vestirse, Kazu ordenó a la criada que fuese a buscar al chófer. El joven llegó al corredor que se extendía al otro lado del pasillo y junto a la puerta puso una rodilla en tierra. La propietaria del Setsugoan, afanada en atarse el ceñidor interior, miró con dureza al chófer.

—No dirás a nadie a dónde vamos hoy. ¿Lo entiendes? Si alguien se entera, no quiero ni pensarlo. Sea quien fuere el que te lo pregunte, ¡ay de ti si se lo dices!

Aquella tarde Kazu regresó al Setsugoan de extraordinario buen humor. Cuando empezaba a despedirse en casa de Sawamura, se le apremió a que se quedara a comer, y aquel anciano tan difícil de complacer había almorzado con ella. Kazu se lo contó todo a su criada de confianza. Se dio un baño rápido para desembarazarse de los polvos de talco. Luego se puso un kimono más modesto y partió inmediatamente para la nueva casa de Koganei.

Noguchi no formuló comentario alguno. Se limitó a inquirir sumariamente acerca de su estado y no escuchó la respuesta con gran atención.

Ver cómo progresaba la mudanza fue suficiente para inspirar a Kazu nuevas ideas acerca de la frialdad del mundo. El Partido Radical sólo había

enviado dos empleados y no había por parte alguna rastro de los jóvenes que iban entusiasmados tras Noguchi durante la campaña electoral. Allí estaba Yamazaki, trasladando torpemente un servicio de té. La ayuda se complementaba solamente con la prestada por el muchacho y las dos criadas del Setsugoan.

La casa se alzaba frente al terraplén de Koganei, no lejos de la estación de Hara-Koganei, en la línea electrificada de Seibu. La carretera asfaltada que corría al otro lado del canal era la de Itsukaichi. La carretera de esta orilla se hallaba sin asfaltar. La hierba que cubría el terraplén y los setos alzados ante las casas blanqueaban de polvo.

La nueva casa tenía siete habitaciones y un jardín bastante grande, pero era de construcción barata y retemblaba cada vez que pasaba un camión por delante. La puerta del jardín se abría entre dos árboles allí crecidos y dentro se alzaban también, entre otros, un sauce, un cedro y un palmito.

Hacia la tarde siguiente, la casa estaba ya en orden suficiente para que el señor y la señora Noguchi dieran su primer paseo. Caminaron durante cierto tiempo canal arriba, por un sendero del terraplén cubierto de maleza.

Los únicos recuerdos de Kazu en relación con un lugar tan campestre se remontaban a los lejanos días de su primera juventud. El tráfico era muy denso en la carretera de Itsukaichi, pero, aparte de algún que otro camión o alguna bicicleta, no veían en esta orilla nada que se pareciera a un coche, y, naturalmente, no encontraron a ninguno por el sendero. Por vez primera en años, Kazu reparó en cuán huecos parecen de día los ladridos de un perro.

El sendero bullía con los chirridos de muy diferentes clases de insectos. Las grandes masas de cortaderias habían granado ya y sus plumeros, elegantemente inclinados, brillaban plateados. Los bambúes herbáceos y los altos matorrales, sólo

cubiertos de polvo en el costado que daba a la carretera inferior, evocaban un exquisito trabajo en estuco, pero las plantas de lo alto del terraplén aparecían frescas y verdes. La hierba que bordeaba el sendero bajo los cerezos crecía silvestre y cabía imaginar los vapores bochornosos que se alzarían del herbazal en verano. La hierba era por allí tan espesa que no podían distinguir la superficie del canal. Los castaños y los árboles de campanillas de seda tendían sus ramas por encima de la vía de agua. Aquí y allá se entrecruzaban las ramas de las dos orillas y las enredaderas se aferraban en torno de las ramas. Todo lo que podían oír era el alegre susurro del agua por abajo. Sí hubieran deseado verla, tendrían que haberse aproximado al mismo borde cubierto de hierba, con riesgo de caer al canal.

El sendero era demasiado estrecho para que pudieran caminar juntos. Por esa razón iba delante Noguchi. Había subastado incluso su bastón de franchipán y empleaba un garrote de cerezo para

apartar los hierbajos que hallaba en su camino. Kazu advirtió que el pelo de la nuca de Noguchi se había tornado completamente blanco. Sus hombros marchitos, tal vez esto sólo fuese obra de su imaginación, habían perdido dignidad y la parte posterior de su camisa gris evocaba a un caballero anciano y jubilado.

Pero Kazu era consciente de la deliberada simulación de Noguchi. Trataba él de desempeñar a propósito el papel del caballero anciano y jubilado. El hecho de que no hubiese inquirido seriamente acerca de la ausencia de Kazu el día anterior, su blando buen humor durante la confusión de la mudanza, cuando por lo común se habría dejado llevar por la cólera, así como otros indicios, revelaban la nueva postura de Noguchi. En su tentativa de disfrutar de su ocio, tras haber perdido todo lo demás, buscaba las semillas del placer en cada suerte de cosas. Pero no las hallaría tan pronto. En consecuencia, la cordialidad actual de Noguchi

poseía algo solemne y revestido de elevados principios, como un reflejo de su antiguo código de conducta.

Cuando, por ejemplo, iniciaron aquel paseo, Noguchi alabó la claridad del aire de las zonas suburbanas y pronunció las palabras: «¡Ah, esto es realmente agradable!», nada menos que tres veces, bien es verdad que en cada ocasión con un acento un tanto distinto.

Una vez que Noguchi concentraba su mente en un objetivo definido, no descansaba hasta haber acomodado e integrado consecuentemente todas las demás cosas. Creía que promoverían su buen talante de elevados principios, que todo le prestaría fuerza. O así lo soñaba. Un hombre con aspiraciones políticas tiene rivales, pero no cabía esperar que los tuviera un hombre con aspiraciones poéticas... Aún reinaba una falta de armonía. Todavía quedaban muchas cosas por acomodar. Pero ahora todo se purificaría, progresaría hacia la armonía y se guiaría

hasta el «sosiego de la cima» de la *Canción nocturna del vagabundo*, de Goethe.

Kazu caminaba con los ojos bajos. Reparó en fragmentos de botellas verdes de bebidas gaseosas y de botellas pardas de cerveza, profundamente incrustados en el suelo del sendero. Barridos por el viento y la lluvia, se hallaban ahora encajados con firmeza y parecían estar allí desde hacía mucho tiempo. Kazu dijo:

—Aquí tiene que haber bastante jarana cuando florecen los cerezos.

Sus palabras quebraron el hechizo de las ensoñaciones de Noguchi. Pero tenía una respuesta cuidadosamente preparada. Replicó de buen talante:

—No, creo que no habrá mucho de eso por aquí. Estos cerezos son ya muy viejos y no están bien cuidados. La floración no puede ser muy impresionante. Todos los que quieren divertirse, me han dicho, se congregan en torno de los cerezos del

parque de Koganei. No nos molestarán. Así me lo ha asegurado Yamazaki.

—Me alegra saberlo.

A través de las palabras de Kazu, se percibía un cierto pesar. Ella misma era sólo a medias consciente de la causa de aquel pesar. Kazu soñaba con el gentío.

Noguchi se detuvo bajo un cerezo e introdujo su bastón en los húmedos huecos del tronco.

—Mira -observó-, no pasará mucho tiempo antes de que éste, podrido, se haga pedazos.

Su gesto vivaz con el bastón acentuó aún más su avanzada edad. Kazu se estremeció al ver que sus cejas, como desgastadas escobas, arrojaban sombras sobre la amable sonrisa de sus ojos.

Las palabras de Noguchi, pronunciadas con su tan forzada cordialidad, punzaron una tras otra el corazón de Kazu como transparentes fibras de

vidrio. En realidad, se sentía incómoda por el hecho de que no se le hubiera censurado lo que hizo el día anterior.

Veinticuatro horas antes había acudido a In Sawamura con un libro de suscripciones para la reapertura del Setsugoan. Conforme a su modo habitual, Kazu formuló su petición en dos niveles. Primeramente solicitó con apresuramiento de Sawamura que empleara su influencia en convencer a los actuales ministros de Hacienda y de Comercio e Industria para que aprobaran disposiciones especiales que le permitieran recibir un préstamo. Tras una breve consideración del asunto, Sawamura replicó que le resultaría difícil y que, habida cuenta de las circunstancias, una gestión tan audaz no podría beneficiar en ningún caso a Kazu.

Rechazada en esta primera instancia, Kazu pasó a la segunda. Sacó el libro de suscripciones y le rogó que firmara. Le dijo que si Sawamura encabezaba la lista, nadie se negaría a apuntarse.

Con una sonrisa sardónica, Sawamura se disculpó por no poder hacer, en su calidad de jubilado, más que una aportación simbólica. Encargó a Umeme que le preparase un poco de tinta china y luego escribió con un pincel que sostenía su espléndida mano: «Diez mil yenes. In Sawamura».

Cabía suponer que hasta entonces nadie sabía aquello. Una vez que hubiera circulado la lista de suscripciones entre las diferentes personas que sugirió Sawamura, el Primer Ministro Saeki, Genki Nagayama y muchos otros hombres del mundo de las finanzas, el secreto sería descubierto, claro está, pero por el momento era inconcebible que Noguchi pudiera haber oído algo.

En cuanto Kazu consiguió en su libro la firma de Sawamura, aquel éxito inesperado hizo estallar en llamas su corazón. Una vez más, sus energías se extendían en todas las direcciones como un fuego en la llanura y sentía un júbilo incomparable. Lo único que le había preocupado desde la noche anterior era

el modo de ocultar su júbilo. Kazu decidió finalmente hacer que su cuerpo se doblegara ante su voluntad, como un felino que refrena sus excesivas energías; y, aun manifestando un módico buen talante, la cantidad adecuada para que se correspondiera con la recién hallada felicidad de su marido, haría cuanto le fuese posible por mantener una expresión sombría. Mas este esfuerzo antinatural excitó innecesariamente sus nervios... Kazu pensó que la sensibilidad de sus nervios era lo que explicaba sus vagas aprensiones respecto de la generosidad de Noguchi.

Pero la idea de que Noguchi nada sabía hacía parecer indeciblemente solitaria y trágica aquella figura que paseaba envuelta en su camisa gris y con el bastón en alto; a Kazu se le antojó que se sentiría muy aliviada si él lo averiguaba. No era suficientemente consciente de haber cometido un delito por el que deseara castigarse a sí misma. Al mismo tiempo, esperaba poco de la comprensión de

Noguchi.

¡Mira! -dijo Noguchi, deteniéndose de nuevo y señalando con su bastón la orilla opuesta-. ¡Imagínate, todavía existe algo como eso, un puesto de té! Parece algo fuera de lugar. ¿No lo crees así?

Kazu miró y vio en la otra orilla, frente a la carretera, un anticuado tenderete, mezcla de puesto de té y de restaurante de comidas rápidas. Bajo su alero inclinado había una puerta con un anuncio. Su parte superior era de cristal y de allí colgaban abigarradas tiras de papel. Ante la puerta se extendía una alfombra roja. En grandes caracteres, se anunciaba: «Panaché de verduras», «Albóndigas», etc.

—¡Qué pintoresco! -dijo Kazu, con una admiración exagerada.

Empezó a caminar sobre la hierba, cubierta de espesas y fuertes telarañas, pero Noguchi las barrió prestamente con la punta de su bastón. Las telarañas

se enredaron en el bastón ligeramente alzado; cuando los oblicuos rayos del sol las iluminaron, un centelleo delicado se difundió lentamente en el aire.

Kazu fue incapaz de mantener por más tiempo aquel pesado silencio. Estalló con una sugerencia por completo innecesaria:

—Mira, es una casa muy tranquila y muy cómoda, pero creo que al menos deberíamos arreglar el cuarto de baño. Ya sé que es una casa alquilada, pero vamos a vivir allí mucho tiempo.

—Yo estaba pensando lo mismo -dijo Noguchi, con expresión satisfecha-. Sería magnífico tener un baño que me aguardase cuando vuelva de jugar al golf.

—¿Al golf? Ah, sí, tú me dijiste que solías jugar hace muchísimo tiempo, cuando vivías en el extranjero... ¿Pero cómo conseguirás los palos?

—He estado pensando que, una vez que mi vida

se acomode ya a una rutina, buscaré en las tiendas de segunda mano y escogeré un juego, barato desde luego. Empezaré de nuevo. Me vino esta idea por tener tan cerca el campo de golf de Koganei. Invitaré a mis antiguos amigos y de vez en cuando a algunos amigos extranjeros...

—Es una magnífica idea. Sí, confío en que puedas volver a jugar al golf. Te hará muchísimo bien. He estado pensando que después de los terribles esfuerzos de este verano, lo peor para tu salud sería que de repente dejaras de hacer todo tipo de ejercicio.

Kazu dio la bienvenida al proyecto con un placer sincero. Su marido tendría que moverse un poco.

Llegaron al primer puente sobre el canal. Apoyados en el tubo de hierro que servía de barandilla en ese puentecillo sin pretensiones, dirigieron la vista hacia abajo, a través de las ramas entrelazadas y envueltas en la hojarasca, y vieron

por vez primera el canal. El agua fluía con bastante rapidez, moteada en su superficie por la luz que se filtraba entre las hojas de los castaños.

—Es como un obi de lamé -dijo Kazu-, aunque no sea ésa una moda que me guste especialmente.

Noguchi añadió:

—Es la primera vez que veo el agua desde que estamos aquí.

Pronto retornaron cuesta arriba al terraplén y, vueltos los rostros hacia el sol poniente, prosiguieron su camino aguas arriba.

Mientras intercambiaban tales observaciones, Kazu comprendió que sus propios ojos estaban observando ahora la escena desde una gran altura. Podía distinguir allá abajo dos minúsculas figuras: un par de viejos que caminaban a lo largo del terraplén. Relucía el blanco pelo de Noguchi, relucían las cuentas de coral del ganchudo alfiler de

Kazu y de vez en cuando, al blandir Noguchi su bastón, también éste despedía un ligero destello de luz. Las emociones de la vieja pareja eran transparentes, rebosaban de melancolía; estaban colmadas de la soledad humana. No admitían en su seno ningún elemento extraño.

Pero examinar las cosas de esta manera también era, naturalmente, para Kazu un medio de autodefensa. De no obrar así, su existencia cobraría un filo tan cortante que con seguridad se heriría ella misma y heriría a su marido; a menos de que pudiera ver todo desde una altura, esta emotiva imagen de una pareja, de edad ya avanzada, que había salido a dar un melancólico paseo se trocaría de repente en una visión demasiado horrible para soportar su contemplación.

Era evidente que Noguchi disfrutaba con cada momento de este sereno paseo. Los signos de su placer se revelaban en su compostura, en sus ojos, cuando de vez en cuando alzaba la mirada al cielo;

en su andar, en su modo de hacer oscilar el bastón. Pero ella podía advertir en su placer una cualidad excluyente y obstinada. La existencia de Kazu no parecía en absoluto indispensable. Mientras caminaba tras Noguchi, pensó que debía otorgarle la simpatía de una persona que observa a hurtadillas, por encima del hombro del artista, la imagen que éste pinta en el lienzo. Ahora carecía ella incluso de justificación para molestar a Noguchi. No debía alterar sus pensamientos.

La simpatía de Kazu se extendía a cada instante iluminada por el sol vespertino del final del otoño. Podía entender que Noguchi, consciente también él de que no se le brindaría por segunda vez una disposición mental tan bien ordenada y serena, habría de tratar desesperadamente de preservar esta serenidad. Kazu no sentía deseo de destruirla ahora. Carecía de razón para negar que cada sucesivo momento, aunque fuese una impostura, estaba creando una imagen de un género de felicidad.

Vieron cómo los rayos del sol, penetrando oblicuamente en un bosquecillo de altos cedros japoneses a la izquierda de la carretera, obligaban a enroscarse entre los troncos una misteriosa y dorada neblina. Pasó un camión y levantó una inmensa polvareda. El polvo se perdió entre los cedros japoneses y de nuevo tornó la serena y dorada neblina.

Mientras caminaban, vieron al sol descender espléndidamente en el cielo que se extendía ante ellos. Aquí y allá las nubes del ocaso tiñeron el bosque con colores como los de las verduras frescas. Las nubes vespertinas brillaban vivazmente, pero entre su flamear había un jirón de nube que contenía los colores de la oscuridad. Kazu reconoció en este fragmento de un gris sombrío la forma de una lápida sepulcral, la lápida de la familia Noguchi.

Por extraño que fuese, la visión familiar de aquella lápida sepulcral, que siempre conmovía el

corazón de Kazu, no evocó en ella entonces agitación alguna.

Pensó de un modo vago que sería su tumba, pero observó impávida cómo la nube se alejaba, informe, en el aire. La lápida sepulcral cayó, se desplomó, se disolvió... Y de repente, las brillantes nubes del ocaso que la rodeaban se tornaron del color de la ceniza.

## Después del banquete

En octubre Noguchi recibió una invitación a cenar de los viejos amigos con quienes había acudido a la ceremonia del Omizutori en Nara. Kazu no fue invitada.

Se reunieron los habituales en una espaciosa sala desde la que se dominaba el río Sumida. Era un establecimiento de geishas en Yanagibashi. Sin duda, el mismo periódico que había costado el viaje a Nara corría también esta vez con los gastos. El periodista octogenario se sentó en el lugar de honor. Noguchi, el empresario de prensa y el cronista bursátil constituían el resto de la partida.

A mitad de la cena, Noguchi se levantó para ir al lavabo y el anciano le siguió. Una geisha empezó a llevarle de la mano, pero él la rechazó con firmeza.

Detuvo a Noguchi en un rincón del vestíbulo y le dijo:

—Quizás usted ya lo sepa, Noguchi, pero los demás decidieron que teníamos que contárselo a usted por si no lo sabía. Por ser el más viejo, recayó sobre mí esta desagradable tarea. En realidad, es difícil saber cómo empezar -titubeó el anciano-, pero recientemente su esposa ha hecho circular entre diversas personas del Gobierno y del mundo financiero un libro de suscripciones para la reapertura del Setsugoan. Creo que In Sawamura fue el primero a quien recurrió y como consecuencia, al parecer, ha recogido muchísimo dinero. Supongo que ya estará enterado.

—No, es la primera vez que lo oigo -dijo Noguchi, interrumpiéndole precipitadamente.

Cuando regresó a la sala, la congoja de Noguchi fue claramente apreciada por los demás. Les bastó observar por un instante su expresión y

comprendieron que el anciano periodista le había dado la noticia y que Noguchi nada sabía. Con la amabilidad que le trataron, pusieron de relieve su simpatía por Noguchi. Estos hombres eran suficientemente refinados para lograr una tan difícil y delicada expresión de amistad. Pero su delicadeza hirió aún más a Noguchi. Se marchó tras excusarse. Cuando regresó a su casa, se enteró del mensaje que se le había dejado: Kazu pasaría aquella noche en el Setsugoan. No había regresado a la residencia de Koganei.

Mientras Noguchi se hallaba en Yanagibashi, Kazu veía a Genki Nagayama en Alcasaka.

Cuando requirió ella una entrevista, Nagayama respondió de un modo ligero, obviamente muy al tanto de todo.

—Supongo -le dijo- que se trata de tu libro de suscripciones.

Kazu sugirió que se reunieran en su «despacho»,

pero él insistió en preferir un restaurante caro de Akasaka. A Kazu le molestaba reunirse con Nagayama en aquel restaurante, que dirigía una conocida, pero al final fue. Llegó puntual y hubo de aguardar media hora.

Mientras Kazu esperaba, la propietaria hizo varios intentos de entablar conversación, lo que constituyó una tortura para Kazu. Aquella mujer de edad había oído rumores acerca de la reapertura del Setsugoan y quería que Kazu supiera que estaba completamente de su lado. La animó, además:

—Fue muy inteligente por su parte conseguir la firma del señor Sawamura. No habría llegado muy lejos sin eso. Ha pasado usted por una época difícil, señora Noguchi, pero verá cómo ahora prospera de nuevo.

La propietaria se brindó solícita a presentar a Kazu una adivinadora cuyas predicciones eran sorprendentemente exactas. Le dijo que le sería de

ayuda en su negocio. Kazu aceptó la oferta sin entusiasmo. Temía, en realidad, una predicción desfavorable al comienzo mismo, pero, sobre todo, Kazu sentía ahora sólo fe en su propia actividad sin la ayuda de nadie.

Oyeron ruidos que procedían del extremo más lejano del pasillo. La propietaria se puso de pie de un salto y gritó con una voz de ensordecedora claridad:

—¡Estamos cansadas de aguardar! ¡No debe hacer nunca esperar a una señora!

Pudo oírse la voz de Nagayama, indiferente, como siempre, a todo lo que le rodeaba.

—No es una señora. Esa querida dama es compinche mía.

—¡Qué manera de hablar!

Kazu, formalmente sentada, tembló un tanto de aprensión. Se sentía de nuevo envuelta en ese tipo de

bromas, en ese tipo de excesiva familiaridad, en ese tipo de despreocupados malos modales. Por mucho que los repudiara, la realidad es que estaba sentada allí. Nagayama jamás había intentado tratarla como esposa de un exministro.

Kazu se sentía ahora más próxima a la política que cuando se hallaba sumida en el torbellino de una dura campaña electoral. Rodeada por bromas tales, por burlas cordiales, por la risa de las mujeres, por la fragancia del incienso que se alzaba en el tokinoma, por toda esta cadena de circunstancias, captaba ahora primordialmente la política con sus cinco sentidos. Sólo en semejante atmósfera podía la política revelar su verdadero rostro y obrar milagros.

Genki Nagayama irrumpió en la estancia a grandes zancadas. Saludó a Kazu con una afabilidad sincera y después se sentó frente a ella al otro lado de la mesa.

Kazu, que había conservado la rigidez de su postura, observó con gesto de dureza el rostro feo de aquel viejo. Su enrojecido cutis denotaba una agria abundancia de energía y daba la impresión de carne disputando con carne. Sus ojos, afirmados entre capas de pesadas arrugas, miraban de un modo descarnado, como si no existieran tales arrugas. Tras sus labios enormes y gruesos resonaban tenuemente las blancas filas de dientes de una dentadura postiza que debía ser completa.

Kazu clavó sus ojos en aquel rostro y pronunció la palabra:

—¡Malvado!

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? - preguntó Nagayama, al tiempo que sonreía.

—¡Cobarde! ¡Monstruo! El peor de todos, ése eres tú. Ese asqueroso folleto, *La vida de la señora de Yuken Noguchi...*, tú estabas tras eso, no trates de negarlo. No te queda ni la más ligera decencia.

Hiedes más que un gusano en una letrina. Eres lo más bajo de la especie humana. Un pozo negro atorado de cosas tan sucias que jamás podría imaginar ninguna persona normal. No puedo entender cómo has conseguido seguir viviendo sin matarte. Creo que aunque te hiciera mil pedazos no me sentiría satisfecha del todo.

Al tiempo que hablaba, Kazu se excitaba más y más. Sentía la impresión de que sus palabras le empujaban. La sangre había afluido a su cara, su boca se había tornado seca y las lágrimas brotaban a raudales de sus ojos encolerizados. Sollozaba histéricamente mientras daba rienda suelta a su furia. Su mano golpeaba con tal fuerza la mesa que hubiera podido romper la turquesa de su sortija. Desde luego, nada le importaría que se quebrara esa piedra. Kazu jamás llevaba su sortija de brillantes cuando sacaba su libro de suscripciones.

Nagayama escuchaba y ocasionalmente la interrumpía con un «¿Sí?». Pero luego, y de un modo

incomprensible, sus ojos se enturbiaron de lágrimas que corrieron por sus mejillas salvando las gruesas arrugas.

—Sí, lo entiendo -dijo, con una voz ronca-.  
Prosigue. Dilo todo.

Cerró sus puños, cubiertos de un pelo rojizo, y se enjugó los ojos. Su voz grave era ahora dulce, como la de una niñera tratando de calmar a un bebé en su cuna. Los labios de aquel hombre viejo y feo profirieron estas palabras:

—Lo comprendo. Lo comprendo. Cuánto debes haber sufrido... Tienes que haber sufrido terriblemente.

Una mano de Nagayama se alzó suavemente de la mesa hasta tocar un amplio hombro de Kazu. Ella ocultaba su cara tras un pañuelo, pero sintió su presencia y el mismo hombro repelió la mano.

—Calma, calma. -La voz de Nagayama parecía

ahora más tensa porque se había agachado e introducía su cabeza bajo la mesita baja. Tendió la mano para alcanzar, junto a una rodilla de Kazu, el paquete envuelto en un crespón morado pálido. Nagayama colocó el paquete en su regazo y deshizo los nudos del bramante que lo ceñía. Extrajo el libro de suscripciones y lentamente pasó las gruesas páginas encuadernadas al estilo japonés. Mientras hojeaba el libro, siguió enjugándose las lágrimas una y otra vez con el dorso de su mano.

Un poco más tarde Kazu advirtió que Nagayama buscaba el timbre para llamar a la camarera. Avergonzada de que ésta le viera, volvió la espalda a la puerta y retiró el pañuelo de su cara.

Apareció la camarera.

—Tráeme recado de escribir -ordenó Nagayama.

La camarera volvió con lo que le había pedido y comenzó a frotar el pincel contra la piedra. Kazu se vio obligada a ocultar sus lágrimas para guardar su

compostura. Abrió la polvera y se arregló la cara. La camarera, asustada por tan extraño silencio y por las lágrimas de los dos, desapareció tan pronto como hubo dispuesto la tinta.

Nagayama escribió con mano diestra: «Trescientos mil yenes. Genki Nagayama». Extrajo del bolsillo del pecho un cheque un tanto arrugado y lo empujó junto con el libro de suscripciones en dirección a Kazu:

—Sólo es una señal -dijo-, pero mañana por la mañana sacaré a Yamanashi, del Banco Imperial, cuanto dinero pueda conseguir... Compréndelo, si hice todo eso no fue porque te tuviese ojeriza... Mañana por la mañana te llamaré por teléfono una vez que sepa lo que tiene que decirme Yamanashi. Imagino que no querrás que te llame a tu casa.

—Por favor, llámame al Setsugoan.

—Preferiría que estuvieses dispuesta a salir en cuanto te llame.

—Así lo haré. -Y, habiendo declarado esto, Kazu resolvió que tendría que pasar la noche en el Setsugoan.

Avanzada ya la tarde del día siguiente, Kazu vio a la persona con la que tenía que reunirse e hizo cuanto tenía que hacer. Luego retornó a su casa de Koganei. Esperaba una reprimenda de Noguchi, pero su corazón ya se hallaba sereno. Al fin estaban cobrando forma los planes para la reapertura del Setsugoan: el milagro se había realizado.

Las hierbas del terraplén de Koganei brillaban blanquecinas en el crepúsculo. Por encima cruzó una bandada de aves en el cielo todavía luminoso. Recordó que aquella mañana, demasiado excitada para dormir, se había levantado extremadamente temprano. Cuando por primera vez en meses pasó por el descuidado jardín del Setsugoan, percibió batir de alas; un enjambre de pajarillos que dormían en los repechos, trocados ya en masa informe de cizaña y césped, echaron a volar, sorprendidos por

su presencia. Era como si un solo golpe hubiese hecho añicos la transparencia cristalina del aire de la mañana.

Kazu ordenó al chófer que detuviera el vehículo junto al puente, a cierta distancia por este lado de su casa. Sentía reparo en que su coche se detuviera ante la puerta. El chófer abrió la portezuela y ella echó un pie hacia afuera. Su blanco pie contrastaba intensamente con la carretera entre dos luces. Justamente en aquel momento, un hombre salió por la puerta del jardín de Noguchi. Kazu vio que se dirigía hacia ella. La figura caminaba insegura y llevaba una cartera en una mano. Como daba la espalda al ocaso, no podía distinguir su cara. Parecía terriblemente viejo y, aunque de constitución poderosa, andaba tan encorvado que se le antojó muy débil. El sereno resplandor del cielo de poniente evocaba en cierto modo los moribundos instantes del idealismo. El sol, hundiéndose al final de los campos, había encendido centenares y miles

de bujías, como una enorme linterna giratoria de vacíos ideales. El hombre que caminaba de espaldas a la luz era una silueta empastada sobre la seda de la linterna, una oscura imagen recortada de una sola hoja de fino y negro papel, que arrojaba una sombra oscilante sobre la seda. En tal caso, aquel hombre sólo podía ser Yamazaki.

Kazu se instaló de nuevo en el coche. Tras bajar el cristal, asomó la cabeza por la ventanilla. La brisa vespertina azotó fríamente su cara. Cuando estuvo bastante cerca para no tener que alzar la voz, llamó a Yamazaki por su nombre. Sorprendido éste, a pesar del tono quedo, alzó la cabeza.

—Oh, es usted, señora Noguchi.

—Suba al coche. Quiero hablarle.

Yamazaki, tan torpe como un oso, penetró en el vehículo y se sentó junto a Kazu.

—¡Vuelve directamente a Tokio, señor

Yamazaki?

—Sí.

—¿Por qué no utiliza entonces el coche? Yo me quedo aquí y en cualquier caso el coche tiene que volver.

—Muy agradecido. Eso haré, entonces.

Permanecieron durante unos instantes silenciosos en la penumbra del coche. Luego Kazu, mirando directamente hacia adelante, le preguntó:

—¿De qué habló con mi marido?

—El señor Noguchi puso sus manos sobre el tatami, se inclinó ante mí y me dijo que lo sentía. Jamás le había visto antes así, lo confieso, me eché a llorar.

Un presagio aceleró los latidos del corazón de Kazu.

—¿Por qué se disculpó con usted?

—El señor Noguchi dijo: «Después de todas las molestias que le he ocasionado con mis asuntos personales desde las elecciones, Kazu me ha traicionado. Le pido perdón de rodillas. Por favor, suspenda las gestiones».

—¿Qué gestiones?

—Le ruego que no finja ignorancia, señora Noguchi. Naturalmente, se trataba de la parcelación del Setsugoan.

—¿A qué se refería cuando dijo que yo le había traicionado?

—Conoce la existencia del libro de suscripciones.

—¿Sí?

Kazu observó la oscuridad al otro lado del parabrisas. La tenue luz de la puerta del jardín de Noguchi llegaba hasta la carretera. En el cielo, que se entenebrecía, aún era visible una amarillenta

línea desnuda. Los cerezos del terraplén formaban masas de negras sombras.

—Verdaderamente, señor Yamazaki, sólo le he causado dificultades -dijo Kazu tras una pausa.

—Qué extraño es que diga eso. Nunca lo pensé. Espero que en el futuro pueda seguir contando con el placer de su amistad.

—Me alegra oírsele decir, pero de nada vale negarlo, todos los problemas proceden de mi afán de hacer las cosas a mi manera.

—Siempre lo supe. -Yamazaki era fríamente objetivo.

Pensó entonces Kazu si, aunque sólo hubiera sido como reconocimiento a su amistad de un año con Yamazaki, no debería haberle hablado previamente (ya que no a nadie más) del libro de suscripciones. Pero este secreto correspondía a una categoría completamente marginada del mundo en

que vivía Yamazaki. Pensándolo mejor, probablemente había hecho bien al no informarle.

—Ahora me voy -dijo Kazu.

Pugró por alzarse de su asiento y de ese modo su mano rozó la de Yamazaki, sentado junto a ella. La mano fría y sigilosa de él se agazapó a regañadientes en la oscuridad.

La conciencia de Kazu le aguijoneaba y al mismo tiempo se apiadaba de Yamazaki, abandonado. Segura de que un gesto corporal expresaría sus sentimientos mejor que unas palabras, colocó su mano sobre la de él y la oprimió con fuerza. Jamás había hecho una cosa semejante desde que se conocieron.

Cuando Yamazaki, sorprendido, se volvió hacia ella, sus ojos brillaron al reflejar la luz de los lejanos faroles. Pero no interpretó equívocamente un gesto tan súbito. No le sorprendió que cobrara esta forma la conclusión del año transcurrido desde que

conoció a Kazu en casa de Noguchi. Si esto no era amistad, desde luego no se trataba de amor. Era la relación complaciente entre dos seres humanos, y como Yamazaki había preservado hasta entonces su objetividad, mostrando una tolerancia ilimitada, no podía decirse que la complacencia fuese únicamente de Kazu. Al final, como un pintor que destruye una imagen cuidadosamente integrada con el trazo último de su pincel, Kazu había destruido de repente todo con aquel gesto súbito e incongruente de tomar su mano. Pero Yamazaki, retirándose a otro ángulo, podía perdonar con facilidad incluso semejante conducta, vana en una amante y profanadora en una amiga. Su impresión más vivaz fue la del extraño poder contenido en la imagen de Kazu, suave y cálida como un edredón. Era una tibieza ilógica y ambigua que barría todo ante sí, ocultando intensas fuerzas destructoras. Llenaba la carne de Kazu con su densidad y esa carne poseía su peso, calor y oscuridad, propios e insustituibles.

Al fin soltó su mano Kazu.

—Ahora le diré adiós... Después de todo lo que ha hecho, sé a ciencia cierta que se siente muy decepcionado. Mi marido y yo hemos ido dando tumbos, en buena medida, del mismo modo. Sea lo que fuere lo que hagamos en el futuro...

—Siempre que pase ante un poste del telégrafo recordará los carteles que allí pusimos.

—Sí, tiene razón. Por desgracia, hay postes del telégrafo por todas partes, incluso aquí, en estos andurriales.

Esta vez, y distraídamente, fue Yamazaki quien golpeó suavemente el dorso de la mano de Kazu.

—Es inevitable. Pronto se le pasará. Todo el mundo siente lo mismo por algún tiempo después de una fiesta.

Kazu recordó los reflejos inanes del biombo dorado del comedor principal del Setsugoan tras el

final de un banquete.

Cuando los rojos pilotos del coche que llevaba a Yamazaki se perdieron en la distancia, Kazu empezó a caminar hacia su casa bajo una noche ya completamente cerrada. Paseó un rato ante la puerta del jardín, incapaz de entrar.

Finalmente, se decidió y penetró. Llamó a la criada con voz deliberadamente alta.

—¿Ha terminado ya de cenar el señor?

—No, señora, estaba preparando ahora la cena. ¿Cenará usted también, señora Noguchi?

—Veremos. No tengo mucho apetito. -Kazu hizo una pausa. No podía imaginarse a su marido y ella cenando juntos en aquella noche-. Ya te diré si más tarde quiero tomar algo.

Noguchi se hallaba en una habitación al final de la casa. Kazu le dijo a través del shoji:

—Acabo de llegar.

No hubo respuesta, pero Kazu entró y se sentó. Noguchi leía un libro. Apenas se volvió en dirección a Kazu. Ésta reparó primero en su cabeza, casi completamente blanca desde las elecciones, y luego, en la costura posterior del kimono sobre sus hombros débiles, pero erguidos. Noguchi, como siempre, se había puesto torpemente el kimono y la costura se torcía a la izquierda. Pero su espalda se hallaba fuera de su alcance; Kazu sabía que aunque hubiera pensado en enderezar entonces la costura, sus manos no habrían podido llegar hasta él.

—He sido informado de todas tus actividades - dijo Noguchi, al cabo de un rato y todavía de espaldas-. Tal vez resultaran inevitables en lo que a ti se refiere, pero yo las juzgo imperdonables. Has sido infiel.

—¿Qué quieres decir con eso, por favor?

Su réplica tenía un tono desafiante. Noguchi se sorprendió al advertir tal fuerza en Kazu, pero al

instante comprendió que sólo se había tratado de un simple equívoco verbal. Se volvió por vez primera hacia su mujer y se explicó. La voz de Noguchi no revelaba rastros de agitación y sus palabras eran tranquilas, pero ella pudo advertir en algún punto una terrible fatiga que contrastaba curiosamente con el arrogante contenido de sus observaciones.

Noguchi creía que no existía en la conducta humana lugar para la divergencia, tanto si se trataba de la política como en relación con el amor. Estaba convencido de que todas las acciones humanas se hallaban basadas en los mismos principios y que la política, el amor y la moral, como las constelaciones, han de gobernarse conforme a leyes inmutables. Así, cualquier acto de traición era exactamente igual a los demás actos de traición y todos no constituían más que traiciones al conjunto de los principios fundamentales. La castidad política de una adúltera y la traición política de una mujer casta representaban el mismo tipo de inmoralidad.

El peor crimen de un acto de traición consistía en extender la infección a sucesivas personas, acelerando así el colapso de toda la estructura de los principios. Según su anticuada filosofía política de estilo chino, el hecho de que Kazu hubiese hecho circular un libro de suscripciones entre los enemigos políticos de Noguchi equivalía a un adulterio: se había «acostado» con aquellos hombres.

Kazu escuchó aturdida las palabras de Noguchi. En definitiva, lo sabía, jamás entendería aquellas ideas.

Pero se mostraba casi tan segura como Noguchi de que sus creencias eran, en definitiva, correctas.

El incidente había empujado a Noguchi a desesperar profundamente de Kazu. Renunció a toda ilusión acerca de la posibilidad de enmendar cada una de sus transgresiones. La extremada lentitud en llegar a este descubrimiento era expresión del carácter optimista de este hombre probo. Noguchi se

hallaba tan cegado por su propia rectitud que no lograba percibir la esencia de las cosas. ¿Por qué había hecho de Kazu su esposa? ¿No sería, quizás, porque cuanto más hondamente creía Noguchi en sus principios, tanto más necesitaba inconscientemente que esta mujer los profanase?

Noguchi se sentía, además, furioso porque Kazu, aun acomodándose superficialmente a su celo educativo, no había respondido en realidad de un modo sincero ante una sola cosa que él le hubiera enseñado. Pero Kazu no había advertido en manera alguna en el celo educativo de su marido nada que procediera de creencias fundamentales; sólo era capaz de suponer que su celo era un signo de afecto. Resulta, por lo general, imposible educar y cambiar a una persona madura, y cuando brillaban los ojos de su marido, hechizada por esta imposibilidad, acertaba a interpretar tal signo como una marca de afecto. Había reaccionado honestamente a este afecto con una sumisión cariñosa, no teniendo más

opción que la de acomodarse del mejor modo a esta pasión lógica por lo imposible.

Era inconcebible que Noguchi no hubiese logrado advertir la pasión de Kazu por las cosas en constante mudanza, su fervor por la actividad, su amor innato por la precipitación, lanzándose de lleno a todo cuanto hacía. La atracción que Kazu ejercía en él residía indudablemente en estas cualidades, precisamente aquellas que suscitaban el ardor pedagógico de un hombre recto como Noguchi.

Noguchi exigía que Kazu se sometiera con fidelidad a sus principios, pero ella no era tan presuntuosa como para esperar que Noguchi se sometería a los suyos. Aquí radicaba la soledad implícita en su vitalidad: Kazu era confusamente consciente de que ella sola era capaz de actuar conforme a sus propios principios. No poseía pasión lógica de ningún género. La lógica, simplemente, la helaba. Y este conocimiento de la soledad de su vitalidad era el que impulsaba siempre a Kazu a

temer la soledad tras la muerte.

Las siguientes palabras de Noguchi, pronunciadas deliberadamente, estaban desde luego calculadas para desencadenar estos temores en Kazu.

—Escúchame atentamente. Éstas son mis últimas palabras. Si estás dispuesta a cambiar ahora mismo de ideas, a abandonar tus planes para la reapertura del Setsugoan y vender el restaurante, yo perdonaré tu casi imperdonable conducta y me mostraré resuelto a empezar de nuevo... Si dices «sí» lograrás esta postrera remisión. Pero si dices «no»..., espero que seas del todo consciente de lo que significa; pero debo recordarte que quedarán concluidas nuestras relaciones.

Ante los ojos de Kazu brilló una tumba sin visitantes en algún solitario cementerio, la de alguien que había muerto sin familia. Aquella visión del final de una vida de actividad solitaria, una

tumba abandonada y sola, cubierta por la maleza, en trance de pudrirse, lanzó un terror oscuro e insondable hasta el corazón de Kazu. Si dejaba de pertenecer a la familia Noguchi, acabaría, sin duda, en aquella solitaria tumba. La intuición de ese futuro era insolentemente precisa.

Pero algo llamaba a Kazu desde lejos. Una vida animada, un furioso afán cotidiano, muchas personas yendo y viniendo; algo como un fuego que ardiera perpetuamente la llamaba. Aquel mundo no aceptaba la resignación ni las esperanzas sacrificadas, ni los principios complejos; era insincero, y todos sus habitantes se comportaban de un modo voluble, pero, a cambio, las bebidas y las risas burbujaban alegremente. Ese mundo visto desde allí parecía como las antorchas de unos bailarines en el cielo nocturno más allá de oscuros prados.

Kazu no tenía más remedio que lanzarse en aquel sentido, tal como ordenaba su propia energía. Nadie, ni siquiera la propia Kazu, podría resistirse a

semejante orden. Y, sin embargo, y en definitiva, la energía de Kazu la conduciría desde luego a una tumba descuidada, solitaria y olvidada.

Kazu cerró los ojos.

Noguchi experimentó una sensación de incomodidad al ver a su esposa sentada muy erguida, enhiesto el cuello y cerrados los ojos. Pensó que se hallaba hartamente familiarizado con la imposibilidad de comprender a aquella mujer, pero semejante conocimiento constituía un estorbo: su incompreensión actual era de un orden enteramente diferente al que había conocido antes. No advirtió que Kazu estaba trocándose en una mujer distinta.

Noguchi pensaba: «Sin duda, está pensando en algún medio que se acomode de nuevo a sus propias conveniencias. Su próximo paso será, quizás, convencerme a fuerza de lágrimas. Sea como fuere, estoy cansado de esta mujer. Éste es posiblemente un indicio de que me vuelvo viejo, pero, por lo que a

mí respecta, el agotamiento es el único modo adecuado de describir mis sentimientos».

Mas al mismo tiempo se sentía agitado por las esperanzas y ansiedades pueriles que uno experimenta cuando aguarda a que estallen en el cielo los fuegos artificiales.

De este modo Noguchi había alzado su resolución final dentro de una estructura hermética y había empujado a Kazu adentro. Pero el curso de los acontecimientos que obligaron a elegir entre dos alternativas había sido desencadenado por la propia Kazu y cabría decir con mayor exactitud que Noguchi había erigido esa empalizada sin escapatoria, no precisamente contra su voluntad, sino por obra de su cansancio. Sintió que aceptaría cualquier respuesta que le diese Kazu.

Lo que más temía entonces Noguchi era el cambio, no improbable, de talante en Kazu y la incomodidad que cualquier cambio supondría.

Superficialmente, mostraba un desasosiego de adolescente, pero ahora anhelaba que los años que le restaban de vida comenzaran a transcurrir cuanto antes de una manera estable. Ya no sentía inclinación alguna por reparar, reconstruir, modificar proyectos o alterar planes. Su mente y su cuerpo se sentían incapaces de soportar ninguna incertidumbre. Palpitando como un pedazo de fruta dentro de una fuente de jalea, aguardó con impaciencia el momento en que la gelatina tuviese a bien tornarse compacta. Le parecía que tendría que llevarse a cabo la coagulación del mundo antes de que él pudiera alzar serenamente los ojos hacia el azul del cielo y admirar, para alegría de su corazón, el alba y el ocaso y el rumor de las copas de los árboles.

Noguchi, como muchos otros retirados de la política, había deseado dejar la «poesía» para sus años postreros. Jamás había tenido sosiego para apreciar esa reseca comida en conserva ni esperaba que supiera bien, pero para hombres tales como

Noguchi, la poesía yace oculta no tanto en la propia poesía como en un apacible anhelo de poesía; la poesía, en realidad, simbolizaba la incommovible estabilidad del mundo. La poesía haría su aparición, desde luego tenía que aparecer, cuando ya no existiese peligro de que el mundo fuera a cambiar, cuando uno supiera que ya no habría ulteriores acosos de incertidumbre, esperanzas o ambiciones.

En ese trance, confiaba, el apremio moral de toda una vida y la armadura de la lógica se fundirían y disolverían en poesía como una columna de blanco humo alzándose en el cielo otoñal. Pero en lo que se refería a la poesía de la seguridad, Kazu le aventajaba, y ella conocía mucho mejor que él su ineficacia.

Noguchi no comprendía que jamás amaría la naturaleza. Si pudiera haber amado la naturaleza a ciencia cierta, habría amado a Kazu de un modo más experto. Durante su paseo, se complació en los últimos rastros del antiguo Japón, visibles en la

comarca de Koganei, imaginando que eran la belleza de la naturaleza, pero los viejos cerezos, los altos olmos, las nubes, el cielo vespertino, no habían sido más que el autorretrato idealizado que había pintado su sincera torpeza.

Los ojos de Kazu seguían cerrados.

En aquel instante, Noguchi experimentó una profunda frustración ante la perspectiva de quedar atrapado dentro de una vida doméstica de inestabilidad eternamente renovada. Estaba seguro de que si ponía su mano en el hombro de Kazu y la agitaba, no se movería; que se había solidificado en el sitio y que allí permanecería sentada. Y pasarían quizás estancados los meses y los años hasta que él muriera y el mundo se coagulara, no como había esperado, sino de aquella extraña forma.

Kazu abrió lentamente los ojos.

Mientras sus ojos permanecieron cerrados, su mente había cruzado resueltamente la montaña y

llegado a la única respuesta posible para ella. Se había sumergido en la oscuridad de sus párpados cerrados y -quizás ahora por primera vez completamente bajo la influencia de su marido - replicó con perfecta lógica como nunca hasta entonces:

—Lo siento, no existe otro camino. Pretendo reabrir el Setsugoan. Pretendo devolver el dinero que pedí prestado, por mucho que me cueste.

De repente Noguchi se sintió rebosante de un terrible odio a Kazu. Había sido presa de la furia toda la noche anterior, pero después, tras ver a Yamazaki y luego a Kazu, su rabia había desaparecido por completo y se había sentido capaz de actuar con una resignación indiferente y fría. No había previsto el odio que de repente surgió dentro de él cuando oyó a Kazu escoger con dignidad una de las dos alternativas por las que la había obligado a optar sin discusión.

¿Qué respuesta esperaba Noguchi? ¿La habría odiado menos de haber escogido la otra alternativa?

En cualquier caso, cuando la golpeó, irritado por sus acciones irresponsables durante la campaña, no se sintió tan furioso como ahora, cuando, evidentemente, Kazu le había robado su propia arma de la lógica y se había tornado en su enemiga declarada.

A diferencia de ocasiones anteriores, Kazu no había derramado una sola lágrima. Su cara, de claridad, parecía en realidad alegre, y su amplia figura, sentada perfectamente erguida, poseía el equilibrio exquisito de una muñeca delicadamente tallada.

Kazu observó los ojos de Noguchi; le bastó una mirada para percibir el odio que ardía en la figura delgada y digna de aquel viejo. No era en manera alguna la expresión del educador, tampoco constituía una mirada reprobadora en los ojos de un padre estoico y difícil de complacer... Kazu, al ver ese

odio, tembló de júbilo.

Ningún sonido llegaba del mundo que se extendía al otro lado del shoji herméticamente cerrado. De repente las luces de la habitación parecieron cobrar más fuerza: las sencillas estanterías de Noguchi, su mesa y las tijeras dispuestas encima, la pintura de unos pocos muebles brillaron y semejaron tomar un relieve más detallado que el habitual. El tatami nuevo despedía una fragancia a hierba.

Se observaron mutuamente durante largo rato. Ésta era la primera vez en que Kazu se había sentido capaz de mirar fijamente a su marido a los ojos. Los hombros de Noguchi se contrajeron de rabia; todo su cuerpo odiaba a Kazu. Ella temió que pudiera desplomarse Noguchi allí mismo.

Entonces comenzó a experimentar un genuino temor. Pensó en un medio o en otro de atenderle. Pero estaba demasiado lejos para que su mano

podiera llegar a él; la fuerza que sólo Kazu poseía ahora para aliviar la ira de Noguchi ya no era para él. Lo mismo le sucedía a Noguchi. Aunque su odio disminuía poco a poco, sabía que sólo le restaban fútiles arbitrios. Desde el momento en que Kazu formuló su respuesta, su puño no pudo ya llegar al cuerpo de ella. Por cómico que fuese, una especie de cortesía sujetaba ahora su mano. Esta cortesía lograba que Kazu sintiera como si su cuerpo estuviese envuelto en una húmeda mortaja.

Tras un largo silencio, Noguchi dijo por fin:

—¿Es esa tu decisión? En tal caso, iniciaré los trámites del divorcio. Supongo que no tendrás objeciones al respecto.

## Antes del banquete

Por consentimiento mutuo, Noguchi retiró el nombre de Kazu del registro familiar. Kazu recogió todas sus pertenencias y retomó al Setsugoan. Cuando se difundieron los rumores de estos acontecimientos, los antiguos empleados del Setsugoan, que se dispersaron en todas direcciones al cerrarse el restaurante, reaparecieron uno tras otro para solicitar que volviera a admitírseles. Los ojos de Kazu se llenaron de lágrimas de alegría.

El propio edificio estaba en ruinas y el jardín era una jungla. El antiguo jardinero se presentó con varios ayudantes jóvenes y anunció que, a modo de celebración de la reapertura, brindaba gratis sus servicios. Se encargó de devolver al jardín su condición de otro tiempo tan pronto como fuera posible.

Siempre que tenía un momento libre, Kazu se complacía en ir al jardín para observar a los jardineros en su tarea a lo largo de todo el día, cortando el césped y podando los matorrales. Por la noche ululaban las lechuzas y por el día contemplaba las recortadas siluetas de los milanos que hacían su nido en la copa del pino más alto. A veces, al cortar la cizaña, un pequeño faisán se escabullía hacia el rincón más alejado del jardín. El árbol más viejo, al que se le había permitido crecer sin trabas, estaba punteado por frutos purpúreos, pero aún conservaba del verano unas cuantas flores ajadas cuya fragancia se cernía tenuemente como alguna presencia fantasmal. El seto de arbustos *dodan*, cuyas hojas tenían ahora un color brillante, arrojaba sombras encantadoras junto a la vieja puerta del jardín.

Observando cómo día tras día el jardín recuperaba su antigua belleza, Kazu era incapaz de sentir que la imagen que emergía gradualmente como un termotipo constituyese el mismo jardín que había

conocido. Desde luego, parecía el mismo, pero éste no era el jardín que una vez atesoró Kazu en su mente como un mapa exactamente dibujado, aprendido de memoria y grabado en las palmas de sus manos. El jardín transparente que conocía hasta el último rincón se había perdido. Cada árbol, cada piedra, en su lugar adecuado, se habían correspondido perfectamente con el catálogo cuidadosamente dispuesto por Kazu de las emociones humanas conocidas, pero esta correspondencia ya había desaparecido.

El césped había sido segado y alisado. Las ramas, que se habían multiplicado intrincadamente, habían sido cercenadas y el cielo se había aclarado. El rostro que gradualmente emergía del jardín era tan bello como una mujer que serenamente despertara de vagos sueños y sus rasgos resultaban notablemente semejantes a los que ella había conocido, pero para Kazu, ni el más insignificante de sus trazos pertenecía al mundo existente.

Un día llovió y el jardinero se tomó libre la jornada. Por la tarde se aclaró el tiempo y la isla del estanque, sus espesas matas de bambúes herbáceos y el agua del estanque centellearon bajo la luz del sol. La luz titubeante y dispersa cabrilleó sobre el estanque y a Kazu se le antojó que el jardín expresaba un misterioso júbilo que ella nunca había conocido. Otra vez, por la mañana, el jardín se envolvió en la bruma y los pinos, horadando la neblina con sus ramas, parecieron entregarse a alguna especie de recuerdo desagradable.

Por aquella época, Yamazaki respondió a la larga carta que ella le había dirigido. Kazu acudió al jardín esa mañana, pensando en leer la carta bajo el persistente calor del comienzo del otoño.

El estanque del sudeste relucía bajo el sol y el sereno y oscuro tono verde de un enorme acebo en el centro, rodeado de viejos e imponentes pinos, castaños, almezos y robles marcaba en el fondo la cúspide exacta del bosque. La linterna de piedra,

punto focal de la amplia extensión del césped, única en beneficiarse de la larga clausura del Setsugoan, había ganado una antigua serenidad; cuando la zona en torno quedó limpia de hierbajos, destacó enhiesta más vivazmente que nunca. Hoy el cielo era claro y finos cirros se deslizaban entre las copas de los árboles.

El jardín, antes pequeño y encogido, se había hinchado como una flor de papel en el agua y se había convertido en un vasto parque rebosante de enigmas y de misterios. Allí, plantas y aves proseguían sus quehaceres sin trabas. El jardín estaba lleno de cosas de las que nada sabía Kazu; cada día traía algo del jardín y poco a poco, haciéndolo suyo, lo machacaría en un pequeño mortero... Trató de frotarlo con sus manos, con sus dedos, como podía frotar una medicina, pero el tesoro de ingredientes nuevos y desconocidos del jardín resultaba ilimitado y era probable que enriqueciera los dedos de Kazu de un modo

inagotable.

Cruzando las franjas de sol que se filtraban entre los árboles, Kazu siguió andando por el sendero hasta llegar a un banco, en el que se sentó y en donde comenzó a leer la carta de Yamazaki.

*Gracias por su carta y por la invitación al banquete de celebración de la reapertura del Setsugoan. Quizás no resulte enteramente apropiado que yo le brinde mi felicitación, pero, olvidando por un momento mi posición, quiero expresarle mis más cordiales y mejores deseos.*

*En su carta no se refería usted en manera alguna a los recientes y desgraciados acontecimientos, sino que se dedicaba casi enteramente a relatar cómo se estaba disponiendo el jardín para la reapertura. Creo que puedo imaginar lo que la indujo a escribir de ese modo.*

*Cuando pienso cómo se hizo añicos en los dos últimos años su confianza en su conocimiento de las personas, cómo obtuvo incertidumbre en vez de serenidad y un nuevo y doloroso conocimiento en lugar de felicidad, cómo cuando intentó amar*

*aprendió a reconocer, cómo acabó en el lugar en donde pensaba que comenzaría y cómo comenzó en el lugar en que ha concluido..., cómo ha sido capaz de afianzar su incertidumbre presente y pacífica, sacrificándolo todo, mi naturaleza es tal que siento menos simpatía que respeto.*

*Cuando vuelvo la vista hacia atrás pienso que quizás hubiese podido llegar a disfrutar de la felicidad de no haber sido por las elecciones. También el señor Noguchi pudo haber sido feliz. Pero ahora me parece que no cabe decir de las elecciones que fueran un infortunio en un sentido auténtico, porque acabó con todo género de falsa felicidad y determinó que el señor Noguchi y usted se mostraran mutuamente sus verdaderas personalidades. He estado chapoteando largo tiempo en el lodazal de la política y, en realidad, ha llegado a gustarme. Allí la corrupción limpia a las gentes, la hipocresía revela el carácter humano más que una tibia honestidad y el vicio puede, al menos por un instante, resucitar una confianza abandonada... De la misma manera que cuando usted lanza la ropa a una centrifugadora para que se seque, gira tan de prisa que la camisa o la ropa interior arrojadas desaparecen ante sus ojos; así, lo que normalmente llamamos naturaleza*

*humana desaparece instantáneamente en el torbellino de la política. Me gusta su brutal actividad. No purifica de necesidad, pero logra que uno olvide lo que debe ser olvidado y que pase por alto lo que es preciso pasar por alto. Actúa como una especie de intoxicación inorgánica. Por eso, y sean cuales fueren mis fracasos y las experiencias desastrosas con las que tropiece, jamás dejaré la política mientras viva.*

*Probablemente obró usted bien al retornar a la sangre cálida y a una vitalidad humana, y el señor Noguchi también acertó al retornar a elevados ideales y a bellos principios. Quizás parezca cruel que yo lo diga, pero, a los ojos de alguien ajeno, todo ha hallado su lugar, los pájaros han regresado a sus nidos.*

*Este invierno se anuncia excepcionalmente cálido, pero espero que no consentirá en descuidar su salud. Tras todo el terrible agotamiento mental y físico que ha experimentado, estará ahora muy ocupada en su trabajo del Setsugoan. Indudablemente, el apremio del trabajo servirá para que se distraiga, pero confío en que prestará la mayor atención posible a su salud.*

*Me complacerá acudir la noche de la reapertura.*



YUKIO MISHIMA (Tokio, Japón, 14 Enero 1925 - 25 Noviembre 1970). Yukio Mishima es el nombre literario de Hiraoka Kimitake, prolífico escritor japonés, autor de más de veinte novelas, decenas de piezas teatrales y numerosos cuentos, poemas, artículos y ensayos.

Nacido en una familia de burguesía media, Mishima se vanagloriaba sin embargo de pertenecer por sus antepasados a la clase de los samuráis. Criado por su abuela, realizó los estudios en Gakushūin, la escuela por tradición reservada a la nobleza.

Escribió su primer cuento a los trece años y a los dieciséis su primer libro de relatos, que coincidió con su ingreso en la Facultad de Derecho. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó en una fábrica aeronáutica, tras ser desestimado como piloto suicida.

Tras obtener el doctorado en Derecho en 1947, fue empleado del Ministerio de Finanzas, pero tras un breve tiempo abandonó el empleo para dedicarse por entero a la actividad literaria. En junio de 1949 publicó *Confesiones de una máscara*, obra que cosechó un inmediato éxito y que supuso su definitiva consagración en el mundo literario. Aunque en general se acogió la novela con un juicio favorable, algunos críticos mostraron perplejidad y reservas frente a la particularidad del tema (la confesión por parte del protagonista de su homosexualidad) que ciertamente representaba una novedad en la literatura japonesa.

En los años sesenta la figura de Mishima es vista

siguiendo las dos distintas pero inseparables facetas de su personalidad. El Mishima hombre de acción encontró su soporte teórico en la idea de que la verdad puede ser alcanzada sólo a través de un proceso intuitivo en el que pensamiento y acción no son dos modalidades distintas. Mishima se hace portavoz de la necesidad de restaurar los valores de la cultura prebélica y militarista.

Sin embargo, jamás descuidó su ingente producción literaria. Tras la posguerra publicaría un gran número de novelas, entre las que destacan *El color prohibido* (1951), *La muerte de la mitad del verano* (1953), *La voz de la onda* (1954), *El sabor de la gloria* (1963) y *Sed de amor* (1964). *Después del banquete* (1960) fue una de sus novelas de más éxito. Poco tiempo después escribió *Patriotismo* (1961). Entre su producción teatral de estos años cabe destacar *Madame de Sade* (1965) y *Mi amigo Hitler* (1968).

Su obra cumbre es, no obstante, la tetralogía *El mar*

*de la fertilidad*, compuesta por las novelas *Nieve de primavera* (1966), *Caballos desbocados* (1968), *El templo de la aurora* (1970) y *La corrupción de un ángel*, completada esta última el mismo día de su muerte. Cada una corresponde a una reencarnación distinta del mismo ser. El tema central en esta singular obra es la crítica a la sociedad nipona por la pérdida de los valores tradicionales; en resumen: una historia épica del «país del sol naciente» moderno. A Yukio Mishima le preocupaba la creciente occidentalización de su país y analizaba la transformación del Japón desde una perspectiva pesimista y crítica.

En 1968 fundó con un grupo de amigos la Sociedad de los Escudos, una organización paramilitar de jóvenes que, desencantados con la debilidad de las instituciones imperiales y la obsecuencia constitucional del ejército, propiciaban un resurgimiento del Bushido, el tradicional código de honor samurai. Dos años más tarde, ocupó con su

grupo, aunque sin uso de armas, la sede del estado mayor nipón en un intento de forzar la recuperación de los ideales heroicos de preguerra. El 25 de noviembre de 1970, ante el fracaso de su acción, se suicidó mediante el rito del seppuku al grito de «Larga vida al emperador».

Probablemente el escritor nipón más conocido en el extranjero; de él dijo el galardonado Y. Kawabata: «No comprendo cómo me han dado el premio Nobel a mí existiendo Mishima. Un genio literario como el suyo lo produce la humanidad sólo cada dos o tres siglos».